

Novela

---

**EL LIBRO DEL DESAPEGO  
DE BEREMUNDO TRANSZ**

**JOSÉ GABRIEL BAENA**

*"Para mi novela filosófica con un miligramo de nostalgia,  
estoy tomando efedrina una vez por semana, opio una vez,  
un poco de mezcalina para soltar mi imaginativa,  
y masaje de la base del cuello para estimular el tálamo  
después de la orgía mensual.  
Escribo dos tercios de ella en pie,  
durante las primeras horas de la mañana,  
y un tercio acostado, por la tarde.  
Mi supervisor es un jungiano".*

Cyril Connolly

*Trans (del latín): más allá de // al otro lado //  
del lado de allá de // por encima de.*

*"Proust notaba con exactitud que los libros de Ruskin  
tenían una forma 'casi humorística'. Mezclaba  
todos los tonos, la sátira, el capricho, el panfleto,  
la descripción artística,  
la divagación histórica, la elocuencia,  
la profecía, la observación moral, la página lírica".*

Pietro Citati.

---

## PRIMERA PARTE:

*DONDE BEREMUNDO TRANSZ ES PRESENTADO Y EMPRENDE  
SU VIAJE SIN SALIR DE LA CIUDAD.*

“Apenas cumplidos los cincuenta años, al tipografista y escribano Beremundo Transz le sucedieron sucesivamente -vaya, vea usted lo modernoso del idioma, cómo se aprende de cosas en el canal Sony-, todas las desventuras posibles e imposibles, le cayó el armaggedón, le vino con todos los fierros lo que pudiera llamarse su P.A.P. o Pequeño Apocalipsis Personal, perdió los dientes que le quedaban “a causa de su sexholismo” (dijo su ornitólogo), su ex mujer lo abandonó en definitiva (cosa rara en ellas), sus dos amantas o amantisas (para precisar el género) le pegaron sendas pataditas en el culo, fue despedido de su empleo en una pequeña imprenta, sus acreedores le reclamaron la totalidad de sus deudas y, queriéndolo o no, tuvo que abandonar la ciudad donde vivía e irse de vagabundo por esas carreteras asoladas por la guerra civil que desde hacía cincuenta años sacudía o, mejor, aniquilaba al país.”

-¡Qué buen comienzo para una novela de aventuras, y empezando así mismo el milenio! —decía para sí mismo Beremundo aquel mediodía de domingo, recostado a la sombra de un frondoso bosquecillo de laureles, o de mangos, pero también podría ser de eucaliptos o de sauces, era muy poco lo que el pobre conocía de botánica, aunque para él aquello podría ser tan de jardinería como de holística o mineralogía. Por aquellos primeros años del dosmil las disciplinas andaban ellas tan interdisciplinarias entre sí, que uno en la prensa o en las revistas o en la Red podría encontrar artículos que se titularan de esta guisa: “Contaminación parambiental y ciberfenomenología de la neo-arquitectura: la mujer y la crisis urbana”, una prodigiosa zarabanda o popurrí temático que, sin embargo, cualquier pelagatos en los salones de belleza fingía comprender. ¿No era la aldea global una belleza, antes de que se desenmascarara la verdadera verdad acerca de que el planeta era, como afirmaban los nazis, cóncavo? Mas no nos apresuremos.

Pero, ¡ay, lectores!, esto no podrá seguir así. Beremundo, ratoncillo de ciudad, aclarémoslo de una buena vez, no podría resistir ni un solo día a campo traviesa. Además, la cosa no era tan grave como lo pintaba en su soliloquio. En la realidad de su pequeña vida, lo que había sucedido era sencillamente que estaba empezando a disfrutar de su jubilación, después de veinticinco años en galeras, literalmente. Y Beremundo, tan dado siempre a fantasear y tergiversar en sus cuadernos su travesía existencial (había publicado, para sus amigotes, dos novelitas ligeramente lujuriosas, él, que se las preciaba de místico rilkeano), lo que hizo fue trasladar sus poquitas pertenencias, unos libros, algunos discos, su TV, su PC, su DVD, su VIH, dentro de poco todas nuestras cosas serán nombradas sólo por sus iniciales, “debo visitar a A, que vive en B, tomando la línea C”, a un coqueto, eso decía el aviso, apartaestudio en Boston, uno de los

más antiguos y todavía tranquilos barrios de Medellín, Colombia, América del Sur, donde, además, podría estar muy cerca de l..., la doncella que robaba su corazón y suspiros.

Y bien, ya apareció aquí la Ciudad, luego podrán los profesores decir que “esta es una novela urbana y realista”, tomen nota también los estudiantes, no vaya a ser que después venga la confusión, como vendrá, cuando nos vayamos de picnic al campo con nuestros amantes, y se convierta entonces en “una novela campesina y bucólica”, y no sea entonces el llanto y el crujir de dientes en los exámenes. Dejemos ahora a Beremundo tranquilamente escribiendo, observemos que al autor no le preocupan los adverbios terminados en *mente*, como les sucede a tantos otros escribanos, y miremos también de discreta manera o discretamente lo que va escribiendo en su pantalla.

*Viernes Santo, abril 2, 10:30 a.m.*

Carlos N., uno de los porteros de la urbanización donde vive Beremundo, ha sido asesinado en la mañana del Jueves Santo, ayer. La versión recogida dice que dos hombres que llegaron en bicicleta han vaciado sus pistolas sobre el pobre hombre, que ha quedado tendido junto a la reja, la cabeza y el pecho destrozados, los ojos incrédulos, abiertos, preguntándole por qué al cielo, sus moneditas tiradas a un lado. La atroz profanación del día sagrado ha conmocionado -conmoción fría- a Beremundo, a quien la idea de la muerte, la temible Compañera, lo ha venido acompañando con particular intensidad este año, sobre todo desde la mañana siguiente al concierto de piano de Blanca Uribe en el teatro de la universidad. Esa mañana, en efecto, Beremundo se había levantado con un fortísimo dolor en el costado derecho, adelante, como si una extraviada lumbalgia se hubiera instalado allí, huyendo de su maltrecha espalda. Beremundo toma ese día sus habituales pastillas de ibuprofén, y al siguiente, y al siguiente, no siente ninguna mejoría, y, además, ha empezado a sentir que alguna otra cosa no funciona demasiado bien allá abajo, junto al hígado: movimientos extraños, formación de gases, tal vez, imagina Beremundo de manera gráfica, una ruptura en algún lugar del sistema de tuberías viscerales, ese sistema tan inquietante. Y la digestión, antes tan regular, ahora por completo descontrolada. "pero no estoy arrojando sangre, ni la orina parece diferente" comprueba Beremundo para consolarse un poco. Pero la idea fija de un Cáncer acompaña a nuestro extrafalsario desde entonces, qué otra cosa puede ser, esos vértigos en cualquier parte y en cualquier momento, ese desbalanceo que lo acompaña al caminar, la tierra que se niega a sostenerlo, esa levedad, cualquier pequeño ventarrón amenaza con arrebatarlo hacia las nubes. Poco más de un mes después del concierto

nada ha cambiado, ninguna mejoría, Beremundo ya lleva ese dolor en el costado como una comprobación de su existencia, aunque cada mañana, al despertarse, querría tener la pequeña alegría de que aquello se hubiera marchado... en vano. Porque Beremundo, terco, sigue tomándose sus brandis a diario, trasnochando, tratando de olvidar, no sólo eso, sino también... Sin embargo, Beremundo sigue haciendo sus trabajos habituales en la editorial, sus traducciones, el diseño de libros y revistas. "¿Qué os sucede, pequeño y gentil Beremundo, que vuestro semblante no luce tan resplandeciente como de costumbre? ¿Abusáis acaso del opio, el ajeno y de las plántulas embriagadoras? ¿Vuestra doncella ha vuelto a abandonaros? ¿Y esos gemidos y suspiros que se os escapan?", le pregunta con su burlesco estilo medieval, demasiadas lecturas de Shakespeare, la inteligente Alinne, diseñadora. "Nada peor que de costumbre" anota él, "nada que no se solucione con una buena cremación. Ya sabes: la vida no es larga ni corta. Sólo se acaba cuando termina", remata, irónico. A fines de marzo, una serie de esas misteriosas casualidades que tanto fascinan a Beremundo empieza a desatarse, le llegan libros perdidos hace muchos años, libros empezados donde había creído descubrir, en la lejana juventud, claves, señales, mapas del destino: Canetti, obras chinas de autores desconocidos casi en occidente, tao, ensayos sobre Proust, Tolstoi, pero en especial "La tumba sin sosiego", de Connolly (Cyril). Lo golpea como un rayo, a través del lienzo desvaído de la memoria, el texto sobre la hierba del desapego que había leído en la revista de los nadaístas en 1970 (calculad, señoritas, la edad carbonocatórica de Beremundo):

"En el desierto de Norteamérica hay caballos que comen la hierba loca y algunos se enloquecen... los caballos que se acostumbran y aficianan a ella son esquivados por los otros y no volverán a formar parte de la manada. Lo mismo ocurre con los seres humanos; los que tienen conciencia de otro mundo, el mundo del espíritu, adquieren una visión que deforma los valores de la vida corriente; son consumidos por la hierba del DESAPEGO. La curiosidad es su único exceso y de ahí que se les reconozca, no por lo que hacen, sino por lo que dejan de hacer, como esos "arafantes" o discípulos de Buda que han hecho votos de las "Nueve Incapacidades". Así, no quitan la vida, no compiten, no se jactan, no van con grupos de más de seis personas, no condenan a los demás, silenciosos, contemplativos, no son aficionados al jolgorio, la algazara y los de su edad, esperan a que se les telefonee, no hablan en público, no tienen mayor interés en los amigos, ni se vengan de los enemigos. El conocimiento de sí mismos les ha enseñado a renunciar al odio, el reproche y la envidia y parecen más tristes de lo que en realidad son... La mayoría de los cuestionarios psicológicos tienen por objeto descubrir a estos lunáticos, a fin de no darles un empleo. Ellos se adivinan entre sí por una cálida indiferencia recíproca, pues saben de sobra que no están hechos para juntarse, sino para exhalar, como fosfóricos tocones en la selva del mundo, su engañosa irradiación".

Como si hubiera sido una consigna secreta grabada al fuego en su corazón, Beremundo de alguna manera había vivido toda su vida de joven y adulto como un "caballo loco", desde luego, no con los matices de exageración que pintaba Connolly, pero tan cerca... Y ahora, el retorno del autor con este libro, siempre evasivo, con ese título, y con los otros preciosos tesoros que le ofrecían sus páginas, fue para Beremundo el golpe de gracia, pequeña epifanía, revelación inesperada, que le habría de disparar, pensó, su último libro, antes de partir. "La tumba sin sosiego" lo había escrito Connolly en estado de cierto terror metafísico, al cruzar el umbral de los cuarenta, recapitulando su existencia y comprobando la veracidad de los lemas y justificaciones, de sus autores favoritos, por los que había regido o más bien desgobernado su oscura vida. La semejanza con la situación de Beremundo no podía ser más notable y misteriosa, provocadora. Ahora Beremundo debería escribir, pensaba, el verdadero librito de su vida, desmentir de una vez y para siempre y por última vez los malentendidos que rodeaban su obra así como la pequeña historia de su ser en el mundo, esa dudosa trascendencia heideggeriana. Pero, ¿por dónde empezar?

-Semejanzas con Connolly: el amor por el otoño, la niebla, la lluvia, Londres. ¡Recordadme, amigos, en los tiempos de aguaceros!. ¡Brindad por mí en las noches tenebrosas! ¡Santificad las brumas!

Lo mismo, Connolly amaba pasar los veranos en el campo francés: un molino, una cabaña, un faro junto al mar...

Sin embargo, Beremundo ya estaba empezando a mentir un poco, esa necesidad de los espíritus que saben que *no pueden contarlo todo*.

-Canetti: "Hay que dejar de hablar antes de haberlo dicho todo. Algunos lo han dicho todo antes de empezar".

*Viernes Santo, 1 p.m.*

Una vecina llama al apartamento de Beremundo. Le informa que la señora y el muchacho del primer piso del edificio de B., quien vive en el tercero, han sido asesinados. La conmoción fría de Beremundo se convierte en hielo desolado. Se atan cabos. Ayer, Jueves Santo, poco antes del asesinato del portero, se habían escuchado dos fuertes explosiones. Beremundo y otros inquilinos habían pensado que quizás habían

sido niños explotando globos de caucho rellenos de agua, como muchas otras veces. Quizá los asesinos de la señora y el joven mataron al portero en su fuga, él los había dejado entrar, quizás eran conocidos... Desde su ventana en el tercer piso Beremundo ve cómo los funcionarios sacan los cuerpos en camilla, y los arrojan como desechos en el furgón. Se ven las piernas de los dos cuerpos asomándose, antes de que cierren las compuertas. La presencia horrorosa de la muerte, la disminución del valor del cuerpo humano después de que alma ya no habita allí, posee a Beremundo con fuerza sobrecogedora. Esos cuerpos profanados por las balas, habían estado allí todo el día y toda la noche del jueves, y la mañana del viernes, mientras Beremundo leía los estudios de Citati sobre Proust y sobre Tolstoi, y mientras escribía la primera parte de estas páginas. Pietro Citati, al final de su "Tolstoi": "En la habitación se hizo el silencio interminable que sólo sentimos en las alcobas de los muertos".

Esta clase de cosas te hacen envejecer el espíritu diez años. Ahora Beremundo tiene ochenta...

Domingo de Resurrección. Enfermo. Desanimado. ¡Lavado, tormentas, los horrores de este mundo!

¿Cómo atreverse a amar a esta doncella a la que casi doblas en edad? Imagínate, al contrario, Beremundo enamorado de María Félix o de Sarita Montiel, por decir algo. Y, sin embargo, parece que la Doncella ama un poco a Beremundo, quien no puede ofrecerle nada...

Descubrir la facilidad con que la Naturaleza podría brindarte un poco de última felicidad, antes de la disolución, parece ser un hado trágico que siempre le llega a los espíritus demasiado tarde. Unas pocas semanas antes de ser ingresados a los hospitales, de caer aniquilados por el Mal, descubren que podrían vivir en la paz del Señor en las afueras de algún pueblo, en una cabaña junto a la represa, manejando una pequeña librería de segunda, todo ello, junto a la mujercita que han encontrado después de tantos años.

Beremundo cree recordar que hace unos veinte años había hecho un pacto con el Maligno, a cambio de eterna juventud. ¿Se habrá cumplido el plazo? ¿Eran sólo estos veinte años de idiotez, a cambio de toda esa eternidad en llamas? ¿En el Infierno, en vez de calderos de aceite hirviente, no habrán instalado ya algún sistema de tortura por microondas o láser digital?

Ruskin: "Trabajen mientras todavía tengan luz".

Cortarte el pelo al rape, dejarte crecer, Beremundo, esa barba encanecida, mostrarte a los demás con el raído esplendor de tu vejez.

En años anteriores, Beremundo había observado que, cada cierto tiempo, cuando le llegaba como la sensación de que tenía que morir, entonces fallecía de súbito cualquier cercano o familiar o conocido como si desde alguna parte Alguien transfiriera su destino, aplazara su ejecución. Muchas veces. Ahora, con el asesinato del Jueves Santo, Beremundo pensaba que era el último aviso: el joven y la señora estacionaban sus autos justo enseguida del parqueadero de Beremundo: 25, 26.

¡Deberías estar orando, Beremundo!

“El Metro te lleva a tu Destino”. Una frase que estremece a Beremundo todos los días, cuando el conductor la pronuncia en cada Estación...

Continuamente el computador, en una de sus apestosas ventanitas, me está recordando que estoy trabajando en un "texto sin forma". Inútil darle órdenes de configuración a las páginas, establecer los puntajes, los márgenes, nada. Primera crítica por estas líneas, supongo.

\* \* \*

*Domingo de Resurrección, un poco más tarde:*

Veamos en qué andaba Beremundo a finales de diciembre y principios de enero:

*En el camino, sin fin.*

*Diciembre 28.* Es bueno leer consejos para el camino, para sí mismo, en silencio, la víspera del viaje, al atardecer. Pero es mejor todavía leer esos pasajes en compañía de un buen amigo, en voz alta, comentándolos. Se aprende el doble.



El día del viaje, será todavía más aconsejable asistir a alguna ceremonia en el monasterio cercano, al amanecer, y escuchar los cantos de los monjes en recogimiento, en medio de nubes de incienso muy fuerte. Esto te dará fuerzas para el camino, para tomar el impulso que te lleve muy lejos en la primera jornada. Luego ya no estarás tentado a regresar ni nada podrá detenerte. En marcha.

Si tu viaje te obliga a abandonar a una hermosa dama, a la que estabas cortejando desde hace algunos meses, no le digas que te vas para siempre, no le digas nada. Sólo escríbele una pequeña carta en papel perfumado con su esencia favorita, donde le sugieres que debes marcharte un tiempo, como decían los orientales, "a vagabundear por ahí y mirar las nubes y el paisaje". Así, el corazón de la doncella no será quebrantado, y aunque tu viaje dure largo tiempo, o te vayas para siempre, ella aún conservará la esperanza del regreso. O, lo que será más deseable, te irá olvidando lenta y dulcemente.

*Enero 3.* Corre ya el tercer día del nuevo año y el tiempo no se decide a cambiar. Los que adoran los días soleados se mueven en sus casas con el ceño fruncido, enfurruñados: ¿no dejará nunca de llover, no pararán estas frías brisas?, se lamentan. Mientras tanto, el poeta, amante de la niebla y de las nubes, de las lluvias y tormentas, exulta de felicidad en su interior. Aunque el llamado mal tiempo retrase su viaje mundano, por el estado de los caminos, recogido en su estudio sabe viajar mejor que el más avezado de los cocheros del emperador. La tetera siempre humeante cerca a su escritorio, la pipa de tabaco, un jarro de vino al atardecer, buenos papeles y exquisitas tintas: ¿qué más puede desear un espíritu superior?

Y aunque sus amigos vivan ahora muy lejos, y sus queridas cortesanas lo hayan abandonado, el poeta siente que su corazón danza febril por los siete cielos.

*Enero 9.* ¡Sigue lloviendo a cántaros! ¡Maravilloso! El sendero puede esperar.

Escuchado en "El paciente inglés": "Todas las noches me arranco el corazón, y al otro día vuelve a aparecer donde estaba".

"Me sacarás cargada, y me conducirás al Palacio de los Vientos...".

Varios días después. Un aviso en la Avenida Oriental: "Centro Espiritual de Oración Científica. Hágase Socio".

Cuando me quieras encontrar, no me busques.

Cuando me encuentres, lo harás sin buscarme.

Otro posible título para este diario:

*Una vida para helarte.*

Se pronuncia: Una vida para el arte.

¡A life to be frozen!

*Febrero 4.* The Play. Gretta Scacchi. Revivir de la lujuria. Fellatio.

*Febrero 10.* Canal adúltero a medianoche. Katanga Disco Show. Dos chicas. Perfumes intensos. The Robbery.

En Antonioni: "... una mujer con la que pueda estar en silencio, como se está con la naturaleza". Imposible. Una mujer en silencio con un hombre, desaparece. Lo necesita como espejo, un lugar donde reflejarse, el espejo de Blancanieves que le hable y le diga todo el tiempo: "Eres la única, la más hermosa del mundo, la más inteligente, te necesito, te amo, no te vayas".

Nunca viajarás, tampoco, a Egipto ni al Golfo Pérsico. Confirmado.

Descubierto en el agua el verdadero secreto de la lujuria y el éxtasis. Ahora, ¿qué hacer con El Problema de La Mujer? ¿Seguirá habiendo más literatura?

A la manera de Canetti: Una mañana cualquiera se anuncia por la red mundial de información que en determinado país, Catatonia, una isla perdida en el Pacífico Sur, se ha logrado la felicidad absoluta: gobierno perfecto, ciudadanos perfectos, economía perfecta, arte, ciencia. De inmediato, millones de humanos de los otros países imperfectos e infelices, utilizando toda clase de medios de transporte, se dirigen a Catatonia. En tres días, la utopía aniquilada.

*Apuntes de Beremundo para una radionovela.: Semen carmesí*

1

Todas esas cintillas de lluvia portuguesa cayendo hacia las nubes como palabras interminables dentro del vaso de papel del cielo, dijo alguien, dije que dijera, estaba seguro de que alguien entendería, de que tú me entenderías al otro lado del libro, yo escribo aquí y ahora, tú lees allá esto dentro de mucho tiempo, años, quizá siglos, quizá entonces ya sólo tú entiendas que hablamos de la lluvia de Lisboa en el año de la muerte de Ricardo Reis, 1935 de la antigua época, Ricardo Reyes, Ricardo Rey corazón coronado de la melancolía del mundo, lluvia cayendo interminable dentro del cáliz de papel del libro, de qué otra cosa puede haber melancolía sino del mundo donde todos estamos contenidos, de no poder salir del receptáculo de vidrio en la mesa de observaciones del Gran Físico sin que un soplo de su extintor nos extermine, para eso están los extintores, así como están las frentes de las estatuas para que depositen en ella sus excrecencias las palomas, decimos, decía el personaje, no sabemos todavía como se llama o cómo lo registró su padre en la sacristía, si es que lo bautizó en campo sagrado, o en la notaría más cercana a la clínica, no la clónica, de esto se hablará después, algún día habrá clónicas de maternidad, en este libro es posible que el personaje no tenga nunca un nombre, dato éste que aburrirá de entrada a muchos profesores, no podrán preguntar a sus alumnos cómo se llama el personaje y de qué vive, qué estado civil tiene o padece, si casado, si soltero, si viudo, si divorciado, qué ingresos obtuvo el año pasado y de qué manera, si robando, si matando, si extorsionando, si secuestrando, sólo con estos suaves métodos se pueden obtener ingresos decentes en este país de porquería, y por qué se lo está devorando esa melancolía, ese enfermizo estado, esa neurosis que a muchos puede conducir de manera ineluctable al crimen, aunque le ayudaremos al lector o al alumno explicando que el personaje es así y así, una y otra vez, cuando sea necesario, no todavía, digamos que el personaje está ahora tristecito porque le falta mucho amor, no, no mucho amor, le falta todo el amor, el amor de su Blimunda, no, no es éste el nombre, Blimunda es otra que nació, vivió, amó, padeció y murió en otra novela, a nuestro héroe, porque será un héroe, le falta el amor de su, digámoslo de una vez, de su Deseada, se llamará Deseada, y por qué será un héroe el personaje masculino, preguntará el profesor, porque salvará a la doncella de su prisión y de sus muchos padecimientos, por ejemplo, podrá responder un alumno, si la novela estuviera situada en la Edad Media, pero no estamos en la Edad Media, dirá el profesor, pero si dicen los posmodernos que estamos en la Nueva Edad Media, dirá el alumno, o, lo que es peor, en la Neo-Barbarie, el Nuevo Oscurantismo, y entonces sí podremos de nuevo tener héroes en las novelas y rescatar a las doncellas de sus prisiones y mazmorras y liberarlas de sus atroces encantamientos, mire cómo

vamos progresando, cómo todo va hacia atrás, la historia retrocede, las épocas retornan, la televisión progresa hacia la radio, lo último en progresos, así como el idioma vuelve a sus orígenes, terminaremos hablando en latín, ahora los actores de la televisión están mirando a la radio como un nuevo y prometedor filón de oro, las radionovelas, dicen, serán la salvación para la crisis, ya no hay empleo en las novelas de la TV, y en la radio no hay que aprenderse nada, no hay que actuar, sólo leer los lóbregos libretos mientras el encargado de los efectos golpea una cuchara, un coco, zapatea sobre una mesa, derrama una regadera como si fuera la lluvia, vaya, lluvia de jardinera, dispara una pistolita de rollo de polvorines, mata al personaje, vea usted, y cuando se acabe de nuevo el filón de las radionovela los actores van a querer meterse, en dónde, diga usted señor, pues en las novelas de papel, como en estas, dónde más, donde no tendrán que hacer nada, nada, dejar sólo que el autor se devane los sesos, querrá usted decir devanearse, eso, extraña imagen, devanearse o devanarse los sesos como quien des-devana una madeja de hilo, como si el escritor fuera un gatito jugando con su madeja de lana, envolviendo y desenvolviendo, y entonces la escritura sería sólo un devaneo, devaneo de señoritos, devaneo de desocupados, claro, devaneo de maricones con toda seguridad, no conocemos en este país un escritor que no sea maricón del todo o por lo menos algo maricón, mariconzuelo, ahora acaban de descubrir los investigadores que el exceso de alcohol hace crecer las tetas en los hombres, y las caderas, y que se les cae el pelo del pecho, y que los testículos se les ponen pequeñitos, y que los espermatozoides disminuyen, y que llega más pronto la impotencia, de modo que todos los escritores de este país nos vamos a volver más maricones que nunca, imaginémonos comprando sostencitos en San Diego, en Victoria's Secret por la Red, bien, la verdadera y artística escritura es entonces como un croché, como un macramé, una labor de encaje y de bolillo, nada para manos toscas, como la pintura sobre porcelana, escribir es como pintar sobre porcelana, queridos, este aleteo de tus suaves dedos sobre el teclado de tu PC, así como en alta noche tranquila volaban las manos del amante de José Asunción sobre el teclado de su blanco piano como una mariposa sobre una lila y volaba su corazón a otros lugares y veloces sus pensamientos cruzaban los mares, y entonces qué harán, qué haremos los actores, nada, mientras el pobre autor se cura la migraña de los lunes con dosis dobles de aspirina para empezar a escribir su trabajo de la semana, los actores de la radio se meterán a algún café de la novela a jugar cartas, hay que exigirle de entrada al autor que nos ponga ya un buen cafetín, con media luz, tangos y boleros, algo de pop y baladas, meseritas complacientes, hermosas meseras que se dejen tocar el culo y pellizcar las tetas, podría ser el Café de la Piloto, si les parece, es asombroso cómo la gente de la radio juega cartas, y a meterse sus aguardientes, es asombroso como la gente de la radio mete aguardiente, cualquier cosa, es asombroso cómo los actores de la radio meten cualquier cosa, sobre todo en los baños, y no sólo los actores de la radio, o si los actores ya tienen sus añitos y sus úlceras se tomarán tan solo una

aromática, hay actores que pueden pasar una mañana entera tomándose una aromática, para desesperación de los meseros y de los dueños de los cafés, y luego, además, tomarse otra aromática en otro café, toda una tarde, esto es lo que se llama un altísimo y preocupante índice de ocupación de mesas de café según los economistas, ellos sabrán porqué y para qué y qué diablos hacen con esa cifra, Dios nos libre de que nos metan en sus estadísticas, que metan a los actores pero no a los autores, somos más resbaladizos, somos como peces, esto lo dijo alguien de usted, de quién, de mí, de usted el redactor, sí, de usted, cuándo, en la anterior novela, cuál, la de la Virgen y el Dragón Furioso, no, no me acuerdo, en todo caso alguien lo dijo, que usted se le metía a las lectoras como pez entre las piernas y luego les saltaba a la nuca y les mordía las tetas, no, no me acuerdo, debió ser alguien hablando de otro autor, no soy un pez, no muerdo tetas, las tetas de la mujer no saben a nada, y las de los hombres a qué saben, tampoco saben a nada, entonces para qué las tetas, nadie lo sabe, bien, si usted lo dice, y así, seguimos, caían las palabras como lluvia interminable en los oídos de Blimunda, no, en los oídos de Deseada de las Estalactitas y de las Umbrellas, en esta novela Deseada tendrá todos los nombres amorosos, podría incluso llamarse Marcenda, como la mujer del beso robado, no, no fue un beso robado, en dónde, también en la otra novela, pero fue en otra novela distinta a la de la Virgen y el Dragón Lujurioso, sí, pero muy parecida, sí, por qué, porque había también doncellas en prisiones y cataclismos y príncipes al rescate, y besos robados, en esta novela habrá besos robados, pregunta el profesor, será posible, todo es posible, los mejores besos son los besos robados, al principio, después los besos consentidos se van enfriando hasta ya no sentirse sino como cosquilleos de mosquita muerta, quién te besó por la mañana al salir, no te das cuenta, si fue tu mujer, si fue tu amante, si fue la señora que viene a lavar la ropa, no estaría de más que te besara el lechero, o la lechera, con su cántaro de ilusiones por la mañana, ilusiones rotas, besé al señor de la casa esta mañana y ya no le hace ilusión, le dirá a las vecinas la lechera, ya los señores no besan como antes, las cosas que a una le toca pasar en la vida, todo se esfuma, todo lo sólido se desvanece en el aire, es catastrófico ver cómo se hundan los sentimientos en esta época, de peor manera que el hundimiento del Titanic, esta es una lechera muy culta, ha leído quizá a Hans Magnus Enzensberger, quizás a Virilio, a Castoriades, quizás a todos los teóricos, ahora cualquier lechera es diletante posmoderna, claro, con lo democrática que está la educación, sigamos, esta no es una novela política, aquí no vamos a opinar, aquí sólo es tiempo de revelaciones, de revelar por ejemplo que la lluvia que está cayendo desde el principio no es una lluvia portuguesa sino una lluvia colombiana y exclusiva, de orgullosa fabricación nacional, las lluvias importadas no mojan lo mismo, no saben lo mismo, no son tan románticas ni tan trágicas como las autóctonas, hay que ver las magníficas inundaciones que provocan las nuestras, recordemos la idiotez de inundaciones de las lluvias importadas durante el gobierno del reciente César o emperador, escuálidas, si ustedes me lo permiten, escuálidos

diluvios, y miremos estas que estamos ahora soportando estoicamente, cómo estamos de romanos, desde hace tantos meses, después de las igualmente portentosas sequías del año pasado, El Año Pasado en Sequedad, no en Marienbad, del que pudo alguien avisado haber hecho una película, nadie la hizo, y recordemos que con las lluvias importadas los demás fenómenos aledaños tampoco llegaron nunca a producirse, cuáles fenómenos, preguntará el profesor, que no ha leído ésta ni ninguna otra novela, los profesores nunca han leído las novelas por las que mandan a preguntar, vayan y pregunten en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina a quién mató Juan Pablo Castel, vayan y pregunten si María Iribarne era prostituta y si se acostaba con el ciego y si por eso la mató Castel, vayan y pregunten si Castel era comunista y antiperonista y se masturbaba, todos los comunistas se masturban, en la ciudad y en el monte, eso era cuando todavía había comunistas, y los otros fenómenos que se producen con las lluvias nacionales a saber, la Transfiguración, la Transustanciación, y a poco más la Transmigración de las almas o metempsicosis, y eso que no hemos mencionado la Transverberación, esta parece ser una novela culta, y que algún día será objeto de culto, vaya afortunados los actores de la radio, antes de la TV, que van a trabajar aquí, algún día dirán a sus nietecitos, al calor de las chimeneas láser, yo trabajé en una radionovela culta a fines de los noventas, hacía el papel de Federico de la Fuente, dirá uno, para entonces ya parálítico y sin brazos, y yo hice el papel de Zobeida la Princesa Tunecina, dirá otra anciana sin un solo diente, y yo hacía de Periquillo el de las Alcantarillas, el enemigo jurado y opuesto, el antagonista semántico de Federico de la Fuente, y de qué trataba esa novela, abuelo, abuela, tío, ninguno de nosotros lo supo nunca, era algo así como una investigación filosófico-futurista, llena de crímenes, sexo y suspense en high-tech, oh, oh, oh, exclamarán a una los nietecitos, basta por ahora con estos dos ejemplos, bien, se iba en que las lluvias importadas no producen estos fenómenos, como por ejemplo el de convertir los paraguas en parasoles cuando las lluvias ya no están o dejan de ser, esto es una verdadera extrañeza, objeto de vastas conjeturas de índole naturalista, primero llueve, luego no, y demás efectos especiales y colaterales como la transfiguración de las damas en damiselas, esta es una observación subjetiva, y luego, con el correr del tiempo, del devenir de las damiselas en almas para el señor, y esto es algo que me lo comentaba Saramago la otra noche, quién, Saramago, ah, de cómo vamos por la calle, por ejemplo, con nuestra amada de tantos días, o meses, no de años, no hay amadas de años, vamos los dos bajo el paraguas, y la lluvia cae inmisericorde, como si las nubes tuvieran capacidad de misericordia, y de pronto, como sucede tantas veces, llegamos a una calle en la que deja de llover, sencillamente, porque sí, deja de llover, y entonces el paraguas, que hasta ahí fue paraguas, se transforma en sombrilla, esto es, pequeña sombra, sombrilla es diminutivo de sombra, o parasol, no nos enredemos, en Portugal dicen parasol, y entonces, misterio, atención al enigma, a la par con la transformación del paraguas, nuestra pequeña amada, que se llamaba María Palotes y era

morena, morenísima y antioqueñísima, se transforma en Vivianne Cifuentes de la Parra Pombo-Brigard, bogotana, capitaluna, y deja entonces de conocernos, quien es usted y por qué se atreve a llevarme de la mano, desgraciado, grita, hace escándalo, tú te zafas, te disculpas, pides perdón, no fue mi intención, pero el escándalo no pasa a mayores porque mientras tanto otras tantas escenas semejantes han ocurrido en la misma esquina, todas las mujeres que iban bajo paraguas van ahora bajo parasoles y se han transformado en quién sabe qué engendros, en fin, esas cosas pasan, y a los amantes prevenidos sólo les ocurre una que otra vez, cuando se les olvida lo que puede suceder por andar pensando en otra cosa, ir pensando por ejemplo en que ya llevas demasiado tiempo con esta nena, y entonces, cataplum, se va la lluvia, etcétera, cumpliéndose tus deseos, ya vas de la mano con otra nena, una nena bogotana, qué horror, dicen que las nenas bogotanas tienen el sexo, la gruta, la caverna, toda peluda por dentro, y que por eso los bogotanos, una vez entrados en esa cavernas, quieren quedarse allí dormidos para siempre, eso dicen, y que por eso el noventa y nueve por ciento de los bogotanos van por las calles como sonámbulos, y que por eso además los playboys de la alta sociedad bogotana, y los actorcitos de la TV que se creen playboys prefieren a las damas de otras latitudes del país, diga usted Antioquia, diga usted las presentadoras de TV que vienen de Medellín y que son tan sexies ellas, dicen, no lo digo yo, que también tienen un sexo muy bien puesto pero sólo peludo por fuera, y por dentro es como los demás, ya sabemos como son por dentro los demás sexos femeninos en todo el planeta menos en Bogotá, como dijimos, bien, y seguía el cielo deshilachándose en cintillas de plata, lentejuelas, canutillos, brochecillos, adrapés, diga usted que es adrapé, pedrerías de color de agua de luto lustral que luego sería no más que agua de alcantarilla ideal para el papel de Periquillo de las Alcantarillas o de los Albañales, preferimos decir de las Alcantarillas, alcantarillas o albañales, rata de albañal, una expresión que nunca has dicho, la dijiste, anótala, albañales por los que luego, o ahora mismo, pondremos a arrastrarse a nuestro gallardo aventurero Leonardo Valiente, podría ser, o al sinigual paladín a quien denominaremos El Cosaco Ruso, desde las estepas legendarias la rebeldía y el valor, dos fuerzas temibles encontradas, Nicolai, Nicolai Charkov, arrastrándose por los albañales para rescatar a la doncella de las garras del malvado Barón de Chartreuse, a Marina, Marina, Marina, de quien las olas del mar gritan su nombre, o al despreciable bufón a quien luego transformaremos en el León de Damasco, en la radio todo es posible, y ahora más en el siglo XXI cuando la radio viene en DVD, pero no, contentémonos con esta radionovela contemporánea donde, como ya se dijo, señor profesor, la heroína se va a llamar Deseada, a secas, y el héroe, digámoslo de una vez, se llamará Blimundo, no, Beremundo, y entonces se establecerá por fin y completamente la Conexión Portuguesa, que a cada momento nos trae más sorpresas, veamos, porque en otra dimensión distinta a la del papel, la verdadera Deseada acaba de llamar al redactor, son muy amigos, para contarle que se va a ir a trabajar en la oficina de publicidad de Hada Helada del Coral, personaje de una

antigua novela del redactor de la que sólo se publicó una plaquette de doscientos ejemplares, la ficción siempre supera a la realidad, la realidad siempre termina por parecerse al cine, esto no viene al caso pero de alguna manera sí, un personaje antiguo y ya fallecido llamando por teléfono a uno de nuestros personajes modernos y vivientes, qué curioso, qué dilema, permitirá el autor que esto ocurra, pregunta el profesor, todavía no lo sabemos, responden los alumnos, todavía no conocemos mucho a Deseada, tampoco conocimos nunca a Hada Helada del Coral, cómo podrán llegar a encontrarse dos personajes inexistentes, uno muerto, uno vivo en la realidad virtual, es algo que sólo es posible en las novelas y ahora en las radionovelas, sigamos nuestro camino donde sombras solemos vestir, esto es lo que algunos llaman asociación automática, donde sombras de sombra somos, reflejados en el negro espejo de nuestra incredulidad, cómo se ríen de nosotros los espejos cuando los abandonamos creyendo todavía ser, y no somos nada, no somos nada sin que los espejos nos digan, eres, eres, la cópula y los espejos son abominables porque reproducen el número de los hombres, etcétera, pero no se preocupen los lectores incultos, los profesores, aunque lo parezca, esta no es una novela para borgesinos y postmediáticos, esta es y será sólo una radionovela para deleite light y liviandad vespertina de muchachas del servicio, como todos podrán ver.

\* \* \*

Beremundo soñaba: "Aquella tarde, al entrar al consultorio, le dijo la señorita Carlota, Hay carta para usted, doctor", lo cual es metafísicamente imposible, por dos razones, primera porque Beremundo no era doctor ni tenía consultorio y, segundo, porque de tener una secretaria o asistente se hubiera llamado (.....) Y la frase era de Saramago en "El año de la muerte de Ricardo Reis".

Porque me falta la luz de tu alma, decía él, escribía pensando que se lo decía a ella, a su lado, muy paso, pasito, y escribía penando y pensando que ella le respondía, mi Blimundo o Beremundo, todas estas noches no he hecho otra cosa que pensar en tí, diría ella recordando a Serrat. Etcétera.

Beremundo Transz: Ver - el - Mundo - a - través — de, o desde el otro lado.

Demasiado tarde, también, Beremundo descubre que la mejor hora para escribir es a las cuatro de la mañana, en ayunas, con sólo un cafecito, mientras la Dama Blanca se filtra por la ventana y te besa las



manos. Una hora, a lo sumo, hasta que irrumpe el insoportable alboroto de los pájaros con sus gritos de guerra, marcando su territorio.

Porque los pájaros, ellos, miremos, no son más que la cruel pesadilla de las humildes lombrices cuando salen a hacer sus necesidades matutinas. Entonces es cuando se lanzan sobre ellas el melodioso ruiseñor, la gentil alondra, el gorjeador mochuelo, la vivaracha golondrina.

Y ellos desprecian al señorial búho, el intelectual de la especie, el único que presume ver de noche, descifrar la oscuridad. Y se alimenta sólo de ratas y serpientes...

Por mucho veneno que se hable sobre los colombianos siempre se podrá decir algo peor, escarbar interminablemente en nuestra pútrida esencia.

Añorar la bomba atómica que quiere el anarco Fernando Vallejo se lance sobre este remedo de país.

Se le debería dar al hombre la oportunidad de ser mujer un día a la semana, tener la menstruación, ponerse histérico. En suma, conocer la sensación de ser absolutamente irracional, ese permanente estado de nuestras amadas.

"Era una mujer muy antigua. Todavía tenía la menstruación con la N antes de la S..."

El cáncer, ese infatigable Artista que nos esculpe desde adentro.

Todos esos imbéciles, tontos, majaderos, irracionales, brutos, zoquetes, perendengos, pendejos, idiotas, engreídos, tarugos, tontocotudos, estúpidos, rudos, torpes, necios, besugos, pesados, negados, burros, cerrados, adoquines, adoquines, alelados, bestias, bobalicones, borricos, calamidades, cebollinos, desubstanciados, embobados, esquizofrénicos, estultos, insulsos, lentos, lilas, nulos, pánfilos, papamoscas, limitados, memos, mentecatos, mostrencos, nulidades, presumidos, barbilindos, engallados, engomados, fanfarrones, peripuestos, pretenciosos, recompuestos, chulos, balandrones, tiesos, vanos periodistas y presentadores de la prensa, la radio, la TV.

Para no hablar de *nosotros*, esta otra peste de los gestores culturales.

"En un periódico se encuentra todo. Basta leerlo con la suficiente furia". (Canetti).

Un aviso en el diario, me cuenta X por teléfono: "Seminario: Cómo ser mejores ancianos desde niños".

Aviso en la Avenida Oriental: "Centro Espiritual de Oración Científica. Hágase socio".

¡Ah! Nuestros críticos de cine, serios, rigurosos, trascendentales, que fingen estremecimientos y cuasiorgasmos espirituales con Kieslowski, y blasfeman del "Shakespeare in love" porque los personajes no hablaban "filosófica ni poéticamente" como en las obras del bardo. Imaginarse un mundo en que la gente parlotee todo el tiempo en rima sobre asuntos terriblemente importantes.

Aspiración: hablar como en los cómics, con el globito blanco lleno de palabras. Pero en latín.

Un mundo que, como en las películas, tuviera todo el tiempo música de fondo, a gran volumen. Así, las parejas en disputa, por las calles, irían acompañadas de música muy triste, baladas para despedirse. Los asesinos, música de thriller. La gente feliz, música de carnaval. El celoso, música de suspenso; el místico, cantos gregorianos, etcétera, etcétera. Todo el tiempo cada uno con su música, imposible de controlar, porque sería algo que vendría, no sé, desde el cielo, o desde el infierno. Desde luego, en ese mundo a nadie se le hubiera ocurrido inventar la radio o el disco o el cine. Ahora, hay algo de esto, con los equipos de sonidos en los autos, los chicos en walkman, la horrorosa radio deportiva en los taxis. La torre de Babel del ruido. Todo el mundo loco en simultánea. A veces Dios sabe lo que hace.

"Entonces, como si fuera una daga, ella asió el soberbio e hinchado y presuntuoso pene de Beremundo y, suicida, lo clavó hasta la empuñadura en sus entrañas".

"La penetré con toda discreción -anotaba Beremundo- correspondiendo a sus suaves maneras de hermana dulce..."

Llamarse Fray Baskerville, como la fuente tipográfica. Rico nombre para uno de los personajes de "Semen Carmesi".

Y hay otra fuente llamada Matisse...

Comités para analizar la inutilidad de los comités.

Balthus, de memoria, sobre el arte conceptual: "[Que la idea sea más importante que el objeto...] eso es terrible. Lo que es más importante es hacer una pintura, una buena pintura, y olvidarse de cualquier idea".

Más Balthus: "No soy monarquista, soy feudalista". "La intelectualidad es una especie de cortina de hierro entre la realidad y la verdad".

*Viernes 23 de abril:* Beremundo sueña que tiene una hermosa amante francesa, con un feroz guardián.

*Sábado 24:* Beremundo sueña que es un guardador de rebaños.

*Domingo 25:* Beremundo sueña que es un agente secreto, descubre un sótano lleno de niños prisioneros, que fabrican extraños artefactos de placer insoportable.

(En junio, Beremundo tendrá pesadillas con El Cubo de Rubik).

Varias semanas después, en mayo:

Repetid, repetid conmigo cien veces, a manera de Gran Lamentación:

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris

Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris, Clítoris







Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!  
Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene! Pene!

En una carta que le envían de un diario de la ciudad, califican a Beremundo como “avezado miembro del cuerpo intelectual...”:

*¡Ha besado miembro del cuerpo intelectual!*

*¡Ave, sado-miembro del cuerpo intelectual!*

Ave, Ave, Ave!!!

La vida es para joderla, y nada más.

Moana Pozzi en el cinema, besando, chupando, feliz, ese enorme pene del negro, oscuro, oscuro...

*Severed Head.* Una divertida comedia inglesa: la mujer de X se enamora del siquiatra y se va a vivir con él. Le piden al marido que tome la cosa a la manera civilizada, y, en efecto, él así lo hace. Los visita y les lleva vino a cada rato. El tipo, X, tiene una amante desde hace tiempo. En vista de la impotencia de X para resolver nada, irse con ella, su amante se enamora del hermano de X, escultor. El siquiatra, mientras tanto, tiene una hermana media, con la que sostiene relaciones incestuosas. X los sorprende una vez y se desata un pequeño conflicto. La ahora amante del escultor intenta suicidarse. Fracasa. Empieza a tratarla el siquiatra, y obviamente la convierte en su amante. La mujer de X se hace ahora amante del escultor. La hermana del siquiatra se hace amante de X. Las cosas seguirán.

En otra película inglesa, cuyo título Beremundo no alcanza a registrar, la misma y eterna insatisfacción, pero lineal: Michael Caine está casado con una muy madura Liz Taylor. No tienen hijos. Un matrimonio “aburrido, precario y trillado”. “Y todas las mascotas mueren”. Caine se enamora de Susannah York, la modista de su esposa. Relación larga. Liz se da cuenta y les hace la vida imposible. Liz intenta suicidarse. Caine intenta mudarse con Susannah. Liz seduce lesbianamente a Susannah. Caine inicia relación con secretaria. Se sugiere triángulo final entre Caine, Liz y Susannah. Las cosas seguirán.

Anécdota de Whistler y John Ruskin. Cuando Ruskin le reconvinó por cobrar supuestamente demasiado caros unos grabados, contestó Whistler: “Señor, no estoy cobrando 200 guineas por el trabajo de dos días. Las estoy cobrando por mis conocimientos de toda una vida”. (Aquí, Beremundo levanta una copa en homenaje a Ernst Gombrich, quien acaba de entrar en la inmortalidad.

Llega el maldito verano. Beremundo sabe que se pondrá bastante malito. Con esa desesperada lucidez que deben tener los condenados a la hoguera.

Muy malo. Recaer en el Burdello; 300 mil florines la noche. Al día siguiente, Radio City. (Esto habría que explicarlo después).

De los encuentros fortuitos entre un paraguas y una máquina de coser en la mesa de disecciones. He aquí lo que halla Beremundo en un antiguo manual italiano de tipografía (1890). Traducciones al español y arreglos modernos de Beremundo:

**Maravillosa Instrucción**



Internacionalista:  
Sé Imperiosamente  
Hermafrodita,  
Bambina!

*El Saltimbanqui Automovilista*

**Biblioteca Internacional**

Establecimiento Estéreo

Baños Calientes

**Toda mujer casada es una esclava  
que debe saber moverse como una reina  
haciendo el amor sobre la cama  
que su marido le pone como trono.**

*El paganismo nos libra deliciosa y suavemente de todas las  
camisas de fuerza de la razón.*

LAMENTO DEL BARDO:  
DESTINO FUNESTO,  
HERMOSAS PRIMAS...

**Ministerios fantasmas...**

*Un sombrero.*

*De tu mujer y de tu amigo experto, no te fíes...*

**Medito sobre la triste suerte de los flotantes mortales...  
¡Tomad precauciones!**

-Bien vengas, mal arte del libro!

*Se atrapan más labios con miel que con .....*

La fuente de nuestras pasiones, el origen  
y principio de todas las otras, es...

Los hipopótamos se encuentran en grupos  
excesivamente numerosos en el Lago Alberto.

**Ningún mayor servicio podrían hacerle los gobiernos  
a los hombres, que... DESAPARECER PARA SIEMPRE.**

Corazón del Louvre, Aerostato,

Maestro embalsamado!!!

**Todos nuestros males empezaron con Juan Gutenberg de Maguncia.**

**El Santo Sudario:**

**Mineralogía:**

**Transmutabilidad**

La imprenta esparce por el mundo su luz enceguedora...

*Toda mujer discreta lleva dentro de sí mil putas apretujadas.*

Michel de Montaigne rocía los melones  
de sus nenas en Bruselas y Lorena.

Fatalidad, parque negro del alma ...

*Al que teniendo cama aparte duerme con su esposa o moza, hay que  
tenerle duelo. José Zorrilla.*

Lujuriosamente, el numérico Chopin tañía los senos de Loris...

Promover la ignorancia y la desinformación entre el pueblo,  
debe ser la primera consigna de un régimen popular.

***Una sinfonía melodiosamente dinamitada.***

Nicolás de Maquiavelo, Oculista.

**Las pompas fúnebres de sus verdugos,  
consoladoras de los pueblos.**

*Un silencio de muerte reina en aquella región...*

Pobre y oscura fue mi infancia...

**Amar es no ser amado.**

**Inconsolables estudios de medicina...**

La circunstancia de que la máquina de escribir  
viene a tener cada vez más aceptación... (1894)

*Mucho viento endurecido.*

***Bajo impresión anastática se domina el método  
de reproducir un dibujo o un impreso cualquiera...***

La profesión militar, una de las  
más deshonrosas del mundo...

SOBRE EL MARGEN DE UN RÍO,  
DE ÁRBOLES TANTO UMBRÍO...

EL AMOR ES MUCHO, PERO EL DINERO LO ES TODO!

**Enamorado: economiza los sentimientos y las palabras.**

**Romanticismo: Charlatanería: Debilidad.**

*El sentimiento de lo bello, innato en el hombre,  
es lo que más extrañamos en las mujeres...*

¡Alguien ha pretendido que los  
obreros tipógrafos fueran bachilleres!

El matrimonio es una ciencia  
cuya graduación tiene lugar  
en el Infierno.

“Los grabados en madera son en general  
muy mal queridos por los maquinistas.  
Su falta de altura es notoria, y las dificultades  
con que se lucha para su impresión [...]”

*CANCIÓN DE AMOR, EJECUCIÓN SIMPLE,  
MARAVILLOSO EXPERIMENTO DE ELECTRICIDAD...*

**Y basta. Lectoras: No le atribuyáis a Beremundo toda esa misoginia...**

\* \* \*

Michel Serres, de repente, con seis libros. Su "Hermafrodita". Su "Desapego". La anterior novela de Beremundo había nacido como "El hermafrodita desvelado". Y ahora, "El libro del desapego"...

La circunstancia de que los ordenadores son cada día más lentos... (septiembre de 2000)

"Sí, el sujeto del conocimiento ha olvidado que la palabra pensar se deriva del verbo pesar. ¿Qué hay en lo suave que se pueda evaluar de ese peso?" (Serres)

Escuchado en una película: "Cuando estoy enamorada se me ponen los senos calientes". La más hermosa frase escuchada en boca de mujer.

Después de un día de intenso aguacero, esa hora de maldito sol a últimas de la tarde. Bueno, no todo puede ser perfecto, hay que dejarles algo a los amigos del buen tiempo....

Tres días de TV internacional, apenas sin detenerse a dormir. Un verdadero tratado de Civilización Contemporánea. Todo está ahí, como decía Canetti de los diarios. Viéndolo con la suficiente furia. O con la suficiente indiferencia.

Se aprende más allí que en los burdeles.

No seguir haciendo el payaso.

Así, jubilarse de la vida. Todo consumado. Las mujeres, la cultura, los libros, las drogas. Beremundo podría pasarse el resto de la vida bostezando frente a la TV. Y sin decir esta boca es mía.

La vida de Lawrence de Arabia. Toda esa intensidad. La Iluminación en el Desierto. Para acabar muriendo en ese ridículo accidente de motocicleta.

... Pero Ibsen decía que la verdadera rebeldía en este mundo consistía en atreverse a ser feliz.

“El secreto está en el Oro. La Transmutación del alma en \$. Con este signo vencerás”.

Escribir una versión de... “El Principito Punketo”. O: “Peter Punk”

Estar solo y poder llorar a cántaros sin que nadie te pregunte el porqué, ni, mucho menos, trate de consolarte.

Los últimos hombres, en la última tarde del mundo frente al Sol agonizante, sólo entonaremos cantos de júbilo.

En “Seinfeld” (una olvidable comedia norteamericana), la pregunta de George: “¿Cómo debo sentirme cuando pienso que nunca, nunca, nunca jamás volveré a tener relaciones sexuales con una mujer?”

Respuesta: ¡Deberías sentirte absolutamente feliz y liberado, Georgito!!!

En verdad, Beremundo, ¿te acuerdas de cuándo fue tu última vez con una de ellas?

El profesor de religión de Beremundo en cuarto de bachillerato: “Jóvenes, tengo la seguridad moral de que todos ustedes se masturban”.

Se descubre la estupidez de la juventud, y de la Crítica, generalmente sólo treinta años después. “Blow Up”, de Antonioni, un fiasco. Sólo salvado por el último minuto de los mimos jugando la invisible partida de tennis, donde yace el quid del asunto: Sólo vemos lo que queremos ver.

Y el cine envejece más rápido que los críticos.

Graffiti: "Querer amarte no es más que querer amarrarte".

\* \* \*

Interludio romántico. Papeles hallados en una vieja carpeta de Beremundo:

*De la literatura desaparecida: el género epistolar. Amores privados, retratos públicos. Un corazón puesto al desnudo, entre la gravedad y el kitsch.*

Mi amada Casandra...

*Medellín, mayo...*

... Créame, Casandra, que ha sido para mí toda una sorpresa el recibir su amable nota del viernes [...], y esas palabras que me llenan de dicha. Cuánto afecto en esa carta, y, sobre todo, cuánta generosidad: supongo que pasará usted muchas horas abriendo y leyendo cartas de todo el país, preguntándose a quién responderle, cómo responderle, sacar su tiempo, su muy precioso tiempo!, escribir, hacerlas llevar al correo o pasarlas en su E-mail, etcétera. ¿Me permitirá decirle que su nota me ha llenado de unas emociones que no puedo describir? Ahora mismo, escribiendo esto, me poseen unos ardientes temblores! Que usted haya leído el original de mi pequeña novela, usted, primero que nadie!, me parece un exquisito honor y a la vez un terrible compromiso. En verdad, todo lo que allí cuento ha sucedido, y me está sucediendo, es mi vida... Y lo que usted me aconseja sobre esforzarme para su publicación me llena de inquietudes. Hay todavía tanto dolor, tanta herida por curarse... en los otros! En esta sociedad todavía tan cerrada, a pesar de esa hipocresía que pretende mostrarla como librepensadora... No sabe usted los infiernos que arden en esta pequeña población que se precia de ciudad! Cómo ven a Medellín, desde la Capital, los intelectuales? Cualquier visión que tengan sobre nosotros, los provincianos, nos la tenemos merecida! ... Como le dije antes, la aparición de su columna los domingos en [...] ha sido el más feliz acontecimiento para nosotras, las mujeres sin voz pública, pero también, usted lo sabe muy bien, para los hombres, para todos los sexos que usted sabe que existen. Su espacio se ha convertido en una lámpara, aunque parezca cursi decirlo, que ha alumbrado muchos caminos!!!

Cassandra, es cierto todo lo que le dije sobre mis más íntimas pulsiones, lo que siento sobre usted... eso que me lleva escribirle de nuevo... Sí podrá usted venir a Medellín dentro de poco? Le ofrezco mi pequeño apartamento de todo corazón! Por favor, escíbame, llámeme...

Su Simonetta M.

*Medellín, junio...*

Perdone mis celos!!! Estaba loca... La carta que le envió usted a [...], a su regreso de Europa, es ejemplar. Todo ese amor que guarda en su corazón, es envidiable, divino... Casandra, sin embargo, no pude dejar de sentirme furiosa, usted sabe cómo somos nosotras, y sabe más de mí por mis escritos... Baje usted hasta mis pequeñas pasiones, por favor, y sonríame...

Ahora en Medellín ha empezado a llover un poco, refrescándonos de esos soles malditos que la queman a una toda, hasta el corazón... Este corazón que murió el pasado verano, y que ahora quiere renacer a las sombra de sus palabras, Casandra...

(Sí: he ensayado el asunto del espejo, y es de un resultado salvaje: esas caricias a una misma, en la penumbra, a la luz de los velones, con esas túnicas... Embriaguez del cuerpo propio y único!!! Hay una hermosa pintura de Delvaux que pinta una escena semejante, se la enviaré... Saber que pronto seré suya!!! Naufrago de puro amor en mi bañera...

*Medellín, agosto...*

Cassandra, el asqueroso infierno en que me tuviste los últimos días... ¡mírame ahora por primera vez tutéandote...! Sí, todo eso fue culpa mía, provocado por la ausencia de tus cartas en mi correo electrónico, tu alejamiento virtual...

Entonces fue que caí como una idiota en los brazos de la bailarina española... Pero si fue sólo una noche, Casandra, y cometí la imbecilidad de confesártelo! Pero, por otra parte, esa confesión provocó también tus adorables celos! Tú, con celos de mí!!! Casandra Uribe!!!, Cuando estaba en la cama con la Soledad aquella, todo el tiempo estaba pensando sólo en tí. Que su sexo era el tuyo, sus senos, sus ojos. El amor que nos hicimos esa noche las dos, fue para mí como mi boda fantástica contigo, nuestra primera vez...



De nuevo estoy escribiendo algunas cosas, no prosa, no poemas, es algo mezclado, un género extraño. Extraño como la incertidumbre de nuestro sexo... Soy una mujer que te ama como mujer, ¿o me he vuelto un poco hombruna y dominante...? Y lo de tí hacia mí, aquello de querer reposar sobre mí, penetrarme con feroces instrumentos, con toda tu lengua eternamente dentro de mí... Esa tienda de objetos sexuales que vimos en Bogotá...

La poetisa [.....] no ha vuelto a llamarme. Creo que la despedí con demasiada crueldad. Se lo tenía merecido!!! Y querer seducirme para después exigirme esa clase de favores! Ya te conté las aventuras de otros años, cuando era tan niña... Ahora, en mi posición, me encuentro con ventaja sobre toda clase de chantajes sentimentales. Estoy empezando a ser libre, Casandra, y sé muy bien el papel que en esa libertad has tenido, las alas que me has ayudado a desplegar... (Ahora tengo puesto un vestido precioso que me compré ayer en San Diego, muy, muy transparente... No tengo puesta mi ropita interior... Y tengo el pelo todo suelto y desordenado, mediomojado, hasta la mitad de la espalda... Escribo en la mesita del balcón, bajo el sol tibio de las 10 a.m. Te brindo esa imagen. Un beso muy profundo!!! Siempretuya....

*Medellín, septiembre...*

Me preguntas por Marianne. Sí. Como de dije antes, fue un amorcito, no, miento, un amor muy grande, un diciembre-enero en Bogotá, cuando estaba terminando ese trabajo allá. Como sabes, por las cartas que te he mostrado de ella, escribe muy rico: una escritura muy suave y a la vez muy poderosa y ardiente, que te envuelve y te llena de una luz muy extraña y arrobadora... Uno de los amores más raros que he tenido: ella era a la vez mi hombre y mi mujer!!! A veces, extremadamente posesiva, y furiosa. En otras, suave como una gacela, como un bambi... No te pongas celosa, por favor... Es cosa del pasado. Ahora he sabido que se fue para Londres con esa otra idiota... Cómo cambian nuestros corazones! En cuanto a lo nuestro, esta relación que cada día crece y me hace crecer, hasta cuándo...? Siento a veces pánico por la intensidad de este amor!!! Todas las noches veo el video que nos hicimos aquella noche en el hotel: a veces no puedo creer que somos nosotras, haciéndonos todas esas cosas tan bellas... Y esa música tan perfecta que le pusiste... Cuando estás entre mis piernas, con tu lengua en mi sexo... con ese pelo tuyo sobre mi vientre... "Amáme ahora y todos los días del futuro...". Ya leíste "El cuerpo lesbiano" de Monique Wittig?... Es muy griego, a veces muy recargado, pero da perfecta cuenta de nuestras sensaciones, a veces tan odiosamente posesivas... Por qué seremos tan así, Casandra...? Por eso los hombres nos tienen tanto miedo...? Creo que, para mí, ya no habrá nunca más hombres en mi vida...

*Medellín, septiembre...*

Está bien, Casandra, mi amor!!! Lo de la Soledad fue así: después de la presentación de su ballet, ese jueves, nos fuimos a nuestro nido en el centro. Yo había llevado unos quesos, un jamón serrano, unos vinos. La tensión de la obra tenía destrozada a mi bella pelirroja, estaba muy cansada, y sólo quería ver televisión, carajo. Vimos a Seinfeld. Ella luego se tomó un baño y apareció muy, muy relajada en nuestro lecho... Ni te imagines lo que vino después. Por mi cabeza pasaban las tenaces imágenes de la obra, en remolinos de turbia sexualidad, ya sabes como es la cosa ya que la viste en el ensayo en Bogotá.. Hacia las tres de la mañana estaba cayendo en Medallo una tremenda tormenta eléctrica, y la pelirroja, que les tiene pánico, se durmió fuertemente abrazada a mi espalda, gimiendo como una gatita. El paraíso... La llevé a su hotel muy temprano, exigencias de la compañía. Eso fue todo... Me odias? No, por favor...

Escribí una nota sobre el asunto, la obra, pero nunca me atreví a enviarlo a la prensa. Lo rompí. El sentido general era este, de manera telegráfica: el amor y la seducción como una corrida de toros. Una metáfora demasiado obvia. El hombre-toro y la mujer-torero. Intentos del tipo por “coger” a la mujer. Y de la mujer por capear al tipo sin ser “cogida”. Repetidos fracasos de ambos lados. Demasiadas caídas al piso, literal. Demasiados quites y chicuelinas, todo eso. No sé de lo que hablo, jamás he ido a una corrida. Al final, lo grotesco en estado máximo: ese tipo jadeando como una bestia, preparado para el sacrificio, que se consume: las mujeres lo envuelven en su abrazo mortal, y lo sacan de la arena como un fardo... Contra el rojo, las mujeres se preparan para repetir la ceremonia... Unas formas muy bellas para un contenido venenoso. Muy femenina!!! En resumen, la obra destila un tufillo final de odio por el hombre que no me parece demasiado justo, aun a pesar de todo lo que nos hicieron sufrir en esas nuestras viejas vidas. Nosotras también fuimos con ellos unas malditas brujas, reconozcámoslo!!! Una obra de extremos, que ya no tiene justificación a la altura de nuestro tiempo... No sabemos acaso que la mayor salud se encuentra en el reconocimiento de nuestros dobles y triples sexos, que ebulen en nosotros según las estaciones del cambiante corazón? Este año, mi Casandra, sólo quiero ser tuya, tu mujer, ...mi mujer... Pero sabes que en otros tiempos fui la salvaje mujer-escorpión de G-H, y de ello nunca me he arrepentido... Ahora hay una cosa muy graciosa: mi amigo [...] va a publicar una novelette el mes próximo, y me ha dicho que soy uno de sus personajes, con nombre propio, y ejecutando allí toda suerte de actos impropios... Me mostró las partes, y nada que me han escandalizado... Ya las verás... este amigo, en la ciudad, es tal vez uno de los mejores narradores, y tiene esta doble aura de ser muy masculino, pero a la vez tan niño, tan inmaduro, tan irresoluble: una melancolía, nena, que lo ha puesto a llorar muchas veces entre mis brazos. El, tan masculino, jura que es una “lesbiana interior”, y que me ama con amor lesbiano... El otro tipo que escribe muy bien en

la ciudad, crítico de arte, es decididamente gay, y dueño de una inteligencia pavorosa... Pero sufre mucho!! Estos tipos, tan interiormente complicados, son dueños de un estilo muy trabajado y dominado, muy profesionales, y pueden escribir lo que les dé la gana, con toda la soltura, cosa que no pueden hacer los otros escritorillos de libidos normales y vidas muy planas... ¿La eterna necesidad del conflicto como puerta de la creación...? Me estoy volviendo muy larga y muy jarta... Cortaré por lo sano. Como dice el poeta checo, “me gustaría que mi amor te fuera tan suave como una música...”. Déjame dentro de tu corazón. Tu Simonetta, siempre...

2

*Ella marchaba así, por los días de naranja...*

De vez en cuando, escapado de mis deberes de tipografista, me asomo a los subterráneos de la Biblioteca Pública de la ciudad y me permito los placeres de la búsqueda de libracos, manuscritos, documentos que, arrumados en cajas, no han pasado todavía por la criba implacable de los clasificadores y desechadores. Entre libritos de versos que nadie conoce, manuales de ciencias desaparecidas, diarios de señoras, se encuentra el buscador, de pronto, con paquetes de tesoros prometedores que, al abrirlos, dejan exhalar venenos lujuriantes. Una reciente donación de los herederos del famoso médico [.....] -cuyo nombre ocultaré por motivos suficientes- me ha sumergido en oleadas de delicia y perturbación espiritual. En una de las cajas, amarrado con una antigua banda de seda, un paquete de buen tamaño: desatados los nudos, aparecen tres, cuatro libros de manuales o inventarios o catálogos de instrumentos médico-quirúrgicos de principios de siglo: formidables ediciones, ilustradas con magníficos grabados, obra de artistas, que ilustran con los pelos y puñales toda la utilería, fierros, instrumentos de matanza y degollina utilizados por los cirujanos de la época: un auténtico inventario de horrores, ni siquiera imaginable por ningún artista surrealista, que hubiera hecho la delicias de Max Ernst. Uno de los libros parece ser más especial que todos: sellado por los lados con una delgada capa de lacre, al golpearla con un martillito se disuelve ésta en una polvareda que te mancha por completo el overol. Abierto el libro, un tratado de ginecología de Engelmann, Rodet y Charpentier, Librairie J.B. Baillere et fils, París, 1886, nos encontramos entre las páginas un extraño documento: una larga tira de papel, con dibujos recortados y pegados de, precisamente, los más atroces instrumentales para cirugía de genitales masculinos y femeninos. Y, entre dibujo y dibujo, textos a mano, a tinta, en francés, firmados al final con las iniciales LCP, precisamente las correspondientes al nombre del médico antes citado. La fecha: 1922, Londres-París. La caligrafía es perfecta -para ser de médico-, y al traducirla recordamos vagamente algunas novelas de Anatole France leídas en la

lejana juventud. En efecto, se encuentra una mención a “Thais”, reminiscencias de historias de santos en la vieja Palestina... Es, de hecho, una escritura fragmentaria, esbozos, intentos de extraña poesía, prosa patológica, elementos para una historia quizá nunca escrita.. Hemos traducido para este diario los fragmentos más notables, numerando los más importantes, y presentando algunos de los dibujos que los acompañan en el original. Una verdadera curiosidad literaria de provincia.

*Una ventana al jardín*

*de mis horrores quirúrgicos*

1

Celebración del Misterio  
o participación del Sacramento  
en el asilo de mi gabinete:  
Una tumba singular

2

Guardadora de incontinencia  
Portadora del Clítoris  
Virgen desnuda  
Mi lengua sobre tus vellos

3

Cuerpos sólo entregados  
a los delirios de la contemplación

“Miembros asesinados...”

¡Gloriosas palabras  
como úlceras  
cubiertas de flores!

4

Derramado en tí

Santos calores  
de tu tierra prometida

5  
El olor de tus axilas de cerda  
me conduce al infierno  
de tu sexo sangrante

6  
Los ángeles aman mortalmente a los jóvenes  
Vagabundean alrededor de los solitarios  
Quieren lamer su fuente de dolores  
Sucumbir a su beso reprochable

7  
Como un asceta furiosamente adscrito  
a la Legión Maldita

8  
Sujétate a la penitencia de mis flagelaciones  
al dolor de mis lamentos de hiena enloquecida  
mordiéndote tu Miembro

9  
Imágenes de insólito placer  
desconocidas por este siglo

10  
¡Traza el signo de la cruz sobre mi útero extirpado!

Implora y gime  
en la aurora púrpura...

11

Tus labios bestias feroces  
Ofréceme a la lujuria de tus 24 servidores  
Clítoris amados

12

[Dios favorece las Visiones beatíficas  
de los cuerpos penetrados en grupo]

13

Chacales monásticos  
suspiran a tu oído  
y siete demonios se retuercen por los suelos  
derribados por la virtud de tu santidad

14

Santifica tus horas con prácticas de éxtasis:  
que los diablos se libren a tus rudos asaltos  
inmóviles y silenciosos al borde de tus latidos

15

Mi verga te penetre toda entera

Abrasada en el Calvario de mis gentiles movimientos  
La Iglesia de tu vagina acoja al dragón vendado  
y comulgue tu boca regia mi semen penitencial

16

Danzas y movimientos de las pasiones horribles

El deseo alumbra tus venas en las mansiones de Thais  
Dios en su misericordia te reserva para el Gran Crimen

17

En el jardín de la concupiscencia  
hallarás la gracia extrema  
Y los ángeles se inclinarán ante tí con sinigual solicitud

18

Bestias salvajes beben la leche de tus manos  
mientras yaces recostada en tu lecho de jacintos  
Los senos en reposo, rebosantes de fragancias  
Suspiras a la brisa, y una gran piedad se eleva  
al cielo desde los abismos de tu herrumbroso corazón

19

Ella se deslizaba por inciertos caminos  
entregada a la belleza de las cosas...  
En su mirada la tristeza de la Esfinge crecía  
Ella marchaba así, por los días de naranja...

20

[La exagerada belleza hace perder la razón  
y todo solitario poseído por la locura es peligroso]

21

Tu sexo rosa balsámica de mi fortaleza erecta  
donde respiro tus perfumes ponzoñosos  
El sol dorado de tu clítoris me consume  
bajo el dosel maldito donde con tantos has yacido

22

Derivando por el insomnio en los océanos del mundo  
La bestia de blancos ojos atormentando mi alma  
El Señor del Abismo agita su gran antorcha  
y la Esfinge se convierte en una mujer abierta  
¡Sin duda la Mujer viene del Diablo!

Y NUNCA encontrarás la paz en la gruta de las Ninfas...

23

Mientras el Santo Espíritu flota sobre las aguas  
Ella se abandona a su danza amorosa  
en mi Jardín Quirúrgico

Delirando por el martirio, los demonios aullando,  
balancea su cuerpo en mil cadencias animales  
y sus ojos como dientes muerden mi lujuria tenebrosa

24

¡Mi primer semen canta en tu boca  
como un cálido bautismo!

25

Te aproximas a los Enigmas  
como los niños a sus rondas inocentes  
“La Dama de Cabellos Blancos  
recostada sobre la mar...”

26

Tres horas o tres noches dure nuestro suplicio  
Y la mañana del cuarto día traiga la liberación:  
la voces y los séquitos del Amo de lo Oscuro...



27

“Dulce flor de jacinto  
Ven a mí con la Aurora  
Nútreme con tus mieles  
Mis ojos te amarán...”

Azótame con el batir  
de tus caderas divinas  
Rival de las danzantes,  
humillas a la raza entera  
de las mujeres...

28

La corona que ciñe tu pelo  
la túnica que oculta tu cuerpo encantador  
la sandalia que ciñe tus pies bellos:  
que con todas ellas me acaricies  
y me hagas olvidar el universo...

29

Ven en la mañana  
y tañe la flauta de mi gozo...

30

(Y yo la amaba con toda la furia de mi imaginación  
hasta que un día ya no me reconoció  
más como su amante...

31

Ella se abandonaba con rica voluptuosidad  
a los ritos fiestas sagradas con grupos de vírgenes,

a las fiestas de la ciudad elegante y monstruosa,  
con prostitutas y comediantes de todo el país,  
con los faunos y brujas amantes de las jóvenes,  
ávidos de aplausos y del loco espectáculo...

Las poetisas componían epigramas en su honor  
Las pintoras le dedicaban sus fiestas  
y sus lienzos dorados  
Los filósofos barbudos de la época declamaban  
contra ella en los baños y gimnasios  
Y todos sus cretinos pretendientes nos estrellábamos  
contra su indiferencia

Extendida sobre su vientre en el tapiz de la noche  
dejó para siempre de acceder a mis caricias...

(Entonces decidí sacrificarla...)

32

Enfermo en mi celda...  
Y conducida tú al Pabellón de la Salud Primordial

... Después, la muerte de la virgen que te había santificado  
penetrada de un gozo infinito...

33

El dolor, el agua, esa rosa sin pétalos...

34

Inquieto por las visiones, las coronas, las túnicas  
Los pechos de Alexia viniendo hacia mí

¡Tentación innombrable!!!

Pero si los senos de la mujer no saben a nada!!!

Miseria cruel!!!

*(35 y otros fragmentos)*

Tus muslos sangrantes

Las sábanas se deslizan fuera de la Mesa de Operaciones

En esos banquetes los demonios nos acompañaban

Meditación sobre el éxtasis de la verdad de los Objetos

¡Y en medio de tus convulsiones orgásmicas

osabas pronunciar el nombre de Dios!

La Obra que nos glorifica ante los ojos de Satán...

Tu culo ondeante es la bandera corsaria de mi desdicha

Tu pene endurecido por la execración de la penitencia

La noche y el mal cubren la tierra como un manto

Frotabas contra mi rostro tu vientre infecundo

Eras el cáncer que carcomía mi alma...

(En el diván del cabaret donde representabas escenas religiosas lascivas)

Ciertas imperfecciones del cuerpo determinan una exaltación súbita de las facultades del espíritu

Los fenómenos mórbidos excitan la curiosidad de mi inteligencia:  
amo la Enfermedad...

Observador entusiasta de la máquina humana,  
admiro sus modificaciones más funestas...

La belleza del cáncer

Es propio de genios como nosotros descubrir el esplendor de la podredumbre  
Le he entregado a la Enfermedad mis fuerzas y mi inteligencia

Sin una santa animalidad no es posible la salud...

Esas bestias sagradas del strip-tease, la prostituta tuerta...

Tus senos mutilados, todavía temblando en mis manos

Penetrar sin remordimientos en los secretos de la creación,  
la armonía de los mundos

Cuando volví en mí, con el puñal en la mano,  
mi Bienamada estaba muerta,  
su sexo salvajemente acuchillado...

“Horas después, me enteré por los periódicos de la tarde de la súbita muerte del médico [.....], antiguo  
corresponsal del “Mundo”. desde París... Un infeliz suicida... París-Londres, 1922

\* \* \*

En una de las últimas frases del horrendo manuscrito, la que dice “... La belleza del cáncer... / Es  
propio de genios como nosotros descubrir el esplendor de la podredumbre...”, podrán encontrar los  
especialistas los motivos de Beremundo...

Maravillas del arte contemporáneo que observa Beremundo sin comentarios:

Agencia EFE, Londres. “La pintora norteamericana Angela Marshall ha abierto una exhibición de “arte interactivo con el cliente”, que, traducido, significa que el comprador puede mantener relaciones sexuales con ella, en una galería de arte. Marshall recibe uno por uno a los posibles compradores en la galería y frente a él realiza un dibujo. Si el cliente decide comprar y ella vender, la transacción se completa con la realización de un acto sexual dependiendo del precio. Una pintura pequeña tiene un precio de 25 libras y lleva unida una sesión de sexo oral, una pintura algo mayor costará 50 libras y significa relaciones plenas y si el cliente decide pagar 75 libras, por un cuadro más grande, tendrá derecho a cualquier tipo de “perversión”. Angela Marshall, de 25 años de edad, ataviada con ropa interior de encaje negro, guantes rojos y zapatos de tacón alto, intentará pintar mientras el cliente ocupa su tiempo en “otros menesteres”. Según el responsable de la galería, es esencial que el cliente realice el acto sexual ya que “de otra forma no es arte”...

El 3 de julio, a las 4 de la tarde, sábado, Beremundo termina su primer cuadro al óleo: “El mar, de memoria”. Una hora de placer ante el lienzo le ha bastado para descubrir su verdadero destino. Pintará cincuenta cuadros y después podrá morir en paz. La literatura al vertedero. Lo que aparece de esta nota en adelante será pura recopilación, textos perdidos, obra juvenil sin importancia. Aquí, el lector puede irse a dormir. Su epitafio: “Beremundo Transz, pintor aficionado”.

¿La pintura, podrá remplazar los (dudosos) placeres del alcohol? Con el sexo incluido, por supuesto.

La sensación instantánea de la enorme imbecilidad de que has hecho gala esta semana. ¡Auto-eutanasia, ya!

*Septiembre 26:* Beremundo pinta un cuadro de 2 metros por 1. Feliz. “Infinito mar de la memoria”. El segundo.

¿Fue Paul Klee, o acaso Max Ernst, quien dijera : “el arte sólo sirve para adornar los consultorios de los dentistas”?

Lema del artista José Antonio Suárez: “Ni un día sin una línea”.

De lo que Beremundo sucumbirá:

## LA INGRAVIDEZ

(relato por escribir)

Beremundo traduce algunos poemas de Marilyn Manson.

Ultimo dato fehaciente del estado anómalo de ánimo en que se hallaba Beremundo al terminar la primera parte de esta historia. Una exposición del impresionista Boudin impresiona a Beremundo, quien además encuentra en el catálogo la perfecta descripción de su animación suspendida:

“... No obstante, los tiempos han cambiado. Con un poco de ahorro, una vida cómoda casi asegurada. ¿Y qué? Nada de esto ha podido sofocar no sé qué grano de inquietud y de tristeza. Mientras más se avanza en este porvenir oscuro, más se busca tocar las flores que bordean el precipicio en el que entramos. Locura de condenados. En el interior, cierto curioso DESAPEGO [resaltado por B.] de mis afectos y un no sé qué de atractivo por el afuera, por lo desconocido. Me ronda una especie de fatalidad que me asusta. El trabajo es nervioso, maquinal, pero no trae la calma ni esa serenidad tan necesaria. Todo lo que tengo de simpático y de bueno se apaga. Descubro en mí malos instintos y una dureza de corazón que me da miedo. Es un hastío, una indiferencia por las cosas de la vida que antes no tenía. No sé qué quisiera, tal vez dejarme deslizar tranquilamente por esa vertiginosa pendiente. Pero hay resistencias que me lo impiden”.

*Febrero:* El contador de la tipografía “El Saltimbanqui Automovilista”, un hombre pequeño, solitario, de quien nadie conocía su vida personal, se suicida. Lo encuentran colgado de una viga en su apartamento. El hombrecillo llevaba veintiséis años en el mismo puesto. Beremundo siente esta vez, definitivamente, el cansancio del mundo...

¡El cansancio del género “humAsno”!

¡Sopla, sopla, oh viento velludo de la eternidad...!

Como supondréis, el tesorero *pudo haber sido* Beremundo...

Beremundo se pasea por el centro comercial San Diego. “Las grandes superficies”, como dicen en España de tan poética manera. Decenas de mujeres, pero, sin embargo, observa, ninguna le produce el más mínimo estímulo ni asomo de erección. Desde que estuvo de visita en el monasterio de [...], no ha

experimentado la famosa “pulsión sexual”. ¿Alguna clase de hechicería benedictina? ¿Los cánticos eran conjuros? Ahora, piensa, está viendo a las mujeres simplemente como “humanos de sexo femenino”. Y humanos “imperfectos” de cierta manera: esos senos o glándulas mamarias que deben cargar toda la vida, esos caderámenes de horror. ¿Como fue posible que en alguna época Beremundo hubiera tenido estrechas relaciones con esa clase de seres? Y no es misoginia: es, a lo sumo, el desaliento por la imperfección de la especie.

Un libro de poemas que se llame: “Patinando en las grandes superficies”.

Monjes Benedictinos: en las últimas noches, cada vez que pasa haciendo zapping por el Canal Infinito, a Beremundo le muestran la vida en esos conventos: en Francia, en Nuevo México. ¿Los Signos de tu fin, Beremundín?

En la “Medea” para el cine de Lars von Trier, una frase al final: “La vida humana es un largo viaje hacia las tinieblas, a un destino que sólo un dios puede crear y que ningún hombre es capaz de imaginar”.

A proposito de esta “Medea”, anota Beremundo: “[...] el director quiso poner en escena el guión de Dreyer, diciendo que no intentaba “hacer una película a la Dreyer”, y eso fue, precisamente lo que resultó: cuadros primitivos con deliberación, colores desvaídos, oscuridad, oscuridad, confusión en la historia, aspecto de cine de los años treinta, todo ese toque de aburrida intelectualidad que tanto gustaba en los cineclubes universitarios de los setentas: en esa época hubiera sido todo un orgasmo, una cinta “de culto”, y habría hoy muchas niñas y adolescentes llamadas “Medea”, como sucedió con “Valeria y los vampiros”, esa cinta que presentó 283 veces la cinemateca El Subterráneo, y que ocasionó una epidemia de baby-Valerías en la ciudad. En “Medea”, sin embargo, como en ningún otro film que haya visto Beremundo, que es un podrido cinesifílico, hay unas escenas de crueldad absoluta: el ahorcamiento de los hijos de la anti-heroína. Algo en verdad *criminal*, en el sentido judicial de la palabra. EL MAL, en su excelsitud. El MAL, de lo femenino...

Fingir un accidente de auto y fingir quedarse mudo e indiferente para siempre, escuchando las tonterías que te dicen los “amigos” tratando de que vuelvas al “mundo”. Algo de ello en una película de Elia Kazan, con Kirk Douglas.

*Febrero.* Unos pocos días de implacable verano, y ya Beremundo está agotado. Ve en una revista francesa una fotografía hasta entonces inédita de Rimbaud. Africa. Fusil en mano. ¿Cómo lo soportaba? Ahora se desata una tormenta eléctrica.

Tanto pensamiento desperdiciado en la filosofía. Cambiarse de nombres y apellidos, como el tatarabuelo de Wittgenstein. Ser otro. Un príncipe. Un duque. Beremundo siempre quiso ser un Conde. También le hubiera gustado ser Sir Francis Drake. Un maldito pirata. *La Reina de los Piratas. El Caballero Invencible.*

Exactamente frente a la tipografía donde trabaja Beremundo se establece el rodaje de una escena de la nueva película de Barbet Schroeder, “La virgen de los sicarios”, basada en la novela de Fernando Vallejo. Beremundo observa desde su ventanita en el segundo piso. Una y otra vez repiten la manera como un pobre sujeto es asesinado por un sicario. Dos horas, y Beremundo se va, y al tipo no terminan de matarlo, Schroeder no está satisfecho de cómo el tipo, herido, se estrella contra la fachada de una casa. La policía ha cerrado la calle, Perú con Mon y Velarde, para que los cineastas escenifiquen el crimen sin que los honorables ciudadanos los perturben... Tiempo después, Beremundo [ en el convento ] se entera de que la cinta ha ganado la Medalla del Congreso Italiano en Cannes por sus “valores morales” (¡!!).

Hacer un Libro como una película formada con una lentitud extrema, a través de muchos años: filmación, en este caso en el papel, de escenas independientes, personajes diferentes, distintas épocas, temas, idiomas, lenguaje silente, edición final por el director antes de reventar.

Beremundo, en sus últimos días como escritor aficionado, está trabajando en una novela “dura, descarnada y absolutamente obscena”, me anuncia por el e-mail. “Lo terrible es que ahora que me voy... sólo ahora, descubro que puedo escribir todo lo que me dé la gana, sin que nadie me joda, y no voy a estar para disfrutar la reacción de los protagonistas...”. (Nunca se encontraron rastros de lo que Beremundo anunciaba).

Y ahora, profesores y alumnos, LA VERDADERA NOVELA EMPIEZA AQUÍ.

---



## SEGUNDA PARTE:

### PAISAJE POSDILUVIANO EN UNA MESITA DE TÉ

*Advertencia al lector:*

*Antes de que salten liebres, deberé decir que algunos apartes de lo que sigue son descaradamente saramágicos, esto es, podrían parecer un abierto y humilde homenaje al singular estilo del escritor portugués J.S., la lectura de cuyas obras fortaleció el ánimo del autor durante sus últimos días y metempsicosis.*

*B.T.*

#### *Patinando en el delgado vapor del sueño*

Una lluviosa tarde de domingo y noviembre del año del Señor de 2002, Beremundo Transz, ya os hemos dicho de quién se trata, o si no os lo hemos dicho ya lo haremos, tuvo durante su siesta varios sueños que le dejaron asaz perturbado, y que aquí vamos a intentar contar de la manera más fiel o más infiel, las novelas tienen que empezar por alguna parte aunque después esa parte no tenga nada que ver, es como en la vida, como en las películas, que empiezan por donde el director diga que empiecen, luz, cámara, y en uno de esos sueños visitaba Beremundo una institución llamada algo así como Centro de Artes Orientales, donde para entrar había que tener el rostro pintado enteramente de verde, una tintura vegetal que te vendían en la taquilla a la par con tu boleto y que tenías que aplicártela en los lavabos, allí enseguida. De más está decir que una vez traspasados los umbrales, que los había muchos, el predominio de los tonos verdes y azulinos, también, en el vastísimo lugar, era abrumador. Una primera sala "de Exposiciones Propias" abundaba en esculturas que semejaban prodigiosos animales marinos cienciaficciónicos, o criaturas de los espacios exteriores hasta hoy inexplorados, supuso Beremundo. Luego de esta primera sala, se abría hacia los campos la segunda, que no era otra que una inmensa extensión de luminosos prados que se perdían, hacia el oeste, confundándose con las salobres llanuras marinas, esto es, recurso de poeta aficionado, con la Mar Océana, el Atlántico, que por aquellos lados llamábase Caribe, como las tribus aguerridas y caníbales que quinientos años antes habitaran sus costas, hasta ser diezmados, no, lo correcto sería decir aniquilados,

por la no menos salvaje y decididamente asesina raza de los Españoles o Iberos, venidos del otro desconocido lado del mundo, que los Caribes nunca supieron cómo diablos se denominaba, una operación de limpieza étnica del territorio, como ahora suelen nombrarse estas matanzas técnicamente, limpiezas étnico-técnicas, mire usted, para que nadie sienta su inútil protesta: "Vamos a limpiar técnicamente esta noche las bandas de travestis y de putas de la Avenida Caracas", dice alguien sentado, fumándose un puro, en la Oficina de Limpieza del Ministerio, se lo dice a alguien que está de pie, al frente, no le dice nada más, y dicho y hecho, ese alguien sale, y a los dos días la prensa anuncia que al parecer se "ha hecho una Operación Limpieza en la Avenida Caracas, porque nuestros informantes (que eran ellos mismos periodistas, pero esto no debe saberse) se quisieron ir de putas y travestis esa noche, y no hallaron uno solo o sola, qué cosa tan extraña, las autoridades están muy preocupadas". Beremundo sólo recuerda del resto del sueño que esa mar parecía ser de las afueras de Cartagena de Indias, o alguien se lo dijo, y una amable señora de atuendos árabe lo paseaba por los prados, y de esta parte no se acuerda más. Ahora, cuando recuerda y escribe, Beremundo hubiera querido que alguien en el sueño le hubiera dicho al oído la palabra "huríes", señalándole a la vez los grupos de hermosas doncellas sutilmente trajeadas, con transparentas túnicas, que acompañaba a los jóvenes recostados en los prados. Pero nadie, cree Beremundo, le dijo ni susurró tal vocablo, por lo tanto es posible que Beremundo esté falseando el sueño, como tantas veces ocurre entre los mortales, que se despiertan con un guiñapo de sueñecito apenas entrevisto, una nube, un vapor, la sombra de una mujerzuela de la calle, y luego van a la oficina y presumen de haberse acostado con la Superprostituta de la Tele, que la hay tantas, casi todas, Dios tenga piedad de ellas, Beremundo no es de esos, él sólo anota lo que recuerda y puede jurar que soñó con estos sus ojos, no, esto no puede decirse, o sí, "soñé con los ojos dormidos estas cosas, amigos", porque tampoco no se sabe ni lo sabrán nunca los científicos, con qué parte de la cabeza sueña uno, supongamos que ello ocurre en la cabeza, porque dicen que los perros sueñan con las patas, y los gatos con la cola, tampoco esto se sabrá de cierto, y las hormigas con qué, no lo sabemos, bien, si los mortales humanos soñamos con los ojos dormidos o mirando de para adentro, con el alma, Beremundo cree que sueña o mira entonces con los ojos del alma, yo también lo creo, o del corazón, que para estos casos es la misma cosa. Beremundo, entonces, no soñó con las huríes, aunque no se hubiera fastidiado, pero en el siguiente sueño de su siesta sí, lo juramos aquí los dos, soñó con una extraña dama de la que sí podría decirse metafóricamente que fuese una hurí, pero una hurí de esta época, con jeans y camiseta, un cortecito de pelo delicioso, se podría decir un corte corto, sí, todo es correcto, y era la muchacha de tan graciosos modos o maneras femeninas, y de gentileza tal, y de ojos grandezuelos de ardilla sorprendida, y de unos dientazos sanotes y perfectísimos, cerca de noventa de ellos como en la canción de un brasileño, y estaban pues sentados Beremundo y ella en cualquier lugar, una

banca de parque, digamos, sobre esto Beremundo no trajo información, recién conocidos, conversando, y ella le dijo, "tengo toda la vergüenza del mundo por todas las cosas que haré en el futuro, porque, sabes, ya sé todo lo que voy a hacer en el futuro, y son cosas verdaderamente terribles, y causaré dolor a todos mis amores, sin sufrir por ello mismo, yo misma, ningún dolor apreciable", y esto lo dijo con los ojos como situados a dos mil años luz desde casa, alguien sabrá por qué escribimos esa frase, muchos no lo sabrán, no importa, las frases están ahí en el Gran Archivo de Todas las Frases del Mundo, todas las frases del mundo pasado, presente y futuro ya están escritas en el firmamento, para que alguien las escriba o las repita una y otra vez en la Tierra, aunque muchos no las comprendan jamás, y para esta tarea se supone que estén los escritores, y los cantantes, y los presidentes de las repúblicas, y los amantes, entre otros muchos utilizadores del Archivo. "Y para liberarme de mi vergüenza universal (dijo además la muchacha), sólo hay una tarea que deberá realizarse, y serás tú quien la realice, que consistirá en que deberás escribir desde ahora mismo todas las acciones vergonzosas de mi vida, antes de haber ellas ocurrido, y entonces me liberarás, o, en su defecto, escribir la novela más hermosa del mundo, dedicada a mi recuerdo, y los eternos la recibirán como tu ofrenda, a fin de igualmente redimirme". Entonces, una vez Beremundo hubo escuchado estas frases que le dijo la Desconocida, sintióse movido a la más profunda compasión que jamás hubiera sentido, y quiso abrazar a la doncella, y preguntarle, por qué, cómo, cuándo, dónde, como en los manuales para periodistas noveles, mas no pudo hacerlo porque en el mismo instante ella empezó a desvanecerse en una columnita de humo como las de las lámparas de genios, desaparición que se agravó por el sonido criminal del teléfono en la habitación de Beremundo. Sonó sólo una vez. Beremundo se despertó mediofurioso y maldiciendo, desolado, se levantó trastabillando, fue a la cocinita, se preparó un café frío e instantáneo, una porquería, y se sentó a escribir, desde donde dice "Una lluviosa tarde de noviembre" hasta "una porquería", pero las palabras luego no le siguieron viniendo de ningún lado del cielo o de la tierra, aunque como sabemos estuvieran todas ellas por allí, y, escuchad entonces, incrédulos del mundo entero, este es un homenaje a quien sabemos, una cita, un toquecito de posmodernidad, no pudiendo escribir nada se fue a su sillón a retomar la lectura de la Historia del Cerco de Lisboa, de Monseñor Saramago, ilustre Premio Nobel de las Letras, y cuál no sería su sorpresa, este es un lugar común, la literatura también de nutrirse de lugares comunes, al encontrarse con el diálogo que sostiene un humilde soldado con el rey Don Alfonso, un diálogo bastante atrevido de parte del soldado, según el rey, los soldados estaban exigiendo tomar parte del saqueo de Lisboa, cómo no, y le pregunta el monarca de dónde saca tales insolentes palabras, y contesta el soldado, "todas las palabras están el aire", con lo cual la Historia del cerco vino entonces a relacionarse de misteriosa manera con lo que había escrito Beremundo alguna líneas antes, recordad, "todas las frases del mundo ya están escritas en el firmamento", y de dónde había sacado ésto Beremundo no lo sabemos, no había abierto

el libro, por primera vez sus ojos se posaban en esas páginas, cosa es de arrodillarse, si fuéramos de la clase de los que se arrodillan, pero por lo menos sí no podemos dejar de manifestar nuestro maravillamiento. Beremundo, insigne lector de Monseñor Saramago, no pudo menos entonces que abandonarse a las más disgresoras divagaciones, alguien desde los libros y desde los sueños le estaba enviando algún mensaje, qué sería aquello, y qué debería él preguntar a los mensajeros, “quiénes sois vosotros y qué queréis de mí”, situación parecida, y Dios nos dé humildad, a la de Saulo de Tarso derribado en el camino de Antioquía, desde luego que no esperaríamos que una voz atronadora desde arriba nos contestase, “Yo soy el Señor a quien tú persigues”, ni nada semejante, pero por lo menos, cuando estas cosas sucediesen, que algo nos indicara, “pregunta ahora esta y otra cosa para que podamos señalaros el camino, no se le da respuesta a quien no pregunta, el camino no puede hacerse con sólo buenas intenciones y por aquí además vivimos demasiado ocupados en otras tareas, no se crea usted que es el primero ni el último, nuestra agenda está ocupada hasta dentro de tres mil años”, vaya, díjose Beremundo, qué tal entonces si me pregunto ahora, estando en pleno uso de mis cabales, “quién es entonces usted, Señorita Hurí, por decirle un nombre, cómo se llama”, otra cosa que menciona Saramago, no vaya el lector a intoxicarse, cuántas veces se pregunta todos los días en el mundo, “cómo se llama usted”, “cuál es su nombre”, “estudias o trabajas”, “tienes correo electrónico”, “te gustaría irte a la cama conmigo”, y si no entonces el mundo no funcionaría como se debe, el planeta se iría al carajo, todos lo sabemos, y bien, no pudiendo Beremundo ponerse a esperar entrar de nuevo en sueños, o esperar más mensajes ocultos en los libros, le hizo a una imaginaria Señorita Hurí las preguntas que dijimos, él se la imaginaba mientras escribía con los ojos cuasicerrados en el teclado de su computador, una luz azulina bañaba la habitación, no había más luz que la de la pantalla, y entonces creyó ver de nuevo a su lado, en la banca, a la Hurí, con sus noventa grandes y hermosos dientes, que le decía: “Todavía no tengo nombre porque nunca me lo has puesto, no podrás seguir llamándome Señorita Hurí con el riesgo de ahuyentar a los lectores, hay nombres, como ese, que fastidian, y como ya supongo que supones que voy a ser uno de tus personajes deberás encontrarme un nombre deslumbrante, o aunque no tiene que serlo demasiado, si quieres que sea tu heroína inolvidable, la chica del romance, la buena de la película, lo que quieras”. Dijo esto la muchacha y empezaba de nuevo a desaparecer, cuando Beremundo, en un relámpago de inspiración, llamóla, “Flordellama”, y la imagen, atención, la imagen literalmente platónica de la muchacha, recordemos el mito de la caverna, seamos platónicos por un momento, se materializó de nuevo a su lado, diciendo, “un buen intento, que acepto por el momento, pero antes del tercer nombre que me des no acertarás” y esta vez sí que desapareció como raptada por los duendes o por los tragos, o por los orcos de Tolkien, no faltaría más. Con lo cual Beremundo determinó que por esa noche ya estaba hasta la nuca de encantamientos, apariciones y

desapariciones, se fue a su habitación y se tomó de un sorbo un resto de brandy que le quedaba sobre el noyero, y, vestido como estaba, partió hacia los muy misteriosos mundos donde reinan a sus anchas y al acecho, y con los ojos cerradamente abiertos, sólo Morfeo, Freud, y los vampiros. Y, finalizando esta irrespirable perorata, apestada ella, apestados nosotros, nos llega la noticia de la muerte de Paul Bowles en Tánger, tan querido, de quien no diremos sino eso, y, como anillo al dedo, y con misteriosas coincidencias, su respuesta a una pregunta sobre los sueños que le hiciera un españardo: “Sí, yo creo que eso es verdad, es muy difícil contar un sueño, porque el sueño es una serie de imágenes estáticas. Y el hombre dice: “Entonces me encontré en un corredor y vi el mar...” No es así. Estaba en el corredor y después había el mar. Es el sueño. Pero contándolo hay que contarlo como si fuera una narración. El sueño es la cosa más personal e interior que existe”. “¿Como el amor?” “El amor, ¿qué es el amor? Ya le dije que no sé. Si quiere emplear la palabra “amor” y la palabra “alma”, y ahora “sueño”, digamos que el alma no existe; el amor, sí, tal vez; el sueño, seguramente”. Good bye little loved Bowles.

Y, arguyen también desde sus libros los entendidos, que los hay los hay, como las brujas, que por muy largos que le parezcan al humano los sueños en una noche, ellos supuestamente no duran sino unos pocos segundos, y ni siquiera logras, oh, pequeño humano, sino soñar precisamente esos segundos antes de que te vayas a despertar, dígame usted la razón, no, nunca la saben, sólo te dicen que mires los aparatos, donde registran “una inusitada actividad eléctrica precisamente instantes antes de que el paciente se despertara, lo cual demuestra, etcétera”, “cuál paciente, doctor”, “ese que tenemos en observación bajo contrato desde hace seis meses”, “contrato de qué”, “de conejillo de Indias, claro”, “ah, querrá usted decir contrato de cerdo de Guinea, como les dicen en USA, pobrecillos”, “si usted quiere”, “ah, y cómo son esos experimentos, si pudiera usted informarnos”, “muy simples, sólo dejamos al paciente en su habitación con la luz encendida eternamente, sin apagarla jamás, puede hacer lo que quiera con su tiempo, leer, mirar la tele, leer, mirar la tele, leer, mirar la tele, lo que quiera, está en plena libertad, y cuando sucumbe cada ciertas horas a tan liberales oficios entramos nosotros con nuestros aparatos y registramos su sueño”, “como hacían los rusos con los disidentes en el Archipiélago Gulag”, “exactamente, hemos aprendido mucho de esa gente”, “y han podido grabar en vídeo sus sueños”, “por supuesto que no, pero, aquí en secreto, eso es lo que buscamos, nos volveríamos asquerosamente ricos con el inventito” “ah, ya vemos”, “sí, en que más podemos servirle”, “pues no señor, por ahora”, con lo cual los reporteros de este vuestro noticiero infantil, “Telemedellín es una nota”, salimos entonces despavoridos para casita. Lo que queríamos anotar luego de tan detallada y delatora introducción era que justo un milisegundo después de caer como bulto de patatas en su cama, en el

anterior capítulo, Beremundo ya andaba como Pedro, habrá que decirlo, por qué no se puede decir, “como Beremundo por su casa”, bien, ya está hecho, en las regiones antes mencionadas del Leteo, la tierra del olvido, y donde se movía, al parecer, mejor que en la famosa realidad. La ciudad por la que se flotaba creyendo caminar con sus dormidos ojos mirando de para adentro, digámoslo de una vez, era cuasiexactamente Medellín, Medellín de Indias, con algún que otro toquetín cartagenero, ya se adivinaba que por alguna parte debía de estar el mar, la Mar Océana, pues algo salado venía el viento, serían como la cuatro de la tarde, sería marzo, pensaba Beremundo, quien no tenía la menor idea de que estaba soñando, y a quien por otra parte, en ningún sueño de su vida se le había ocurrido pellizcarse para ver si andaba despierto, ni siquiera en la peores pesadillas, mucho menos en los sueños “gratificantes” como los denominan los siquiátras en su bendita ignorancia, el Señor acoja sus pobres espíritus. La ciudad, de manera evidente, era tanto Medellín como Cartagena, el edificio Coltejer, la catedral, el parque de Bolívar, mezclados al azar con la Puerta del Reloj, el Centro de Convenciones, el hotel de Santa Clara, las callejuelas, la pequeña y podrida bahía. La mar se extendía, si te venías desde el centro, desde donde pudiera haber estado antes la calle o carrera de Cúcuta, de norte a sur, la iglesia de san Francisco todavía se alzaba en medio de las aguas, a medio derruir, y más hacia el occidente sólo se divisaba una amplia extensión de aguas oscuras, muy calmadas, hasta las montañas al otro lado, unos diez kilómetros de abarcadura, y de ancho a ancho del valle, poco más del doble de esa distancia, un lagomar enorme, suntuoso. Y había algo: muy al sur, hacia la antigua ciudadela de Bello, que por supuesto debería yacer bajo el agua, se divisaba una como flota de galeones o veleros, sí, a la manera antigua, y Beremundo, con esa capacidad de visión amplificadora que dan los sueños, pudo verlos entonces a su antojo como si estuviera usando catalejos: en efecto, era una como gran división de galeones de combate de estilo isabelino algunos, otros a la francesa, estos dos últimos tipos más pequeño que los del tercero, pesados y majestuosos, de claro origen español, de finales del XVI, las cosas que hay aprender para ilustrar a los lectores. “Parece una flota de sitio” pensó Beremundo, inteligentísimo, en pensamiento que luego veremos confirmado con creces. Las alas de los sueños mueven rápido a los hombres, muchos los sabemos, a otros no, otros son especialistas en pesadillas estáticas, donde permanecen durante sus vidas amarrados a una roca mientras un buitre les roe el hígado, parece esta una metáfora del alcoholismo, hijitos míos, no vayáis a caer tan bajo, no os consumáis en esos dudosos fuegos, pues dice el Eclesiástico que el vino conduce a los brazos de las Prostitutas y a otras cosas inmencionables, y dicen también los científicos que el exceso de alcohol les hace crecer a los hombres las tetillas, y se ponen caderones, y hasta les da por volverse travestis, y unos pocos afortunados como nosotros y Beremundo nos movemos por los mundos ensoñados como pájaros o abejas, o como transportados por los mágicos botones de transformación de materia del Enterprise, ya sé que no habrá que explicaros nada de

las ciencias últimas, pero por supuesto que también nos echamos al gaznate nuestros traguitos. Así, pues, Beremundo hízose o dióse por sus ojos noticia cierta de la flotilla, y si hasta ese momento no hemos mencionado humano alguno que se atravesara en sus recorridos fue porque ninguno, en efecto, atravesádose había. “Estamos en sitio, vaya” díjose Beremundo, otra vez inteligente, y ya se encontraba de nuevo por los lados del centro, cruzaba por el parque de Bolívar medellinense rumbo al Astor, ese antiguo y prestigioso café-repostería, tenía hambre, cosa rara en los sueños, y veía todo en colores, cosa rara en los sueños también, volvamos a las especulaciones, dicen que sólo los humanos vemos la color, pero no en los sueños, cómo hablaban de hermoso los antiguos, y que por ejemplo, volvamos a los perros, los perros sólo ven en sepia, por aquello de los bastoncillos y los conos, dicen los biólogos, y que las moscas ven todo color verde, y que las gallinas ven en gris, vaya usted a creerles, cuándo se ha visto un animalito de estos en el consultorio, y el optómetra preguntándole, “de qué color es esta palabra, señor Perro”, y el perro, “si me dijera antes usted qué es color, sus características, su misión, visión y objetivos, y además para mí de noche todos los gatos son sepia, señor doctor”, pero no, nunca se ha visto, o el perro, “querido amo, veo nuestro futuro muy negro si sólo me arrojas desde hace meses estos magros huesos como alimento cada día”, o el lobo de san Francisco, de qué color veía el santo animalito, cuestión ésta de sumo carácter metafísico, irresoluble, no sabemos por qué, o si era acaso ciego por intervención del buen Dios. Pues bien, Beremundillo encaminóse al Astor, antiguo refugio de poetastros, pintores e intelectuales de toda laya, en la sección de cafetería, y de señoras de alto, medio y bajo coturno que solían tomar allí la mediamañã o el algo o refresco de mediatarde, esto ya no tanto, en días de esplendor, de vino y rosas, de cuando éramos jóvenes y bellas, de Begin the Beguín y de no pocas y rumorosas infidelidades, y entróse allí, dirigiéndose a las mesas del fondo, protegidas cada una por una especie de cercadillo en calado de madera que les brindaba una agradable semiprivacidad, lo que sin embargo le permitía a cualquiera escuchar sotto vocce las conversaciones de los demás, “no vas a mirar, pero en la mesa de atrás de vos está tu tío con la amanta, bruta”, o “y dos mesas detrás de la tuya están Juana y Gilberta devorándose con los ojos y dándose besos, no, no, no”, o “tu exmujer sigue saliendo con ese hijueputa, no jodás”, clases éstas de agradables cotilleos sociales que se ventilaban todos los días por allí. Beremundo pidió un café, un jugo de mandarina, un pastelillo, cuando sólo se pedía un café la mesera te miraba como quien dice este pendejo vino aquí a hacer tiempo y a ocupar mesa, y por eso los poetastros y fumadores ocupaban sólo la sección primera del local, donde, con sólo un café tinto por cabeza, ocupábanse toda una mañana en componer el mundo, para volver a descomponerlo por la tarde y por igual ración acompañados. Dónde almorzaban todos estos tipos, es un misterio que nunca revelado será. Disponíase Beremundo a echarle diente al pastelillo, distraído, pensando en de qué color verían el mundo las lombrices intestinales, cuando alguien pronunció con dulzura su

nombre, “¿Beremundo?”, cantadito, como cantan las muchachas bogotanas cuando se les da la gana, y al volverse hacia la voz descubrió no sin asombro la figura, desaparecida mucho tiempo de su vida, de Dianella Chambers, nombre de soltera, doctora en lenguas del Instituto Caro y Cuervo y antigua ama y señora de su corazón y genitales, o Jana Medusa Rubens, su nombre de puta y divorciada, uno de los más feroces encoñamientos de que hubiera disfrutado y padecido tanto, como lengua mortal decir no pudo, al estilo del poeta. Fue sólo verla, para desencadenarse en el espíritu vagabundo de Beremundo el más singular desfile o caravana o hit-parade de recuerdos, memories o remembranzas, de los cuales daremos cuenta en su momento, después de hacerlos encontrarse, así: “cómo has estado”, “muy bien, y tú”, “muy bien, por aquí soñando”, “y por qué soñando”, “pues no sé si te has dado cuenta de que estamos en un sueño, que Medellín se volvió como Cartagena, y que nos tienen sitiados los piratas”, “piratas no, los guerrilleros malandrines, los Hunos y los Ogros”, “ah, eran ellos, y desde cuándo”, “tú lo sabes muy bien, desde antes de haber nacido ya nos habían sitiado”, “a quiénes, porque nunca me dí cuenta”, “pues a nosotros, idiota mío, no ves que a toda la república de Medellín, que fue fundada bajo sitio, la siguieron sitiando desde siempre los mismos que ahora, etc.”, “querrás decir aquellos mismos que por múltiples circunstancias de carácter histórico y socioeconómico nunca han querido deponer las banderas de la rebelión, el pillaje, el asesinato, el secuestro, la sangre y el fuego en nombre de la libertad, la democracia, la igualdad y la justicia y el fútbol”, “a esos mismos me refiero” “ah, ya veo, y qué hay de tu vida”, “la misma vida, sólo que esta mañana me pasó algo muy extraño, me levanté como siempre más bien tardecito, hoy no tenía que ir a hacer lo que tú sabes, porque...”, “yo no lo sé, porque estamos en un sueño, y no te veía hace siglos”, “bien, no tenía que ir hoy a ninguna parte cuando, saliendo del baño, en pura bola, no sé por qué te lo digo, tal vez para que me recuerdes desnuda, sentí la voz de la conciencia, creo, porque cuál otra iba a ser, que me decía, vete para el Astor esta tarde, que te va a convenir, y ya lo ves, aquí me tienes conversando contigo, no me vas a invitar a sentar”, “claro que sí, siéntate”, “y bien”, “y bien”, “ajá”, “ajá, pues mira que a mí también vienen sucediendo unas cosas, desde ayer, o ya no sé si desde anoche, mirá, hablemos en antioqueño, ya no sé si estoy soñando o qué es la vaina, pero esto sí que está bien raro, vos creés que estamos soñando”, “no, no estamos soñando, pero si tú lo crees”, “bueno, ayer o anteayer en un sueño me encontré con una chica que me dijo que tenía que rescatarla o algo así, de su vida futura, si escribía todos los dolores y tragedias que les iba a causar a sus amores, cómo te parece, o que si escribía en cambio la novela más hermosa de estas tierras o deste mundo, también se salvaría no sé de qué, vos qué pensás”, “pues te voy a decir algo, que me pasó a mí precisamente antenoche, que me soñé”, algunos dicen así, “me soñé que una señora me decía”, “y cómo era la señora”, “no me acuerdo”, “seguí”, “me decía que si una en sueños se volvía a encontrar con sus viejos amantes, y se volvían a contar su historia como si no la conocieran, así



de como un cuento, se borrarían, mirá, todos sus dolores y rencores, y quedaríamos así de livianitos para volver a enamorarnos, encontrar el verdadero amor para siempre, como en los cuentos, y ser felices, etcétera, y ahora vos me venís con ese cuento, no te parece la misma cosa, es exactamente la misma cosa, será que estamos soñando, o que alguien nos está queriendo joder la vida”, “pues sí que nos la está jodiendo bien, y entonces”, “y entonces qué”, “no sé, y si nos pusiéramos a recordar entonces aquella vaina de la que salimos más o menos desquiciados, será que salimos de eso y nos componemos”, “todavía te tomás el tinto con azúcar”, “sí”, “vos todavía me querés”, “sabés que te que quiero mucho todavía ,y que te extraño, y me están dando unas ganas de chuparte las tetas”, “y yo a vos, y chuparte el pirulín”, bueno, bien , como esta es una novela bonita deberíamos pensar que lo que realmente dijeron fue: “Me están dando ganas de lamer tus protuberancias lácteas” (él), y, ella, “asir entre mis labios tu sagrada herramienta”, pudo haber sido así, y después, “y entonces, contémonos ese cuento a ver si salimos de eso y de este sueño”, “contémoslo pues”, y en esta parte del sueño andábase Beremundo cuando, como parece que va a ser frecuente en su vida en este libro, por lo menos, otra fastidiosa llamada telefónica lo sacó brincando de las sábanas, maldita sea, tampoco había nadie al otro lado, quizá desde el otro mundo me estén dosificando el tratamiento, pensó Beremundo, lucidísimo, a pesar de la hora, 2 a.m. Por la ventana se asomaba tremenda luna, ya no voy a dormir más, volvió a pensar Beremundo (qué hombre, qué lucidez, dos pensamientos en menos de un minuto), que era lunático por naturaleza, había nacido un 25 de diciembre a las 9 de la noche con luna llena, y desde entonces véalo usted con el bendito karma, luna llena, vela plena, y se volvió a sentar, esta vez sí, a escribir.

“Recuerdo, Beremundo, aquella noche noche de parranda con tus compañeros de la tipografía, cuando, en aquel parqucito de Boston, me dijiste al oído, “me gustaría acostarme con vos”, y me hiciste poner toda arrozada, y la luna, allá arriba, dio tres volteretas, y luego no pude dormir en toda la noche, pensando en vos. Me llevaste al cine, “Lunas de hiel” de Polanski, y nos dimos esos besos en el auto, nuestros primeros, y yo no quería irme a la cama con un hombre casado, tenía ya mis experiencias de Bogotá, hasta que no pude soportar más y, fuáquete, te acuerdas, aquella noche en el apartamento de Lillywhite, llevábamos todos esos días pasando en limpio tu novela, que me daban esos ataques de risa con esas frases tuyas, “con una medio-sonrisa de animal satisfacción”, siempre me acuerdo de esa, entonces me dije no más, Dianella, no más, yo a este hombre me lo voy a tener que comer, eran como las siete de la noche y te dije, venga pues mi Beremundo, te llevé para el cuarto de Lillywhite, y me fui quitando la ropa así no más, y vos mirándome con esos ojos y quitándote la ropa también a mil, etcétera, etcétera. Llovía mucho, llovía mucho todos esos meses, septiembre, octubre, noviembre, cuántas veces nos comimos, amor, amor, amor, recuerdo que me

decías por la mañana que siempre me despertaba como una costeña, no sé por qué, cuándo habías dormido vos con una costeña, y eso me daba una risa. Me hiciste al amor muy lindo también en mi casa, te acuerdas, en el piso de la sala, en el tapete, en el bañito del garaje, ahí me lo hacías por detrás por la incomodidad, pero me gustaba tanto, tanto, una por detrás se siente como toda puta, putísima, no sé por qué, tal vez porque piensa que lo está haciendo con un desconocido, y me leías a Saint-John Perse con esa voz tuya, siempre que me leías me iba poniendo toda húmeda y me tenías que comer, yo te decía, mi amor, cómeme toda toda, y eso te excitaba tanto, te volvía bestial, pero después, todas esas cosas pasan, acabamos de pasar en limpio tu novela, llegaron las vacaciones, me fui para la costa, tu costeñita, me acosté por allá con el geólogo, vine distinta, tu también cambiaste, te acostaste con Lillywhite por el desquite, después sólo hicimos el amor dos o tres veces, y aquella vez que yo estaba sin un peso y me dijiste, que tal si te sientes más puta que nunca y te doy cien mil pesos por una metidita, y me los diste, y en efecto fue aquello como mi consagración de puta, el mayor orgasmo de mi vida, y que después, para compensarte un poco, te lo mamé tres veces gratis en tu auto, estábamos bastante locos o no, amor mío, sí, sí, sí. Pero siempre te recuerdo haciendo el amor y lloviendo mucho en esa Medellín. Te quise mucho. “Y del amor, esas serán las únicas cosas que nos quedan”, “será”, “y vos, has escrito alguna vez de mí”, “no, no soy capaz, estas cosas las estás escribiendo vos aquí, en este sueño”. “A ver, y cómo sabemos si de verdad estamos en un sueño”, “no lo podemos saber, a lo mejor estamos en algo peor que en un sueño”, “como en qué”, “a lo mejor estamos en un libro, en una novela, y estas cosas no las estamos soñando, tú lo sabes, doctora en lenguas, cuántas conoces, sino que alguien las está escribiendo, pero lo desconcertante es por qué entonces me he despertado ya dos veces y parezco o creo que soy como de verdad, y te puedo recordar, todas esas cosas”, “si seguimos en este sueño será que nos vamos a enloquecer, Beremundo”, “yo sí, tú no, porque el sueño es mío”, “y cómo lo sabes, también podría ser que yo te esté soñando a vos”, “y por qué no bregamos a despertarnos”, “cómo”, “qué tal si nos damos un beso, como en la bella durmiente, y rompemos el encantamiento”, “bueno”, y entonces Beremundo y Dianella se dieron el beso, un beso muy suave, las lenguas apenas entre los labios, pero no pasaba nada, nada que despertaban, cuando de pronto en medio de la ensoñación del besillo todo en el Astor pareció bambolearse, un rumor sordo, un “roar”, un “rumble” como escriben en las historietas llenó el local, lámparas cayeron, estropicio, polvo. “Bomba o terremoto” dijo Beremundo, y salieron como todos atropellando en medio de la confusión. Afuera, en la calle Junín, todo era un caos. En efecto, restos de chatarra, metales retorcido, la escultura del pájaro de la paz de Botero ya no era, humo, puestecitos de flores arrasados, gritos de dolor, restos humanos ensangrentados llenaban el pasaje hasta el cruce con La Playa, esto parece escrito por un pésimo periodista, donde, en efecto, acababa de explotar un coche-bomba. Otra demostración de fuerza de las milicias urbanas de los Hunos. “Ahora sí

que parece que no estamos en un sueño” díjole Beremundo a Dianella. Pero se equivocaba, nosotros lo sabemos, estaban soñando, y el sueño, del dulce amor, había pasado a estruendosa pesadilla. Y entonces Beremundo despertó. Se había caído al piso.

Han pasado varios días, Beremundo se encuentra trabajando en su estudio, no ha vuelto a salir a la calle sino para comprar en la tienda de la esquina sus medias botellitas de brandy, algunos enlatados, y vuelve a encerrarse. Una tarde, hacia las seis, está lloviendo, tocan a la puerta, y es ella, la muchacha del cabello corto, siempre tan linda, con la que había soñado Beremundo. Ya para él las fronteras entre el sueño y la realidad desaparecen, en esos mismos días han explotado varias bombas en la ciudad, la guerra es dura en ambos frentes, en el sueño, en la verdad, y cuál de ellos es el verdadero, y dice Beremundo, “como supiste dónde vivía”, “si vivo dentro de vos cómo no lo sabría”, “y por qué no habías vuelto”, “no me habías llamado, a las mujeres como una hay que llamarlas”, “pero si todavía no sé tu nombre ni has querido decírmelo”, “estoy segura de que lo sabes pero te da miedo pronunciarlo”, “no”, “sí, inténtalo”, “digamos: Luzalondra”, “no, no todavía, uno más simple”, “Flordellama”, “no, no, no”, “te voy a decir el último, pero no desaparezcas”, “bueno, dilo”, “Deseada”, “Sí, sí, y ahora voy a quedarme contigo”, “por qué, no te da susto de mí”, “no, eres tú quien más debería temerme, pues si salgo de tus sueños y ahora estoy contigo en carne viva, eso te podría volver loco, como decías en tu sueño, pero no temas, no ocurrirá, y te voy a decir otro secreto: me puedes llamar por mis tres nombres, cuando quieras: Deseada Luzalondra Flordellama, porque todos ellos me pertenecen y también son tuyos, tú me inventaste”, “y qué va a ser de mí en este mundo, contigo”, “tienes una tarea, no puedo repetírtelo”, “ya lo sé, si no me matas de mirarme así”, “no morirás, mientras más nos miremos más viviremos, y me desearás a cada instante”. El cuartito de Beremundo estaba muy oscuro, pensó él, pongamos un poco de luz, pero entonces cada palabra de la misteriosa pareció empezar a iluminarlo hasta formarse una como tibia luz de pintura medieval, y por momentos Beremundo notaba que casi la muchacha no movía los labios al hablar, como si todo se lo estuviese diciendo con los ojos, pero sonaban en su cabeza las palabras como la más hechizadora melodía, y olían sus palabras a los aromas que deberían tener los cánticos del cielo, “caramba, me estoy volviendo telenovelesco –pensaba Beremundo-, me estoy enamorando, y en viviendo y muriendo deste amor tan nuevo y preciosísimo quiero que dure mi vida, Señor, a tu servicio”, decía Beremundo por dentro, y por fuera, a Luzalondra, “haz de mi lengua dos correas para tus sandalias”, recordando un verso de antiguo poeta profano, “y porque eres luz y fuego y concepción del deseo, quémese mi corazón en tu regazo y arroja sus cenizas a la mar, cuando te pluga”. Lo que pasó después entre los dos no es asunto de estos papeles, pero muchos de los vecinos, hoy ya muy viejos, pueden jurar que esa noche de marzo una extraña aparición surcó los tejados de la cuadra,

por supuesto que se habló de una nave celestial, de extraterrestres, que se detuvo a cierta altura sobre la casa de Beremundo, “y se escucharon voces como de vidrio y órganos floridos, de los que ponen en la catedral para las misas de obispos, que se le paran a una todos los pelos”. Nadie recuerda cuánto duro aquello. Después, la aparición se disparó hacia arriba, perdiéndose en los infinitos.

### *Paisaje posdiluviano en una mesita de té*

Sobre la mesita de servicio para el agonizante, con sus patitas, las de la mesa, apoyadas en la cama, una taza vacía. En primer plano, la mano de la enfermera la retira, y entonces Beremundo hace un esfuerzo y se sienta mejor, y se siente mejor, recostado ahora sobre el espaldar. Ahora comprende: allí está, en el tablero pintado de la mesa, el escenario de las muchas fatigas y contadas dichas de su vida. “La existencia de cada humano podría transcurrir sobre una mesita como ésta, sin darse demasiada cuenta y a la vez dándose por bien servido”, piensa que piensa. “Cada ángel de la guarda tiene una mesita de té con un paisaje pintado, donde, como si fuera un monitor de TV, mientras lee los diarios y revistas celestiales vigila de vez en cuando las acciones de su Encomendado”. “Imaginemos la carpintería celestial produciendo las mesitas a todo vapor, segundo a segundo, para satisfacer la demanda, dos nacimientos humanos por segundo”. “Y cuántas muertes”, “Una por segundo, de ahí la multiplicación de la especie”. “Y quién pinta las mesitas”. “La brigada de ángeles pintores, dirigidos por san Lucas, el Evangelista, médico y pintor él mismo”. “Y las mesitas, nunca son reutilizables”. “Nunca, cada mesita de té es única para cada humano, y son guardadas en los grandes depósitos del universo, hasta el final de los tiempos”. “Y de qué son hechas las mesitas”. “No lo sabemos, quizá plásticos o extrañas maderas del cosmos”. “Miremos”. Y entonces llevamos allí los ojos, y nos adentramos en la superficie, que parece ondular un poco y absorbernos, como en los espejismos, como en el cine. El paisaje es amplio y a la vez cerrado a lo lejos, en derredor, por un círculo de abrumadoras montañas de un verdeazul profundo: el valle en cuyo fondo fue fundada y yace, desde hace quinientos años, la Villa de Medellín de la Candelaria de Indias. Pero hay algo, observemos, atención, que nos hace el paisaje diferente: un inmenso lago o mar que, hasta el momento de escribir estas líneas, no existía. Como si toda la mitad del valle, a lo largo del antiguo y pútrido río, hubiera sido no sepultada sino ahogada por un extenso mar que, en el grabado vívido que estamos recorriendo, aparece intensamente quieto. “Mar Muerto de Medellín, sumergida la mitad de ella por las sales pesadas y radioactivas de la condenación divina, cual Sodoma, cual Gomorra americana”. “Y por qué sólo la mitad de la ciudad”. “Quizá, señor, porque la mitad de sus habitantes eran justos y la otra mitad pecadores y asesinos”. “Tal vez el Señor Dios se apiadó

demasiado de ella, porque muchos pensaban que de cada cien medellinenses noventa y nueve merecían ser aniquilados”. “Sí, tal vez el Señor se apiadó, Alabado sea el Señor, grande es su misericordia”. “Demasiada es su misericordia, de la cual participamos con devoción y alegría”. “Y los demás, qué piensan de haberse salvado, qué dicen las encuestas”. “Ellos ni siquiera se han dado cuenta, creen que el Castigo se debió a una catástrofe natural”. “Cómo”. “Porque llovió durante cuarenta meses sin descanso, como en cien años de soledad, como en el diluvio, lluvias saladas, lluvias pesadas y radioactivas, sobre la banda occidental de la ciudad, los científicos dijeron, aquí está sucediendo algo pero no sabemos qué, y al cabo de los cuarenta meses media ciudad estaba bajo las aguas, muchos murieron en el intertanto, in the meanwhile, otros emigraron a los barrios orientales, agravando el problema de la superpoblación, la delincuencia, la droga, la violación, el asesinato. “Y el Señor, no ha vuelto a castigar a los que huyeron”. “No, para que dieran testimonio”. “Del Señor, Su grandeza y Su bondad no tienen término”, “por los siglos de los siglos”. “Y cuándo sucedió tal catástrofe”. No lo sabemos, en los sueños no rigen los calendarios”. “Pero esto no es un sueño, es una enfermedad, es una fiebre”. “Tampoco en las grandes fiebres, ni en las agonías, rigen los calendarios”. “Entonces, estoy agonizando, o estoy soñando”. “A lo mejor, sueñas que agonizas”. “Mejor, sigamos mirando”. “Sigamos”. Y los ojos de Beremundo, y los nuestros, siguen entonces adentrándose en la mesita, en el grabado, hacia la mitad inferior una bandada de cisnes o patos descomunales retozaba en las orillas, a pesar de la pesadez de las aguas ellos se deslizan suavemente, y en los prados que bordean las aguas un par de conejos, uno de ellos con espejuelos, “habías visto antes un conejo con espejuelos”, “no, nunca, en la realidad, aunque sí en alguna canción, la historia de la liebre que perdió sus espejuelos, para el efecto conejo o liebre son lo mismo”, “dónde”, “en esa pieza magistral de Jethro Tull que se llama A Passion Play”, “sí, ahora recuerdo”, “ y qué hará el conejo o liebre, aquí, en nuestra historia”, “a lo mejor tiene alguna misión, los conejos siempre suelen tener alguna clase de misiones en los cuentos, y más si tienen espejuelos, esperemos”, “esperemos”, y ahora estamos, como en vuelo, flotando sobre la imagen, al otro lado del valle, y llegamos a lo que podría ser el paraíso, donde en los bosques frondosos y floridos, ubérrimos, los pajaruelos usan de sus frutos, y el viento entre las hierbas canta su canción para los vivos, el canto de los muertos, el arpa de la hierba, una lágrima de amor por Truman Capote, y, de nuevo atención, la paloma del diluvio circula con su ramita de olivo invitando a la paz, y dos ángeles, más arriba, sobrevolándonos, soplan sus trompetas de alegría y victoria, “victoria de quién sobre quién”, “no lo sabemos, quizá de los Sitiadores sobre la ciudad, o de la Ciudad sobre los sitiadores, pero esto no lo sabremos hasta el final, consideremos que desde estas alturas a las que volamos no vemos los rasgos de la gente, aunque sí la Villa y las aldeas cercanas, tal vez si el autor nos diera un poco de acercamiento, un zoom, algo de brillo y enfoque a la imagen”, “todavía no”, “todavía no, dice”, “Y tampoco vemos ya los

galeones de la flota invasora”, “quién sabe, tal vez a los ángeles pintores no les fue permitido representarlos, o no les pareció importante ese detalle, como a nosotros”, “o quizá los sitiadores sólo existen en cuanto alguien los represente”, “esa es una posición berkeleyana, como cuando se dice que una cosa no existe sino cuando la estás viendo ante tus ojos, por ejemplo, Roma no está allá donde suponemos que existe o está ubicada, las ciudades no existen, en el sentido de la ciudad como una cosa con esencia trascendente, sólo están allí, sino que Roma se despliega ante tu vista cuando aterrizas en Fiumicino”, “sí, comprendo”, “Y cuando te vas de Roma, ella no existe más, fuera de lo que ves alrededor, nada es, nada tiene solidez, como dicen los posmodernos, todo lo sólido se desvanece en el aire”, “luego el Obispo Berkeley fue el primer posmoderno”, “tú lo has dicho, y esa es una de las maravilla de la filosofía, y su primera y grande consolación: lo que antes fue pasado, hoy es presente, y nuestro presente se disuelve en la obsolescencia aun antes de alcanzar su madurez”, “y por qué el Obispo Berkeley, siendo tan importante, no figura en el Larousse”, “esa es la mejor demostración: porque el Larousse no existe, y porque no creo que Berkeley haya pensado alguna vez figurar en él”, “y el futuro, dirá usted, es un recuerdo”, “por supuesto, y algo de ello se trata en esta novela o sueño, que usted y yo estamos escribiendo o soñando para que no suceda nunca”, “y usted y yo, somos dos, o somos uno”, “uno, siendo dos”, “por qué”, “no lo sabemos, así son las leyes en las novelas, las aceptas o no las aceptas, es como cuando uno nace y cuarentaisiete años después se pregunta, quién soy, a dónde voy, para qué nací, qué voy a hacer cuando sea un hombre maduro, y justo cuando te estás haciendo estas preguntas te resulta un cáncer de próstata, una cirrosis, y después uno se muere y nunca llega a la madurez, y nunca sabes nada, ninguna respuesta, eso es todo, comprendes”, “no comprendo pero lo acepto, soy uno de los más grandes aceptadores del universo, y también el más humilde”, “más humilde, acaso, que el poeta nadaísta X-504”, “más humilde”. “Y esto lo estamos haciendo, dice usted, o dijo antes, para conjurar todos esos dolores”, “por todos ellos, para que nuestras heroínas sean muy felices, o por lo menos no sufran”, “y nuestros héroes, acaso no sufren también”, “sí, ellos también, pero menos, y también saben disimular”, “acaso se sufre mucho, allá afuera, fuera de la mesita de té”, “no, no se puede decir tal cosa, nadie sabe lo que es el sufrimiento, a veces el sufrimiento es la mayor de las alegrías, algún día usted lo comprenderá, recuerde a los primeros cristianos que entraban cantando en las hogueras y en las fauces de los leones y otras fieras, y lloraban de alegría acostados sobre clavos al rojo vivo, y bendecían sus úlceras y toda clase de llagas putrefactas, y abrazaban a sus verdugos antes de ofrecerles la cabeza, tome usted, amigo mío, mi cabeza, córtemela ya, que estoy ansioso de entrar al paraíso, mi gran benefactor, vamos, vamos”, “pero me quedé pensando en Berkeley, señor, y ahora le pregunto, por qué los habitantes del País y de las Ciudades nunca se dieron cuenta de la presencia de los Sitiadores, de los Hunos, por qué no quisieron reconocer su existencia aunque estaban ante

sus ojos”, “porque nuestro Amado País ha sido siempre un país berkeleyano, te miro y no te veo, siempre ha estado en estado de guerra pero siempre ha creído estar en paz, ha sido el país más ignorante e inculto del mundo pero han dicho que su capital es la Atenas Suramericana, cosa es de volverse locos, un país donde los héroes nacionales son los futbolistas, boxeadores y ciclistas, presidentes poetas, contadores de chistes, actorcillos de la tele, cantantuchos, miremos sino hoy mismo en este diario, dos expresidentes de la República en la edición dominical ocupándose en sus artículos de fondo de la telenovela de las ocho, algo demencial, mientras los Hunos esta misma semana han dinamitado 190 torres de energía y han destruido cinco pueblos, país de teatrillo, de sainete, el único país del universo-mundo que desde su fundación ha estado en Estado de Sitio permanente, con la única excepción de cuando vino el Papa a bendecirnos, tres días”, “y para qué sirvió la bendición”, “para nada, las cosas, al contrario, siguieron empeorando, los Hunos crecieron y se multiplicaron por veinte, se calcula que un ejército de cien mil Hunos asedia Las Cuatro Ciudades del País”, “pero el Papa parecía tan bueno y tan buen bendecidor”, “sí, parece un hombre bueno, y sus temblores alzheimerianos lo santifican ante mis ojos, pero su bendición no resultó”, “tal vez porque allá Arriba no querían que la bendición produjera efecto”, “tal vez, nunca sabremos”, “y los ángeles protectores, qué”, “qué de ellos”, “los que sobrevuelan la ciudad en nuestra mesita de té”, “ellos tampoco tienen arte ni parte, es algo que nunca se comprenderá, sólo en contadas ocasiones pueden intervenir en los asuntos de los humanos, no les está permitido, recuerda las películas de Wim Wenders antes de que perdiera su inteligencia y se dedicara a manejar un McDonald en Los Angeles, terrible paradoja, los ángeles sólo son Mensajeros, no son la luz, no son el mensaje, sólo lo transportan, y como los perros y los gatos, Dios me perdone, ven todo en blanco y negro”, “por qué”, “nunca lo sabremos, aquí volvemos a lo mismo, nunca hemos sabido de un ángel que acuda a un oftalmólogo para que le revise los conos y los bastoncillos, de pronto en el Paraíso haya consultorios médicos, ginecológicos, odontológicos y oftalmológicos para los ángeles, aunque, pensándolo bien, también es un tanto improbable, quién ha visto un ángel con anteojos, no me hagas acordar del viejo chiste, no hay puta con gafas ni cura con bigotes”, “sí hay, putas con gafas, yo las he visto, una por lo menos, y hacen el amor como demonias”, “maravilloso testimonio, que contradice los proverbios”, “todo proverbio lleva en si el germen de su propia contradicción, ya lo sabía el santo Job, quien era un proverbio en carne viva el pobrecillo”, “el que espera a reír de último nunca reirá jamás”, “el exceso de salud es perjudicial para el alcohol”, “casi todos los males duran más de cien años”, “nadie sabe de lo que se pierde, hasta que lo tiene”, “la mujer del vecino siempre es mejor que la tuya”, “barriga llena, corazón de cerdo”, “ojos que te ven corazón que no siente”, “el cántaro nunca va al agua sino que lo llevan”, “a ojo sacado siempre le entrará infección”, “más valen cien pájaros en mano que uno volando”, “a quien madruga, el diablo apechuga”, “tarde o temprano ningún sueño se cumple”, “qué quiere decir ese”,

“no lo sé, no interesa, sigamos”, “buen hombre, y por qué no se ve todavía gente en la mesita de té, en las dos aldeas o pequeñas ciudades que aparecen”, “como dije antes, es cuestión de zoom o acercamientos, operaciones en que son expertos los autores o el autor de esta novela”, “pues ya es hora de que se acuerde de sus humildes servidores y le ponga un poco de jaleo a esta quietud”, “piensas, acaso, que estamos quietos”, “no, mira, el pensamiento es puro movimiento, y el tiempo es la ausencia de no me acuerdo qué, pero en todo caso Su Ausencia”, “palabras que me llenan de un mucho de miedo y aún más, de pavor”, “no tener miedo es asunto de los espíritus simples, los espíritus complejos, mientras más lo son, más miedo han de abrigar en su corazón, dicen, San Pascal de Francia decía que la vastedad de los espacios infinitos le aterraba, pero, aquí entre nos, pienso que debería ser al contrario, si tú y yo sabemos que nuestro vasto universo no es más que uno de los setecientos mil universos que componen el Grande Universo, de qué habríamos de tener miedo sino una enorme alegría y cantar hosannas cada segundo de nuestras vidas al Creador”, “cómo dices eso con tanta seguridad”, “porque eso está en el Libro de los Tres Círculos, el mismo que tú has leído en sueños y que nunca recuerdas al despertar”, “y tú, cómo lo recuerdas”, “no lo recuerdo ya, es una certidumbre de mi corazón”, “y cómo se pueden tener certidumbres, aquí, ahora, sitiados por los Hunos y los Ogros”, “las certidumbres del corazón sólo son posibles cuando el corazón está en pie de amor y no en pie de guerra, los Hunos y los Ogros viven en total incertidumbre de si mismos, no saben ellos mismos quienes son, a dónde van, de dónde vienen”, “y tú, de dónde obtuviste tanta certidumbre, acaso está tu corazón en pie de amor”, “sí, en pie de amor”, “amor de quién o por quien” “tú ya lo sabes, por Flor de Llama Luzalondra Deseada, a quien por otro nombre también llamaré Isabelle”.

“¿Y Beremundo, señor, no estaba en agonía?” “Estaba, y ahora vuelve a dormirse.

---

## TERCERA PARTE:

### LA INGRAVIDEZ



Un año atrás, Beremundo había empezado a sentir que algo extraño estaba sucediendo con sus piernas. No las sentía para nada, no las sentía suyas, tan lejanas e inmanejables, “piernas mías, dónde estáis, responded”, y, ellas, por supuesto, no respondían, cuándo se ha visto un par de piernas, y de hombre, hablando, aunque dicen los escritores lujuriosos que las piernas de las mujeres hablan por sí mismas, y siempre dicen cosas muy obscenas, yo no podría afirmarlo, no soy escritor lujurioso ni normal, y, para poder dar un paso tras otro de la manera tradicional, quiero decir, al modo como caminan ustedes los humanos, Beremundo debió empezar a usar un tipo de zapatos de suela muy gruesa y pesada, de tal manera que sintiera que estaba tocando tierra, que la tierra, por el peso de los zapatos, lo estaba halando hacia ella, y no por el propio peso de Beremundo. En trece palabras, para Beremundo había dejado de tener validez la famosa Fuerza de la Gravedad. Esto le sucedía particularmente en exteriores, como se dice en el cine, porque en interiores, no sabremos por qué, el extraño anti-efecto disminuía, “algo tendrá que ver el cielo abierto con ello”, pensaba Beremundo. Pero Beremundo se equivocaba un tanto. Porque desde siempre, su manera de caminar había estado afectada por la anti-fuerza gravitatoria que ahora se manifestaba en toda su plenitud. Desde muy niño, Beremundo parecía deslizarse sobre el mundo como sobre un colchón de aire, sin apenas tocar el piso, lo que le daba una fabulosa liviandad y, a la vez, una fragilidad aterradora, por decir algún adjetivo señorero, digamos mejor, singular. En los partidos de fútbol, en los juegos de escuela y de colegio, cuando Beremundito era empujado parecía derivar sobre el prado o sobre el pavimento una cantidad inmensurable de metros, lo que dejaba a todos sorprendidos, como si de una pluma se tratase el muchachito. Así, Beremundo andaba por el mundo literalmente llevado por los vientos, y no pocas, muchas veces, debía aferrarse a los postes de la electricidad para no ser arrastrado por el más suave de los céfiros, o por esos pavorosos vendavales que solían levantarse en los eneros, en los agostos, en cualquier mes del año, en este país sin estaciones siempre están azotando los espíritus del aire, tornados, monzones, ciclones y tifones y simunes y toda clase de alisios y otros meteoros. De más está decir que Beremundo nunca pudo elevar cometas, bueno, unas pocas veces pudo hacerlo, tomando la precaución de llenarse de piedras los bolsillos, lo que sus compañeritos no pasaban de considerar una extravagancia. De lo que siempre había estado consciente Beremundo era de un rarísimo fenómeno levitatorio que siempre experimentaba cuando estaba entrando en el sueño, en esa primera fase que los psicólogos denominan no sabemos cómo, los psicólogos tienen nombre para todo, y no saben nada de nada. Beremundo, acostadito, al borde de la nada, hijo de Hipnos, sentía de pronto como su cuerpo se iba elevando cinco, diez, quince, veinte centímetros sobre la cama, hasta que de pronto, de esa nada en la que estaba a punto de sumergirse, surgía, transformado en malévolo, el ángel de la guarda que custodiaba su sueño desde una litografía en la pared, tomaba al alelado Beremundo entre sus brazos, y un instante después estaba arrojándolo como bulto

de huesos por la escalera, hacia el el primer piso, con lo cual el prodigio levitatorio terminaba y Beremundo caía a plomo sobre la cama, con gran bulla de metales y maderas. No pocas, muchas, repitamos, la literatura sirve para repetir las cosas, las palabras, las frases, muchas veces los hermanitos de Beremundo se despertaron con el estruendo, qué pasó, no se sabía, Beremundo dormía cual comadreja, por estos ecuadores no conocemos lirones, no podemos decir dormido como un lirón, a lo mejor, dormido como un mico perezoso, acudía la madre, no veía nada, y en la casa se acuñó entonces el mito del “espanto de la cama reventada”, que duró bastantes años, hasta bien entrada la adolescencia de Beremundillo. Años después, un poema del joven aprendiz de escritor daría cuenta del acontecimiento en su libro “Baila en mi lecho de espinas”. Entonces algunos comprendieron. Ahora, muchos años después pero no ante el pelotón de fusilamiento, Beremundo, ya lo dijimos, repitamos, desde hacía un año estaba empezando a sentir con más fuerza que nunca, ved la paradoja, que la Fuerza de la Gravedad lo había abandonado. Ahora lo poseía la Fuerza de la Levedad o de la ligereza, y muchas veces estuvo tentado escribirle una cartita a Milan Kundera, y decirle, “querido Milan, la insoportable levedad del ser se ha hecho carne en mí, y ahora habita entre los hombres pero no para redención de sus pecados sino para cosas muy contrarias, escuchadme”, cosa que nunca hizo, dicen que Milan no entiende ni jota de español, y el checo es asunto serio, de modo que no. Entonces, decíamos, Beremundo por estos días estaba debiendo usar esa clase de zapatones pesadísimos que lo anclaban al planeta, para no dejarse ir hacia lo superiores abismos del firmamento. De noche, acostado, todo cambiaba. Beremundo sentía que todo el peso que le había sido hurtado durante el día se acumulaba en su cuerpecillo, y entonces, apenas reclinado y soñoliento, bajo los efectos de una desconocida anestesia, toneladas de gravedad lo hundían sobre el colchón, casi desapareciéndolo a ojos humanos. Quien lo contemplase durmiendo podría pensar que la figura de Beremundo parecía apenas dibujada bajo los cobertores, tal era la delgadez de su volumen. Y bien, la mañana siguiente a la primera noche en que Beremundo y Flor de Llama Luzalondra Deseada fueron el hombre de su mujer y la mujer de su hombre, que para eso están hechos la mayoría de los humanos, no todos, Beremundo se despertó, oh lectores, flotando como una pluma a medio metro sobre la cama, y a su lado vio a su mujer, Isabelle, llamémosla por su nombre terrestre, flotando a la par que él. Ella sonreía, dulzura luminosa, y Beremundo sintió sonando en su cabeza una cancioncilla medieval que decía más o menos así, de memoria porque nunca se tomó nota,

*Isabelle cabellos oscuros como el pensamiento de la mar*

*Isabelle risa cascada de plata en las mañanitas de Dios*

*mírame*

*mujer de manos pájaras donde la caricia debería aprender sus caminos  
ojos cargados de la electricidad de las tempestades tiernas  
tócame*

*pasos de dulce animal femenino insoportablemente leves  
perfume bravío de tu cercanía tan odiosamente intocable  
sínteme*

*mirada consciente de su devastadora fuerza enloquecedorita  
suave pelusa de tu nuca donde mis labios quieren acampar  
háblame*

*y labios tuyos donde el poeta-loco quiere fijar su residencia terrenal  
cuerpo-tierra prometida para el extraviado de los vastos desamores  
óyeme*

*querida alegría de tu voz de fuente de jardín italiano al amanecer  
promesa ardiente tu nombre Isabelle Isabelle Isabelle en los despertares lluviosos,  
abrígame*

*Vayan estas palabras por los caminos del aire al oído de tu corazón  
Sean ellas mis plañideras y muevan tu gentil carácter ante este, tu suplicante  
Y dime: ven...*

Y esta cancioncilla llenó por una vez la cabeza de Beremundo, pero también pareció llenar la habitación, porque Isabelle, una vez terminada la tonada, que también tenía su música no sabemos de dónde venida, atrajo hacia sí a Beremundo, lo envolvió en sus brazos, todo esto sucedía en el aire, y entre besos Beremundo entró de nuevo en su casita abrigadora, vale decir, en su vientre, confortándose a gusto los amantes. Ahora, los vemos, están sentados a la mesa, una ollita de café, dos pocillos, una cestita con panes, mantequilla, queso, dos manzanas, entre enamorados los diminutivos abundan, que para ellos el mundo es pequeño y único, como jugar a las mamacitas. “Y cómo pudiste oír la canción si yo apenas la sentía como tocándose en mi cabeza”, “porque estaba también sonando afuera, ya lo dijo el novelista, y la pude oír

perfectamente”, “y cómo”, “nunca lo sabremos, será que cuando estamos enamorados todo lo que pensamos lo oyen los amados, nuestros pensamientos y corazones suenan como radios, el amor es tal vez el más poderoso de los amplificadores”, “sin el tal vez, es el más poderoso, lástima no poder venderles el invento a los fabricantes de sonidos”, “lástima, empezarían por no creernos, tampoco nadie va a creernos esto, dejémoslo sólo para nosotros, amor”, “sí, amor”, “y por qué ahorita nos despertamos y estábamos flotando”, “el amor vence la fuerza de la gravedad, el amor es la Fuerza Leve, la Fuerza Suave, la que más puede, mira que ya mencionaste lo de insoportablemente leve en tu cancioncilla, justo después de que el novelista estuviera contando tu historia”, “cómo lo sabes, si estabas dormida”, “no estaba dormida, estaba mirando al señor escribir, por encima del hombro”, “entonces, ya sabes algo más de mí”, “siempre lo he sabido, sólo que nunca lo había visto escrito”, “y bueno, y por qué flotábamos”, “por la fuerza del amor, ya te lo dije”, “y por qué tantos se aman, y no flotan”, “sí podrían flotar, pero se resisten, y por eso andan por la tierra con el ceño fruncido; pero yo, desde chiquito, tengo el ceño fruncido, y sin embargo floto”, “eso es por tu miopía, eres el más miope de los enamorados, y el más divino; pero me pregunto, yo de tonta, ahora por qué estamos sentados”, “porque nos dijimos, vamos a desayunar, y, ya lo ves, pusimos pies en tierra y aquí estamos”, “así de fácil”, “así de facilito, amor”, “y si nos decimos, flotemos”, “flotaremos”, “y ahora qué haremos con esta levedad, con esta, digamos, floteidad o flotaduría”, “vamos a mirar el mundo, allá afuera, a ser testigos”, “para qué, de qué”, “el novelista querrá contarle algunas cosas más a sus lectores”. “Y qué hará la Policía cuando nos vea flotando o levitando, levitando viene de levedad”, “nada, la Policía nunca ve a los levitantes, es imposible para la Policía percibir el amor, la Policía sólo percibe el odio y el crimen, cuando le interesa”, “y los Hunos y los Ogros, tampoco nos verán, podrían enviar cohetes a derribarnos”, “tampoco los Hunos y los Ogros nos verán, ellos son el anti-amor por excelencia, por así decirlo, aunque suene contradictorio”, “y los hombres del común nos verán”, “algunos pocos, pero creerán estar soñando, y además esta parte de la novela transcurrirá en el sueño”, “no estábamos acaso in the reality, my love, yo pensaba”, “las novelas, por mucho que trabajen con materiales de la supuesta realidad, siempre serán arcilla de los sueños, como el cine, como el Halcón Maltés, el mejor ejemplo”, “tengo miedo de despertar y de no encontrarte más, amor mío, Beremundo”, “no temas, nunca despertarás, siempre seremos parte de este sueño de verano, de noche, de día, y me recitarás todos los sonetos de Shakespeare y los oiré con asombro y deleite y danzas del corazón, hasta el final de los siglos”, “como el amor, entonces, seremos eternos”, “como el amor de Dios, que nos bendice”.

A la mañana, mañana siguiente o no, no importa demasiado para efectos de esta historia, salieron de paseo Beremundo e Isabelle, si fuéramos lo suficientemente caballeros diríamos Isabelle y Beremundo, las damas primero, cualquiera que lo haya así establecido nos debe explicación, como sucede con aquello de que en la acera las damas deben ir por la parte más cercana a las edificaciones, será por el sol, será por la lluvia, será por el peligro de los autos o carromatos y sus caballos salvajes y mordedores, en nuestras ciudades todavía abundan los carromatos, en Medellín de Indias, en Cartagena de Indias, en Santa Fe de Bogotá, la antigua capital, los hubo, ya nos los hay, después de que fue tomada por los Hunos, de todas maneras ya nadie sabe lo que pasa por allá, no importa, ahora cada ciudad del reino es su propia capital, y es suficiente. Salieron pues Isabelle y Beremundo, “hoy es mi cumpleaños, amor”, dijo ella luego de dar los primeros pasos, “y hoy qué día es”, dijo Beremundo, “ya no sé en qué mundo ando, ni en qué día, y como todo es materia de sueños, y en los sueños quién nos dice en qué día estamos”, “estamos en enero” dijo ella, “hoy, ocho de enero, es mi cumpleaños”, “y eso que hace unas páginas estábamos en marzo”, dijo Beremundo”, “porque en las novelas como ésta”, dijo ella, “el tiempo corre de para atrás, o para los lados, eso es lo más maravilloso, que el tiempo pueda correr para los lados, y no siempre adelante, atrás, adelante, atrás, por eso es que a los novelistas a veces les tienen tanta envidia los otros manejadores del tiempo, los cineastas, los músicos, los relojeros”, “y cómo le diríamos a eso, cuando el tiempo y nosotros somos transportados a izquierda o derecha, o hacia arriba y hacia abajo, en fin”, preguntó Beremundo, “si tú estás a mi lado, Beremundo”, dijo ella, “esos nombres de lugares y fenómenos no tendrán importancia, sólo diremos, estamos aquí y tú estás conmigo, luego está bien”, “y, sabes qué”, dijo Beremundo, “qué”, dijo ella, “que si tú naciste hoy, ocho de enero, entonces estamos regidos por el mismo signo, que en China sería el del Dragón, y en occidente el de la Cabra, Capricornio, somos entonces Compañeros de Signo, lo que suena un poco como a alquimia”, “un poco no, suena todo a alquimia, pero no me has dicho qué día naciste”, “diciembre veinticinco, el mismo día del Niño Jesús”, “ay, pobrecita tu madre, y a la vez bendita, como serían esos trabajos, en plena navidad y tú naciendo, todo cabezón”, “sí, pobrecilla, pero también feliz, tener un hijo el mismo día que María, Madre de Dios”, “sí, un dolor y un misterio, Compañero de Signo, me siento feliz de estar contigo”, “una felicidad que será tan grande como la mía, de que seas tú, Isabelle, mi Compañera. Y, cómo vamos a celebrar tu cumpleaños”, “Volando, volando”, dijo ella. “Y cómo”, preguntó él. “Ya lo olvidaste, si hace apenas unos renglones estábamos levitando en nuestra alcoba”, “Eso era allá adentro”, dijo él, “y si nos ven”, “ya te lo dije, cuando los enamorados van por el aire levitando, nadie puede verlos, sólo ellos se ven entre sí, entre parejas y las otras parejas, y todos nos podemos hacer guiños de reconocimiento, pero nadie se digna molestar a los demás levitantes, ni preguntarles la hora, ni necesidades parecidas, cada pareja va en lo suyo, y los levitantes solitarios también”, “y es que también los solitarios

pueden levitar”, “si están enamorados, sí, incluso cuando el otro amor o enamorado se les ha ido, si conservan amor, podrán levitar, hasta que el amor se haya marchado”. “Y cómo sabes tanto del amor, y de la levitación”, “Ay, mi Beremundo, sólo una vez estuve enamorada, un amor que duró poco, llegó una extraña enfermedad y me lo arrebató, entonces fue cuando aprendí estas cosas”, “pero, a mí, por qué nunca me habían sucedido estas cosas, porque yo también estuve enamorado, hace muchos, muchos años, cuando joven”, “no digas esas cosas, si estás enamorado tu corazón es joven, sólo envejeces cuando tu corazón se reseca y quebranta en soledad”, “y por qué no levitaba, en aquella época”, “eso no te lo sabría responder, quizá lo olvidaste, si te miras por dentro quizás tengas la respuesta, quién sabe, a veces los espíritus del aire esparcen el néctar del olvido en los corazones que han amado demasiado, para que, una vez vuelva el amor, entren en él como si fuera la primera vez”. Y Beremundo, por lo pronto, no quiso preguntar más, maravillado de las cosas secretas de que Isabelle tenía conocimiento. Iban caminando hacia el antiguo centro, que ya no era centro sino barrios marítimos, si suponemos que el lago que bañaba a Medellín era como un gran mar, ya habíamos quedado en esto, o si no ya lo estamos. “Volemos, Beremundo”, dijo ella, y en diciéndolo, ya se encontraban a unos cuantos metros sobre la calle, iban por Maracaibo abajo al cruce con El Palo, y, quizá por el día, por la hora, no eran las diez todavía, las calles no estaban muy congestionadas. Y, en el aire, Isabelle y Beremundo, como si fueran caminando sobre nubes invisibles, miraban felices la ciudad. En efecto, como había anunciado Isabelle, a poco de desplazarse vieron cómo doblaba por la esquina de la Oriental una pareja de edad mediana, no de la Edad Media, vamos, flotando como ellos, a más baja altura, pero flotando, en todo caso. Y, cuando ellos mismos cruzaron la avenida, siguiendo hacia el parque de Bolívar, tres, cuatro parejas, dos solitarios, una pareja de tres, cómo decirlo, un trío, tomados de las manos, el amor, el amor, el amor. Siguieron hacia la catedral, y con sólo desearlo Beremundo ya se encontraban en uno de los bordes del techo de una de las torres, la izquierda, cercana a la calle Bolivia. Se sentaron, a conversar. “Sabes, amor, que me siento como en una película de Wenders, la del cielo sobre Berlín, la viste”, “no, amor, y cómo era”, “los ángeles bajan a Berlín, a observar a los humanos, ven todo en blanco y negro, y dicen cosas muy bellas y misteriosas, y cuando uno de los ángeles se enamora de una humana, y quiere saber cómo aman los humanos, entonces les es permitido bajar a tierra, pierden el poder de volar y empiezan a ver todo en colores, como nosotros, pero sufren mucho también. Será, mi amor, que tú eras un ángel, y bajaste para conocer el amor conmigo, y no me lo puedes decir”, “Pues no tengo memoria de ser ángel, Beremundo, pero si este amor por vos es amor de ángel, bendito sea y gracias al Señor”, “y si mi amor te hace sufrir”, “pues bienvenido sea el sufrimiento, si de la mano voy contigo”, “pues, bendita seas tú, Isabelle, y ahora, con tanta bendicidera, van a pensar los lectores de esta novela que nos volvimos místicos y beatos, y ya estarán empezando a soltar los libros, y bostezando”, “pues que los suelten y nos dejen solos, aquí, en esta torre de

catedral, y que se vayan a hacer sus negocios, eso les mando a decir” dijo Isabelle fingiendo seriedad. Luego de un rato en la torre, de mirar los juegos cantarinos de la fuente, Isabelle y Beremundo subieron volando suavemente hasta lo alto del edificio Coltejer, donde la vista era fabulosa. El mar de Occidente, llamémoslo así, refulgía bajo el sol de las once, en verdes y azules escandalosos. Abajo, los edificios cercanos y los tejados, parduzcos y requemados, y los caminantes como puntitos de hormiguero, esto habría que decirlo distinto, pero qué mejor comparación, siempre se hace, los hombres allá abajo como hormigas, como decía Nietzsche, que si hubiera un planeta habitado cercano a la tierra, ésta sería como un granito de arena situado a un kilómetro de distancia del otro planeta, también un granito de arena, y los hombres en el granito de arena de la tierra seríamos como una raza de microbios que por un solo instante hubiéramos tenido el conocimiento, vaya comparación, llena de optimismo, qué buen hombre era ese Nietzsche, de los mejores. El rumor de la ciudad subía como respiración de gigantesco animal mecánico, a la par con oleadas de calor y olor de combustible. Pocos levitantes se aventuraban por aquellas alturas, y el propio Beremundo, no acostumbrado bien a ellas, le pidió a Isabelle bajar un poco “a mezclarnos con los mortales”. Ahora los encontramos junto al mar, a pesar del sitio y del peligro de asaltos súbitos las autoridades se han preocupado de arreglar bien el malecón, hacia el atardecer generalmente las familias traen a sus hijos a pasear, a tomarse un fresco al fresco, a divisar a lo lejos, al sur, la flota de los Hunos, las chimeneas de sus carabelas humeantes, ya empezando a cocinar las viandas del anochecer, porque los Hunos, por muy bestias que sean, también andan con sus cocineras y se sientan a cenar como cristianos, no faltaba más. Claro que hay muchos relatos de mujeres cristianas secuestradas por los Hunos exclusivamente para cocinar, las pobres, a una señora de La Ceja la secuestraron para cocinar cerca de año y medio durante el día, y como objeto sexual durante la noche, nadie sabía donde estaba, los Hunos no avisaron ni pidieron rescate, y cuando la soltaron, un día cualquiera, aburridos de su cocina y de sus encantos carnales, al volver a su hogar encontró que su marido ya tenía otra, muy oronda en su cocina y en su cama, y murióse entonces de la pena moral, y ese no es más que uno de los innumerables crímenes de los Hunos, en el infierno ya la pagarán, así contaban las señoras el cuento, que lo escuchó con estos oídos uno de los escribientes deste relato. Beremundo e Isabelle se pasean despacio por el malecón, es pleno mediodía, el espejo de las aguas hierve y hiere las pupilas. Si esta fuera una narración de tintes bíblicos, sería el momento para que, sólo ante los ojos de Beremundo e Isabelle, se abrieran las aguas, surgiera de ellas un carro de fuego y extraños metales, y Beremundo e Isabelle fueran arrastrados por el aire hasta el objeto, absorbidos por él, y desaparecidos en un cerrar de olas y vapor. Días después, volverían a ser depositados en la playa, sin recordar apenas nada, y hablando en cinco lenguas diferentes y predicando el regreso del Amoroso. No sucedió nada, no debemos ser tan vanidosos ni narcisos, esos tiempos de raptos y profecías y elegidos ya

pasaron, no volverán, ahora los grandes mensajes, creedlo, están en la Red, nuestra querida pareja tomó un almuerzo ligero en uno de los pequeños y agradables restaurantes costaneros, y a las tres de la tarde los tenemos en el apartamento de Beremundo, y ya también de ella, desnudos, dormitando la siesta después de entregarse a los gozos del cuerpo. Al lado de la cama, en el piso, un librito que le había comprado Beremundo a Isabelle, al regreso, como regalo de cumpleaños. El viento mueve las cortinas, pasa las páginas. Si entramos de puntillas y nos tumbamos junto al libro, podríamos leer, con ojos rápidos...

Más de cien años después de la invasión de Medellín por los Hunos y los Ogros, llegó a aquellos parajes desolados una arriesgada pareja, parajes y pareja suena a cacofonía, a quién le importa, cómase un huevo y una torta, de exploradores, en sendas mulas, bajo un sol de dos mil demonios, pudieron haber sido sólo mil, pero dupliquémoslos, para aumentar el efecto termodinámico. De la antigua ciudad, como es sabido y se ha dicho tantas veces en las enciclopedias digitales, sólo habían quedado intactos después de la invasión y de la peste algunos monasterios y conventos, nadie supo nunca dar la razón, lo cierto es que a la entrada final de los Hunos a la ciudad después de diez años de sitio, y del exterminio o huida de la totalidad de sus habitantes o defensores, los asaltantes habían visto de manera extraordinaria cómo su artillería, sus carros de asalto, sus lanzacohetes, morteros, helicópteros, bazukas, se estrellaban de inefable manera contra una especie de transparente muralla o campo de fuerza que rodeaba las tierras y edificios sagrados, no todas ni todos, no sabemos por qué, ya habéis visto que en esta novela estamos llenos de “no sabemos qué o por qué”, el novelista confiesa sin rubor su casi total ignorancia sobre los asuntos e incógnitas del mundo, que los hay tantos y tantas, bastaría pensar en tres de ellos y ellas para empezar a enloquecernos, mejor no lo hagamos, quizás en otro lugar, de tal suerte que aun habiendo podido arrasar a sus anchas con todo lo que a su paso se les opusiera, edificios, comercios, industrias, muchas iglesias, inclusive La Catedral (no sabemos por qué), museos, bibliotecas, residencias, clubes, toda la ciudad, imaginaos, no pudieron entonces jamás rendir (o acercarse a) los monasterios de los benedictinos en Envigado, de los carmelitas en Manrique, de los trapenses en El Poblado. Los monasterios, que parecían estar encerrados bajo espesas murallas de vidrio indestructible, durante el día, y que por la noche semejaban monstruosos paredones de acero fundido, como si fueran imaginaciones o espejismos, fueron entonces bien pronto olvidados por los invasores, alucinados en el fragor de la destrucción, la sangre, el fuego y el sudor de la dudosa victoria. Dudosa, dicen los historiadores, porque a pocos días de su entrada a la ciudad empezó a desatarse entre los combatientes, ahora entregados a la molicie, la lujuria y la borrachera, una oleada general de desaliento, de entumecimiento y parálisis de los miembros, de resequedad general de la piel, de



deshidratación pavorosa, de ceguera y cagadera, que en sólo noventa y seis horas aniquiló al ejército de vándalos, desde el más humilde de los portadores de equipos hasta el más encumbrado de los generales, y a su jefe mismo, el tenebroso Rubio Mortandad. Peste y aniquilación de la que sólo los sobrevivientes en el mundo exterior tuvieron cuenta muchos años después, ya que, como es sabido, en todas las regiones del planeta la Maldición de la Sequedad Instantánea tuvo lugar, y los pocos que, por encontrarse a cubierto en profundas cavernas no padecieron el Castigo, por instrucciones recibidas en secreto, por medios telepáticos, sólo salieron a la superficie cuando, por los mismos medios, recibieron la orden, tal como igualmente les había sucedido a los habitantes de monasterios y conventos en todo el orbe, siendo protegidos por los campos de fuerza ya descritos, día y noche, durante tantos años. Lo ocurrido, ¿habría tenido que ver con las profecías de los Mayas? Pues había tenido lugar en el fatídico año 2012... ¿O sería el cumplimiento de otras profecías de diverso origen seudocristiano? Nuestros exploradores, descendientes de los aterrados pocos terrícolas que no sucumbieron a la debacle, bajaban ahora en sus mulas por el antiguo camino de Santa Elena hacia la ciudad, hoy nuevamente reducido a pedrejones, pobres hilillos de agua, cascotes de pavimento, matorrales. Hacia occidente, el antiguo mar que sepultara a la ciudad poco más de un siglo atrás brillaba todavía implacable al sol, entre herrumbroso y dorado su liviano oleaje. Una nueva raza de gallinazos, ahora buitres de gran tamaño, revoloteaba en amenazadores círculos sobre los viajeros, a mucha altura todavía los oscuros volátiles, por fortuna. Beremundo Cejas de Oso y su compañera Isabelle Cristal de Risa, que estos eran los nombres de los jóvenes jinetes, hicieron un alto para descansar entre las ruinas de lo que en otra hora se llamara la Puerta Inglesa. Tomaron un trago de sus respectivas cantimploras, y una pastilla de pantoproteínas. Sentados a la sombra de un paredón, con vista a lo que antes fuera el centro de la urbe, platicaban de esta guisa:

-Contemplemos con respeto, oh querida prima, estos lugares en que nuestros arriesgados antepasados, Don Beremundo Trans y Doña Isabelle Flordellama y otros apelativos que no recuerdo, a quienes debemos nuestros simpáticos nombres por transmisión de siete o más generaciones, discurrieron sus vidas, muchas fortunas y pocos pesares, según los diarios que de ellos se conservan, y fueron testigos de privilegio del fin de la Antigua Edad o antigüedad, cuando los hombres de hace poco más de un siglo, creyendo entrar en el vertiginoso futuro, fueron reducidos a polvo de desierto, a pavesas, a la nada sin esperanza.

-Porque sus ojos y corazones estaban fijos sólo en lo terreno, y habíanse olvidado de mirar la magnitud de los estrellados cielos en las noches de su patria, en todas las patrias del mundo, y no pudieron

o quisieron ver u pasaron por alto las muchas señales que se les envió desde los Centros. Sucedió como en Gomorra, como en Sodoma mismamente aconteció, oh primo, que de cada cien de ellos noventa y nueve no fueron hallados justos ante la Justicia, aunque suene un tanto mal, y era tal la magnitud de su desarmonía que el equilibrio de la Tierra venía a pique si no se resolviera con una operación de semejante magnitud. Según los registros, desde finales del siglo XX en repetidas ocasiones se les habían enviado poderosos rayos de corrección de registro, siendo estos en sí mismos rayos de amor sublime, mas siendo tal la inmensidad del mar oscuro del alma en que encontrábase los hombres, que de nada valieron las radiaciones. Mira ese propio Mar de Oprobio al otro lado de lo que fuera la ciudad de nuestros antepasados, y recordemos tantos otros mares de justicia que se crearon por todo el planeta, cuya señal de venidera destrucción fuera menospreciada por los habitantes...

-Quizás –interrumpiela Beremundo Cejas de Oso-, y esto me sea disculpado, porque la ignorancia era tan grande, no siendo de ellos entera culpa, que nadie de entre los más ilustrados supo o quiso ponerlos en guardia ante lo que se anunciaba, señales de pavor de tan altísimo calibre que posiblemente temieron ser objeto de burlas por los ciudadanos. Mira, querida prima, que fue una repetición de lo que miles de siglos antes había ocurrido con el gran patriarca Noé y su famoso anuncio del Diluvio universal. Nadie le creyó, y sólo con su familia y unos cuantas parejas de animales pudo salvarse. Y, aun siendo ésta una metáfora de las grandes glaciaciones que por aquellos eones cubrieron la Tierra, y de las cuales hay historias y tradiciones de todas las culturas del planeta, no podemos dejar de pensar que la evolución humana, sometida a las fuerzas naturales, ha venido también siendo, a través de tales inconmensurables fuerzas, moldeada según el plan de evolución trazado por los Hijos Creadores, en este caso, Nuestro Señor Jesucristo, que alabado sea, aunque muchos de sus designios sean del todo incomprensibles.

-Que alabado sea –respondió Isabelle, quedándose luego callada unos momentos. Y luego:

-El propio ejemplo de nuestro singular tatarabuelo y de su amada Doña Isabelle, que escribieron y publicaron esa especie de diario hacia el 2000, bastaría para comprobar un poco lo que afirmas. No siendo posible para ellos, por sus empleos y posiciones, lanzarse a las calles a predicar como dementes los futuros acontecimientos, optaron por revelar en esa especie de novela, bajo singulares veladuras, los detalles principales del cataclismo. Naturalmente, sólo unos pocos lectores captaron el mensaje, y de ellos tenemos noticia, y sus descendientes son nuestros mejores amigos, cosa que es de coincidencia y gran fortuna.

-Inclusive –dijo reafirmando Beremundo Cejas de Oso- el Tatarabuelo Don Beremundo Trans, antes de conocer a Doña Isabelle, había publicado otra novelita, de carácter medio picaresco y un tanto picante, pues parece que tuvo una juventud bastante agitada antes de conocer a nuestra tatarabuela, en donde consideraba las profecías de los Mayas, las falsas profecías de la Virgen y otras aterradoras invenciones humanas, y donde ya se avistaba, para ojos abiertamente cerrados, *eyes wide shut*, la Catástrofe... Deberías leer ese documento, querida prima, con reservas morales, para que te enteraras de algunas no muy sanctas costumbres de fin de siglo, que retrata el tatarabuelo con exquisita ironía. La novelita se llama, si mal no recuerdo, “La Virgen Luna, los Siete de Urantia y el Dragón Láser”, y la encontrarás en la biblioteca Novatlántica, al final del mismo subterráneo donde una vez hallamos la original Tabla Esmeralda...

-Esa mención de Urantia en el título, supongo –dijo Isabelle Cristal de Risa- ya significa que en esa época el Libro de los Tres Círculos estaba empezando a cumplir la enormidad de su papel, literalmente. Pero, ¿por qué entonces se precipitó el planeta a su destrucción, Beremundo, de todas maneras?

-Repitámonos que no había demasiados ojos para ver ni demasiados oídos para oír. A lo largo de la historia de los hombres todos los mensajes y alarmas parecen llegar mil años después. Esa parece ser nuestra suerte y condición, la de siempre llegar tarde a los acontecimientos del Universo.

-El Señor sabrá por qué.

-El Señor lo sabrá.

-Y, Beremundo, querido primo, bajando un poco a tierra, ¿tendremos tiempo ahora de visitar siquiera uno de los monasterios?

-Se hace tarde, Isabelle, prima queridísima, y me temo que adentrarse entre las ruinas puede traer algunos peligros, como hundimientos, serpientes y escorpiones, y otras alimañas y minucias con agujones que arden bastante. Esperemos mejor a la mañana, y alistemos más en campo abierto nuestras toldas. Estos murallones esconden criaturas de nocturnas costumbres para cuyas picaduras no traemos ungüentos...

A estas alturas de la conversación, la tarde había declinado de manera agradable. Beremundo Cejas de Oso e Isabelle Cristal de Risa subieron un poco hacia las colinas del antiguo barrio llamado de Buenos Aires

(según indicaba un antiguo mapa), y en una pequeña meseta tapizada de hierba rala alistaron sus trebejos de dormir. Prepararon una hoguera con leños suficientes para durar toda la noche, calentaron bebidas y viandas, y cada uno, después de alimentarse, salió por ahí a darse un paseílo digestivo, y a meditar en provechosa soledad. Pues por mucha amistad o creciente o sólido amor que reine entre parejas, la excesiva compañía va llenando de ominoso hastío los corazones y ánimos y creando por esto mismo ánima-adversión entre los individuos. Beremundo Cejas de Oso e Isabelle Cristal de Risa, primos, como sabemos, y amigos del ama desde muy pequeños, y desde su adolescencia compañeros de viaje en las excursiones de la escuela de antropología cósmica de Nueva Urantia, en la Sierra Nevada, habían aprendido a regular de gentil manera la extensión de sus tiempos de compañía, de modo que nunca la presencia del uno hiciérase hostigante o fastidiosa para el otro, y sus regulares alejamientos contribuyeran, en los reencuentros, a acrecentar su sólida amistad. Una amistad que, en el fondo de los dos corazones, esperaba con paciencia por el día en que... Pero no es propio para ellos, ni para nosotros, adelantarse.

Hacia las ocho de la noche, abrigados en gruesas chaquetas, puestos sus gorriones, se encontraban de nuevo sentados junto a la hoguera. Habían levantado sus pequeñas pero cómodas carpas, a manera de bolsas de dormir del antiguo mundo, con algunos beneficios adicionales de calefacción, aire propio que permitía cerrarla herméticamente si fuera necesario, una pequeña lámpara cuyas baterías se alimentaban de la energía nocturna –descubierta por aquella época-, no sabemos qué más. Beremundo fumaba en una hermosa y centenaria pipa, herencia de su tatarabuelo, un poco de tabaco del que también habíanse hallado, asombrosamente frescas, una docena de bolsas en el fondo del enorme baúl de donde entre tantas otras cosas el tataranieto reconstruiría un poco a poco el pasado de Don Beremundo, como solía mencionarlo, respetuosamente.

Carraspeando, tosiendo protocolariamente, dijo entonces Beremundo Cejas de Oso, con voz impostada:

-Ahora sí, querida prima, te voy a leer esa narración del viaje de nuestro tatarabuelo a las islas griegas, concretamente a los monasterios de la Península Calcídica, donde se halla el nunca bien ponderado Monte Athos, etcétera., viaje que hizo Don Beremundo a finales de 1999, y donde pasó la última noche de ese año, cuando la humanidad, enloquecida, creyó entrar a un nuevo milenio lleno de bienaventuranza y que sólo fue el principio de su ruina.

-Después de tan juiciosa introducción no me queda otro remedio que escucharos, oh primo, y adelante, pues, soy toda tuya de oídos.

-Gracias, oh prima, pues me quise traer este manuscrito a nuestro viaje, por encontrar en el suyo propio, de Don Beremundo, unas curiosas coincidencias con el nuestro, su transporte en mula, su llegar a esos extraños mundos del Athos donde, en su época, no se permitía la entrada de mujeres ni de animales hembras, su deseo de explorar, de conocer unos monasterios hasta entonces también cerrados a ojos americanos –no sabemos por qué, bendito sea el Señor- y sobre todo, Isabelle Cristal de Risa, por el bello y singular lenguaje que manejó en ese texto el tatarabuelo, que estaba ya como empezando a volverse místico, meses antes de conocer a Doña Isabelle. Con grandes dificultades, eso sí, he podido descifrar su manuscrito, pues lo que sí era su letra un jeroglífico bastante complicado, además de que el tatarabuelo escribía, según confiesa, siempre con unos vinitos encima. Otra cosa es que Don Beremundo parece un tanto exagerado en la definición de sus supuestos grandísimos pecados, él, que no pasaba de ser un sano empleado de tipografía y diseñador de bellos libros. Puros fingimientos, Isabelle, de escritor de buhardilla. Empezaré:

*“Finales de Diciembre, año 200...”*

*Penínsulas Calcídicas, Grecia la Grande.*

A pesar del fuerte invierno en Europa, digo Europa porque esto es otro mundo, el clima por aquí parece haberse suspendido en una especie de “aquí no cuentan los meteorólogos y sus meteorologías”, el aire es suave como pluma, y reina, si no un agradable calorcillo, sí una como especie de atmósfera de alcoba de niño pequeño, con esa tibieza que sólo las madres saben ponerle a las habitaciones de sus criaturas. Será porque estamos en estas penínsulas, consagradas en ellas todos sus monasterios a la Madre de Dios, y como la Madre, suponemos, considera a todos sus monjes como a sus criaturas dilectas, ¡tanto amor entre ellos y Ella!, el aire se pone así, dispuesto y amoroso como manta para cubrirnos y hacer más agradable el peregrinar. Yo, que no he sido bendito con descendencia, cuánto quisiera ahora poder dirigir esta carta “a mis queridos hijitos, allá en América, para que recuerden a este pobre viejo”, pero, no siendo así, quiero entonces ofrecer una plegaria al Señor, quien me ha permitido llegar hasta aquí, con tantos dolores en piernas, vientre, cabeza y corazón, y dedicar entonces esta relación a mis desconocidos hermanos, a quienes algún día llegará, los ángeles mediante.

“Hermanos, hora será entonces de quitarse vuestro Beremundo su máscara de pecador, sembrador de cizaña, engañoso, cerdo de lujuria, hipócrita, relapso, y confesando así sus numerosas culpas y reprochables crímenes, declarar que de hoy en adelante su cuerpo y espíritu, lo poco que de ellos queden, se dedicarán al uso de las bienaventuranzas y alabanzas del Señor Jesús, Creador de Nuestro Universo, y de su Santísima Madre, María de Nazareth, propósitos que declaro en este mediodía de acero y lana y espejos, acero de los montes, lanas del aire, espejo sin par de las aguas del Athos, transparencia de la mar como semejanza del firmamento en los innúmeros mundos. Así, con el ánimo liviana y los dolores del vicio cada vez más dejándolos atrás, como si cada patada de mi mula los fuera destrozando, voy en ascenso por estos caminos de roca y espinos, hacia mi encuentro con algo que, sin conocer aún, sé que me llenará de los más santos entusiasmos. (-Aquí –observa Beremundo, el lector –hay una página que me fue imposible descifrar, como si estuviera manchada de sangre, o de vino, y sigue:) ... Todavía tan cerca del mar y tan lejos de las nubes, pues nos separan de los picos unos dos mil metros, mi respiración ya delata los excesos de tantos años en las humaredas del haschís y los opiáceos, además de los alcoholes del demonio... Y, si por mis piernas fuera, no resistirían ellas solas cien metros en el ascenso, tan debiluchas se hallan, ¡benditas sean las mulas! El bamboleo de las bestias, a pesar de la brusquedad de ciertas partes del terreno, nos va produciendo, a mí y a mi compañero H., un gentil adormecimiento, que sin embargo, tratamos de combatir con observaciones idiotas aquí y allá, “mirá esos azules, esos verdes!”, “mientras más subimos, más altas se ponen las montañas”, “y más imbéciles nosotros”, “y más calor hace, al contrario del mundo”, “arriba será el infierno, entonces, estos monjes sí que son bien jodidos, amén”, cosas por el estilo, observaciones que sin embargo, entre una y otra, no dejaban de producirnos otros pensamientos más salutíferos. El recuerdo de una vieja lectura de un extraño relato de Boris Zajcev, datado en 1928, donde contaba esta misma ascensión, me creaba un singular movimiento de alma, si el Señor me permite creer que tengo todavía una, un alma en harapos, una alegría que por dentro me llenaba de lágrimas, cómo explicarlo, que sin embargo no alcanzaban a brotar por mis párpados. Él había recordado, de La Divina Comedia, uno versos que decían algo así como “Callados, solos y sin compañía, Nos íbamos uno delante del otro, Como frailes menores van por el camino...”. Y yo me preguntaba, hermanos, si sería que de pronto iba por terminar convirtiéndome yo en monje, yo que tanto amaba los esplendores y decadencias y ruinas de las ciudades occidentales, y quedarían mis huesos en algún lugar de estas montañas... De H., el compañero de viaje, sí podría esperarse algo semejante: había sido seminarista, profesor de teología, postulante en los benedictinos en Medellín, y ahora venía conmigo en este viaje, a estudiar los misterios de los iconos. ¡Pero, yo, criatura mundanal, de puro metido, qué hacía yo en estos parajes plenos todos de la santidad de siglos y siglos, de ascesis, privaciones, pobreza y contemplación! Bueno, aquí me tenéis, hermanos, montado en esta mula, yo

que nunca trepé en tal cabalgadura, como si fuera jinete viejo, rumbo a las alturas. Ahora, ya empezando a ser lejanos, los barquichuelos que nos han traído hasta la costa, los piróscafos... qué bella palabra... Delante de nosotros, los pasos del guía, sabios, precisos, a cuyas pisadas están atentas las mulas para poner ellas ahí también sus cascos, sabiduría animal. Arriba, los bosques y los vientos, las aguilas solitarias, las bandadas de golondrinas. Y en los bosques, los temibles jabalíes... [...] Seis horas después, justo antes de ponerse el sol, llegamos a las puertas del Konaki ruso, residencia del representante de todos los monasterios, quien debía darnos el permiso de visita, previo visto bueno de todos los delegados. Los salones oscuros, perfumes metálicos, incienso, corredores y patios pequeños que agotan la última luz del sol, la comida sencilla: arroz en sopa, alubias, pescado, y un vaso del santo vino. Tal como en el relato de Zajcev, nada había cambiado en cien años... Misterioso detenimiento del tiempo monástico... Ahora, hermanos, no fatigaré demasiado vuestros ojos con esta mala película, hace mucho que mis dedos se niegan a escribir más de tres o cuatro cuartillas sobre cualquier cosa, resumiré para vosotros mi visita a la península, así: la skita o pequeño monasterio de San Andrés, sus patios poblados de jazmines cuyos aromas en las noches embriagan y alucinan; el oro de los iconostasios y de los iconos, oro y azul, colores nocturnos para los cánticos a la Madre de Dios; en las noches, la oración en la profunda oscuridad sólo rota por las lucecillas que alumbran los libros, el coro, la comprensión del sacrificio de estos hombres siempre vestidos de negro que, renunciando al mundo, están más allá de cualquier descripción de sus motivos, más allá de toda literatura, de cualquier justificación escrita: en los monasterios, las pequeñas o grandes bibliotecas no son más importantes que esas grandes colecciones de pulidas osamentas de los monjes que siglos tras siglos se han consumido tras estas paredes: "Recordad, hermanos, que nosotros éramos como vosotros y vosotros seréis como nosotros"; monasterio de Aghiu Panteleimonos: icono de San Pantaleón, el Adolescente Sanador y Consolador, ante quien me encomiendo... "sumergido en un torrente de luz —decía Zajcev— que desciende de lo alto, el joven sobre el mimbre sostiene en la mano izquierda un cofrecillo, mientras en la derecha tiene una cucharilla que termina en forma de cruz. Él mira de frente ante sí. 'Si te duele el alma o el cuerpo, acércate a mí con fe y amor y yo sacaré de mi cofrecillo los medicamentos que necesites'". Ah, bienaventurado Pantaleón, con cuánta esperanza dije mi plegaria entonces ante tu imagen... Y cuánto consuelo me trajiste... Y las preciosas historias de todos esos santos que han hollado estas piedras, estos caminos por donde mis sucios zapatos medellinenses se han atrevido a posarse: San Nilo el Perfumador, que destilaba myron salvador desde el sepulcro... Las campanas que saludaron, ellas solas, al benemérito patriarca de Constantinopla, cuando vino a vivir aquí de incógnito... El ermitaño que conocí, que se alimentaba sólo de higos, la mayor parte del año ya podridos... Juan Kukuzelis, el monje pastor y cantor, cuyas cabras se detenían a escuchar sus cantos, sus barbas al cielo, mudas, extasiadas... Su cráneo se

exhibe, coronado de oro, a la veneración de los peregrinos... Y los hermanos, todos iguales ante la pobreza, superiores y monjes rasos, todos y cada uno de los días la sopa de arroz, el trozo de pan y el trocito de pescado, alubias, y, en los días de fiesta, un vasito de vino. Y esa manera de orar, hermanos, cinco, seis, siete veces al día, a veces en largas sesiones de horas... Más allá todo esto de la vasta incompreensión del mundo, sorprende que esta república espiritual, mucho más que el Vaticano, haya sobrevivido desde el siglo VII, quizás, sin que los azares del mundo externo hayan podido destruirla, a pesar de múltiples invasiones e intentos de arrasarlos. La vida aquí es un poema sagrado, una especie de mantram o conjuro ante el cual retrocede todo enemigo... ¡El Gran Enemigo, cuya presencia se siente a toda hora, y a quien con cuyas oraciones los monjes siempre están teniendo a raya! Y dado que los hombres indiferentes no le interesan porque ya son suyos, el Enemigo tiene desde siempre un interés particular por este grupo de hombres que desde la pobreza, la contemplación y la oración, se han erigido como el último bastión entre El y el Mundo... Gran Lavra de San Atanasio, donde el santo hizo brotar agua directamente de la roca, y todavía sigue manando... Atanasio, el gigante constructor... Vatopieda! El Gran Vatopieda, símbolo del Athos en su excelsitud, casi presuntuoso; el Rosikon, el monje jardinero que no para de reír, alegría de querubín... Tan reidor como el hermano Jesús Antonio, el pintor antioqueño de iconos...

“Muchos días después, hermanos: Tristeza de los nuevos amores desprendidos de la tierra, suspendidos sobre la mar, junto a los acantilados. ¡Pasión y envidia de los monjes negros! Melancolía de las prontas despedidas... Viajar hacia tanto pasado en tan pocos días...Al fin, mientras nuestra barca se deslizaba hacia el sur, silenciosa entre la niebla rosada del archipiélago, *a lo lejos el Athos era de un azul insostenible en la misteriosa corona de los relámpagos...* ¡Gracias a tus recuerdos, Boris Zajcev!” (Athos, Macedonia, diciembre 1999, enero 2000).

Beremundo dejó de leer. A su lado, Isabelle, que se había recostado, dormitaba plácidamente. La noche estaba fresca, no habría necesidad de los sacos y sus complicados mecanismos. Beremundo trajo una manta y abrigó con cuidado a la muchacha, quien suspiró quedamente. El joven, por su parte, encendió nuevamente su pipa y, luego de dar unas cuantas bocanadas, la apagó con unas gotitas de brandy. Hacia el noroeste, Beremundo pudo divisar por un instante unos débiles resplandores, por donde suponía debía situarse el monasterio de los carmelitas. Arriba, en los vastos cielos, Júpiter el Poderoso reinaba entre los reinos más cercanos a la Tierra, Urantia... Y mucho más allá, en las insondables llanuras del éter, las Pléyades saludaron a Beremundo Cejas de Oso con un titilar de sus cien mil estrellas.



Cuando un novelista ordena sus papeles, como lo hace ahora vuestro humilde servidor, siempre se sorprende de la cantidad de azares que confluyen en esta operación. Lo que encuentra Beremundo Transz El Joven, llamémoslo así para no sembrar la confusión en los lectores, que más de uno andará descarrilado, aunque, si hubiera descarrilados llegados hasta aquí no sería tanto el descarrile, ahora, a mediados del siglo XXI, mientras organiza sus documentos en el Centro de Sistemas Urantia 7 de Sierra Nevada, Novatlantis, es, inopinadamente, el recuerdo del viaje que hicieron Doña Isabelle Flor de Llama Luzalondra Deseada y el propio Don Beremundo al monasterio de Santa María de la Epifanía (y ahora los lectores profanos sí que van a tener suficientes motivos de sospecha para pensar que Beremundo se había tornado beatísimo) cercano a la represa de El Peñol, en fecha que no figura, pero que Beremundo juraría poder situar en diciembre de 2001, y que empieza abruptamente, faltan páginas, así:

... “por donde la pequeña carretera veredal subía levemente, apenas sin sentirla, entre bosquecillos de pinos, abetos, cipreses, vegetación extraña para el viejo paisaje pero que había sido allí implantada por los constructores de la represa en el último cuarto del XX. Diez minutos en el jeep, quebradillas, adorables casitas campesinas, y, de pronto, al coronar una colina, el abrirse de un valle inimaginable. Al fondo, contra los bajo montes arbolados que cierran el valle en forma de herradura que se abre sin límites, el monasterio de los benedictinos. Una enorme edificación, de nuevo aspecto, recién construída seguramente, tal vez un par de años, pero con el estilo de los tradicionales monasterios del medioevo: la capilla, hacia el centro, con su campanario, flanqueada por dos grandes bloques sin apenas ventanucos. Al jeep, que se había detenido en la cima de la colina, lo separaban todavía unos doscientos o trescientos metros del monasterio. El caminito, muy cuidado, llegaba hasta el edificio por entre una gran extensión de prados, su hierba cortada al ras con precisión de campo de golf, hasta un aviso que decía: “por favor dejar los vehículos aquí”. Apenas bajados del auto, Sir Héctor y su mujer Doña Patricia, Beremundo y Doña Isabelle, vieron como de la capilla salía, al trotecillo, la pequeña figura, cada vez creciendo más mientras se dirigía hacia ellos, de un monje que prontamente Sir Héctor identificó como “ahí viene el hermano Jesús Antonio, viene como alegre, mírenle la risa”. Unos segundos después el encuentro se había dado: el hermano Jesús Antonio, pintor de iconos, artista del monasterio, había abrazado a Sir Héctor y a Doña Patricia, y saludado discreta pero amablemente a Beremundo e Isabelle. “Qué bueno que vinieron, cómo les fue, ¿no se toparon con los Hunos?”, “No, hermano, gracias a Dios”, “pero, bueno, vamos para dentro, ¿se van a quedar un rato?”, “Sí, hermano, nos vamos a quedar para las vísperas”, “Mucho mejor todavía, qué alegría, bienvenidos”. Entraron. En uno de los bloques laterales, por una puertecilla que apenas se notaba, el hermano Jesús Antonio les ofreció una taza

de café, que todos aceptaron, mientras el hermano los conducía a la sala de visitantes; una habitación pequeña, sin un adorno, sólo una mesa cuyo tablero era un mosaico bizantino, de piedras de colores (obra del hermano Jesús), una ventana por donde penetraba el sol de las tres, varias sillas. “Les voy a traer los iconos”, dijo el hermano, “creo que tenemos tiempo de verlos todos antes de las vísperas, pero no se vayan a burlar que todavía no los tengo terminados, y además esos hongos que les dieron a algunos, qué pesar...”, “No se preocupe, hermano”. (La visita al monasterio había sido planeada, explica aquí Beremundo, para ver una serie de iconos que el hermano Juan Antonio estaba pintando para hacer una exposición en la Biblioteca Pública de Medellín, donde Beremundo tenía algunos amigos). El hermano salió, todo risas, todo alegría, a traer los iconos de su taller, “no los puedo llevar allí porque no está permitido, el taller queda en la clausura...”, y a poco volvió con un pesado paquete, que empezó a desenvolver, despacio, mostrando cada una de las obras, y acompañando cada una con un recitativo, como cantando, de memoria, misteriosas frases de los monjes de hacía mil años. Una singular ceremonia a la que todos asistían con recogimiento y sorpresa, mayor en Beremundo e Isabelle, porque Sir Héctor y Doña Patricia ya estaban acostumbrados a esta clase de revelaciones, aunque, siempre, dirían después, aprendían adorables novedades:

*“Salvador Aqueropita, siglo XVI:* El Verbo, tomando carne, se ha mezclado con el hombre y ha asumido en sí nuestra naturaleza, para que lo humano sea deificado sin confusión con Dios: la base de nuestra naturaleza ha sido completamente santificada por Cristo, primicia de la creación;

*No Lloréis sobre mi Madre, 1570:* El árbol de la cruz es para mí planta de eterna salud: de él me alimento, con sus raíces me enraízo y con sus ramas me dilato; su rocío es mi gozo y su susurro me fecunda;

*Salvador entre las Potencias, siglo XV:* Adherirse a Aquel que ya no muere es hacerse inmortal;

*Resurrección, siglo XVI:* Dios, la plenitud absoluta, ha dado a las criaturas la existencia para que sean felices participando en su semejanza, y para alegrarse él mismo por la gracia de sus criaturas mientras acogen inagotablemente al inefable;

*Madre de Dios, Piedra Arrancada del Monte no por Mano Humana, siglo XVI:* Cuando vea que con toda la pureza del corazón te confías a El más que a ti mismo entonces una fuerza desconocida vendrá a habitar en ti. Y sentirás con todos tus sentidos el poder de Aquel que está contigo;

*Madre de Dios de Vladimir con Fiestas, siglo XVI:* El amor es más dulce que la vida. Más dulce todavía, más dulce que la miel, es el conocimiento de Dios del que nace el amor, El Amor es hijo del conocimiento. Señor, llena mi corazón de eternidad;

*Madre de Dios Más Honorable:* ¿Qué es, brevemente, la pureza? Es un corazón compasivo por toda la naturaleza creada. Y, ¿qué es un corazón compasivo? Es un corazón que arde por todo lo creado;

*Madre de Dios con la Trinidad y los Santos:* Todos nosotros que somos seres humanos somos imagen de Dios. Pero ser semejanza suya es propio solamente de los que, con gran amor, han vinculado a Dios a su voluntad;

*Madre de Dios del Signo, siglo XVI:* El alma buscada por Dios es ya pura mirada;

*Madre de Dios de la Zarza Ardiente, siglo XVI:* Velará tu creación para salmodiar con los ángeles. Que mi sueño esté siempre habitado por tu presencia;

*San Juan Bautista con escenas de su vida, siglo XVI:* ¿Qué es el conocimiento? Es el sentido de la vida inmortal. Y, ¿qué es la vida inmortal? Sentir todo en Dios;

*El milagro de San Jorge y el Dragón, siglo XVI:* El fuego escondido, sofocado bajo las cenizas de este mundo, inflamará e incendiará divinamente la corteza de la muerte. El interior escondido cubrirá completamente el exterior aparente;

*San Nilo de Stolbensk, siglo XVII:* No conviene dudar del hecho de que el mundo entero deba a las oraciones de los monjes el subsistir todavía;

*Veneración de las cadenas de San Pedro Apóstol, siglo XVI:* Tu amor me ha herido y yo camino cantando;

*San Basilio el Bienaventurado, siglo XVI:* Los que humildemente optan por lo que para el mundo es locura contemplan claramente la sabiduría de Dios mismo;

*Al Séptimo Día Dios Cesó Su Trabajo, siglo XVI:* La imagen no se encuentra en una parte de la naturaleza del hombre; la naturaleza en su totalidad es icono de Dios...

Así había mostrado los cuadros, los iconos, sin interrupción, cantando con alegría suprema y conmovedora el hermano Jesús Antonio, y terminando con un sencillo “eso es todo, muchachos, ¿les parecieron muy feitos, cierto?”, a lo que Isabelle Cristal de Risa se adelantó a contestar en nombre de todos: “¡Divinos, Divinos, Divinos, hermano!”. Todos estaban (estábamos, dice el original) trastornados de pies a cabeza, un cosquilleo de electricidad recorría los cuerpos, el desfilar de todas esas imágenes esplendorosas, relampagueos de color, de oros y violetas y azules y verdes y transparencias y veladuras había dejado en los ojos la más amplia visión de la iconografía monástica, si se nos permite la palabra, bañados en luz divina. Anonadados, sin apenas decir palabra nadie, sino sólo el pecador Beremundo que atinó a pronunciar, “hermano, será la exposición más bella que se haya hecho en la Biblioteca, si Dios quiere”, “no diga esas cosas, no sea mentosito”, respondió el hermano, “oigan, ya están tocando para las Vísperas, tengo que ir a prepararme, ¿nos vamos?”, Salieron, y Doña Patricia y Beremundo se fumaron afuera, mirando el valle, dos cigarrillos. No sabían Beremundo ni Isabelle lo que les esperaba todavía. Dispuestos, con unos pocos peregrinos que también habían llegado, en las bancas de la capilla, más grande de lo que pensaron en principio según se apreciaba desde afuera, sus corazones dieron tres vueltas de campana cuando los monjes fueron entrando entre nubes de incienso y el cántico “Los pastores llegaron a Belén... Y encontraron a María y a José...” Lo que siguió, fue para Beremundo e Isabelle, como de seguro para todos, el éxtasis total, la confirmación de la Presencia Suma del Santísimo. Entre cantos de una extrema dulzura transcurrió la ceremonia, Beremundo, Isabelle, Doña Patricia y Sir Héctor bañados en lágrimas, que fluían como arroyos desde las profundidades y oscuridades del alma...

Horas después, en la cabaña de Sir Héctor y Patricia, ya más repuestos de la conmoción y después de una ligera comida, los cuatro se encontraban sentados en esterillas en el antejardín. Abajo, a unos pocos metros, las aguas de la represa susurraban tranquilas mientras los grillos estridulaban sus llamados de amor. La noche, majestuosa, se ofrecía desde todos los rincones del universo, constelaciones, estrellas solitarias, planetas, eran todo un silencioso canto al Creador. “La música de las esferas”, dijo Sir Héctor, “de la que ya

habían hablado los matemáticos griegos”, “Y pensar que los astrónomos, con el telescopio Hubble, ya descubrieron que nuestro universo se mueve, viaja, entre los restos de un universo mucho más viejo que éste, y no han podido atreverse a declarar que el Cosmos es más antiguo de lo que mente humana pueda imaginarse...”, “oficialmente tienen que quedarse en la teoría del Big-bang, para no infundir pavor en los humanos”, “y no habrán leído el Libro de Urantia”, aventuró Isabelle, “Seguro que lo han leído, pero como no tienen cómo comprobarlo, pobres científicos, sólo pueden creer en lo que les dicen sus primitivos instrumentos... Fíjate que, en el Libro de Urantia, se nos informa que la ordenación de nuestro pequeño universo local, éste en el que estamos, empezó hace 990 mil millones de años, bajo la dirección del Hijo de Dios que nos correspondió... Los telescopios nuestros apenas van recogiendo luz de hace 15 mil millones. Pobres científicos!”, “Sí, pobres...” “¿Nos tomamos un vinito?”, “Brindemos a la gloria del Señor de los Cielos, y a nuestra pequeñez, que no merece reconocerlo”. Y los cuatro brindaron a los siete susperuniversos, y un vientecillo cálido pareció abrigoarlos mientras las nubes empezaban a cerrarse y las aguas se iban cubriendo de neblina.

Hacia el amanecer, Beremundo soñó que iba a hacer el amor con Simonetta Vespucci, la eterna modelo de Botticelli: mamaba sin fatigarse de sus senos de mandarina, hasta que descubrió, allá abajo, que ella tenía un pequeño pipí. Era hermafrodita. Despertó. Le contó el sueño a Isabelle. Se echó a reír, pero muerta de los celos...

- Tu quijada, besos, besos.
- Tu vértebra atlas, besos, besos.
- Tu testera, besos, besos.
- Tu maxilar, besos, besos.
- Tu pescuezo, besos, besos.
- Tu cúbito, besos, besos,
- Tu brazuelo, besos, besos.
- Tu menudillo, besos, besos.
- Tu crin, besos, besos.
- Tu omóplato, besos, besos.
- Tu cruz, besos, besos.
- Tus costillas, besos, besos.
- Tu lomo, besos, besos.

-Tu radio, besos, besos.  
-Tus riñones, besos, besos.  
-Tu columna, besos, besos.  
-Tu grupa, besos, besos.  
-Tu pelvis, besos, besos.  
-Tus ancas, besos, besos.  
-Tu fémur, besos, besos.  
-Tu flanco, besos, besos.  
-Tu tibia, beso, besos.  
-Tu corvejón, besos, besos.  
-Tu calcáneo, besos, besos.  
-Tu espejuelo, besos, besos.  
-Tu rótula, besos, besos.  
-Tu caña, besos, besos.  
-Tu tarso, besos, besos.  
-Tu cuartilla, besos, besos.  
-Tu metacarpo, besos, besos.  
-Tu corona, besos, besos.  
-Tus labios, besos, besos, besos.  
-Tus labios, besos, besos, besos.

Eran, por supuesto, Beremundo e Isabelle jugando a ser el caballo y la yegua. Y después, en la oscuridad:

-De dónde venimos y a dónde vamos, Beremundo.  
-Venimos de Dios, y hacia Él derivamos, Isabelle.  
-Por qué.  
-Sólo Él lo sabe.  
-Será Dios como un fuego, como una onda.  
-Será como un torrente, como un mar.  
-Como tornado será Dios, y como calma.  
-Y como llama fría, como hielo solar.

-O como un viento.

-O como una montaña.

-De pronto será Dios como un vacío.

-O como todo lo que llena el mundo.

-Tengo miedo, amor.

-Ya no tengas miedo más.

-Por qué.

-En Dios no reposa el temor sino el amor.

-Pero los sufrimientos de la vida, la muerte de los amores, ya ves, mi primer amor murió.

-Y otro amor ha nacido, y está vivo.

-Y siempre será así, nacer y morir de amores.

-Siempre será, naciendo y muriendo y volviendo a nacer.

-Si te me mueres yo también me iría, ya no soportaría una segunda muerte.

-Deja que la vida nos lleve en suavidad, como río de llanura.

-Si por una fuera, pero hay tempestades, y diluvios, y volcanes.

-Déjalos que vengan, déjalos pasar.

-Y podremos ser felices, en la vida.

-Sólo se puede ser feliz a cada instante, un segundo a la vez, la vida es demasiado larga para aspirar a tanto, ahora estamos en esta paz de ángeles y estrellas, y mañana podrías declararme la guerra, sin tú saber muy bien por qué, o sin saber nada siquiera. A veces, cuando entre un hombre y una mujer reina una felicidad muy profunda, hay que prepararse para el llanto y el crujir de dientes. Aunque a veces, Isabelle, se ven unas paradojas. Yo tenía un amigo cuya mujer vivía furiosa, lo que se llama "un mal genio" terrible. Y este amigo decía: "Cuando mi mujer amanece feliz siento que es hora de preocuparme".

-Alguna vez me has visto furiosa, Beremundo.

-En esta novela, no.

-O en otro sueño.

-Tampoco, lo que me lleva a preguntarme otra vez, si en esta parte de la novela estamos en el sueño, o estamos en la realidad. Cuando tú viniste, venías del sueño. Pero después viniste a tocar a mi puerta. ¿De dónde vienes, Isabelle, y por qué has venido a mí?

-Estás hablando como hablaban en la Biblia, Beremundo. Mira, los hombres nunca sabrán de dónde venimos las mujeres, ni por qué los escogemos, cuáles serán nuestros propósitos. Los hay los muy

machistas, que dicen que somos de otra especie, venidas de otro planeta, y nuestro único fin es perpetuarnos, y que para eso utilizamos a los hombres, valiéndonos de su esperma, y que la prueba es que por cada siete mujeres sólo nace un hombre, dicen los estadísticos, que son todos hombres. Ahora, hace poco, creí soñar que leía o escuchaba la historia de nuestros futuros tataranietos, donde ellos a su vez leen la historia que tú escribiste de cuando fuiste al Monte Athos, me estoy enloqueciendo, Beremundo, ¿cuándo fuiste al Monte Athos?, donde no dejaban entrar mujeres ni animales hembras. Bueno, ¿y a los monjes quién los engendró?, ¿y dónde están sus madres?, ¿se parieron ellos mismos, acaso? ¿Alguna explicación?

-No sé a qué te refieres con lo del Monte Athos, pero sí creo recordar que el asunto de la prohibición de la entrada de mujeres a esa península macedónica data de cuando la emperatriz romana Galla Placidia, en el siglo V, en un viaje desde Roma a Constantinopla quiso visitar el monasterio de Vatopieda. En aquella época todavía no existía el veto para las mujeres, pero cuando entró por las puertas laterales de la iglesia de la Anunciación, la voz misteriosa de la Madre de Dios la detuvo, prohibiéndole la entrada. La emperatriz cayó a tierra y se puso a rezar, pero no entró. Y más tarde ordenó representar en aquel lugar el rostro de la Madre de Dios. Desde entonces rige la prohibición. Los teólogos han interpretado esto como que, en la persona de la emperatriz, fue impedida la entrada de Occidente a los monasterios, de claro origen oriental... Otro dato curioso en que, en esos monasterios del Athos, y en toda la iglesia ortodoxa, no se refieren nunca a María como la Virgen, como nosotros en Occidente. Sólo le dicen "la Madre de Dios"...

-Y ¿de dónde, mi señor Beremundo, sacó usted todas esas informaciones?, usted, tan mentirosillo, como escritor, ¿no me estará ofreciendo casco de rinoceronte por oreja de elefante?

-Lo poco que sé o recuerdo lo aprendí en las historietas, Isabelle; en los años sesentas, además de publicarse esas inolvidables colecciones de pistoleros, enmascarados, tarzanes, caricaturas, parecía haber alguna fundación que difundía leyendas de la Biblia, y de todo el mundo, de donde creo haber conservado ese recuerdo de la emperatriz. En verdad en verdad os digo, Isabelle, para afirmarte en tu afirmación, como hablando de una manera sacerdotal, que se aprendía más en esas historietas que en todos los libros graves de los adultos. Mira, Isabelle, que uno mismo, después de devorarse todos los supuestamente indispensables clásicos de la literatura universal, al llegar a la famosa edad madura, que nunca he podido conocer pero que dicen empieza a los veinticinco, uno mismo no pudo manejar nunca su vida aplicando las experiencias que debió haber aprehendido en tan famosas lecturas. A mis cuarentaisiete años, Isabelle, para sintetizar mi desconsuelo, puedo declarar que he perdido mi tiempo y mi vida en la busca del proustiano tiempo perdido, y que sólo en tu presencia y cuerpo florido espero



el definitivo aprendizaje de lo que llamaría “el aspecto terrenal” de la existencia. En cuanto a lo metafísico, querida, ya ves lo que nos está pasando: El Señor Creador del Universo nos espera, mientras discutimos por cuál agencia de viaje tendríamos que llegar a Él. Como decía la frase de John Lennon: La vida es lo que transcurre allá afuera mientras adentro nos la pasamos haciendo planes... Ahora bien, en cuanto a lo del casco de rinoceronte, dicen que, bien frito, y luego sumergido en un buen caldo, es tan apetitoso como las orejas de elefante. Ustedes, los habitantes de la provincia siria de Antioquía, ¿no se mueren acaso por las patitas de cerdo con frijoles?

-Hablando de otras cosas, Beremundo, ¿Qué vamos a hacer mañana?

-Ay, mujer, cuando despertemos, primero veremos si llueve o hace sol. Entonces lo sabremos.

Y, en efecto, lo supieron.

\* \* \*

Estas son las frases misteriosas que Beremundo e Isabelle hubieran debido pronunciar después ante el pueblo, si la misteriosa nave brotada del lago los hubiera secuestrado durante siete días y siete noches, y luego los hubiera vomitado en el malecón, hablando en cinco lenguas simultáneamente para sorpresa de los circunstantes. Igualmente misterioso y sobrecogedor es el hecho de que todas estas frases se encontraban en el llamado “Libro de Secretos de Nag Hammadi” que Beremundo le regaló a Isabelle en su cumpleaños y que todavía no han podido leer (y no necesitarán leer nunca) por haberse quedado dormidos después de hacer el amor, la más sagrada de las ocupaciones. Pero, en el sueño, Beremundo e Isabelle se encuentran a si mismos en una enorme plaza, ante una multitud, predicando las frases del libro. Y lo que dicen, con la graciosa venia de los ángeles lo reproducimos aquí, como explican en la televisión, “por considerarlo de interés general”:

Beremundo: “El que encuentre la interpretación de estas palabras no gustará la muerte”.

Isabelle: “El Señor realizó todo en un misterio: un bautismo, y una unción, y una eucaristía, y una redención, y una cámara nupcial”.

Beremundo: “La cámara nupcial no es para las bestias, para los esclavos, ni para las mujeres sucias, sino que es para los hombres libres y las vírgenes”

Isabelle: “No hay nadie que pueda saber cuál es el día en que el hombre y la mujer se unan, excepto ellos mismos. En efecto, es un misterio el matrimonio del mundo para los que han tomado esposa. Si el matrimonio de la suciedad está oculto, cuánto más el matrimonio immaculado es un misterio auténtico. No es algo carnal sino que es puro. No pertenece al deseo sino a la voluntad. No pertenece a las tinieblas ni a la noche, sino que pertenece al día y a la luz.

Beremundo: “Si un matrimonio se manifiesta, se convierte en impureza, y la esposa comete una impureza, no solamente cuando recibe el semen de otro hombre, sino incluso cuando abandona su cámara de dormir y es vista. No debe mostrarse más que a su padre y a su madre y al amigo del novio y a los hijos de la cámara nupcial. A éstos les está permitido penetrar todos los días en la cámara nupcial, pero los otros no pueden desear más que oír su voz y gozar de su perfume, y pueden desear alimentarse de las migajas de pan que caen de la mesa, como los perros. Los novios y las novias pertenecen a la cámara nupcial. Nadie podrá ver al novio y a la novia, a no ser que también se haga novio a su vez”.

Isabelle: “Si uno se hace hijo de la cámara nupcial, recibirá la luz. Si uno no la recibe mientras esté en estos lugares, no podrá recibirla en otro lugar. El que reciba esa luz, no podrá ser visto ni tomado y nadie podrá afligirlo, aunque esté en el mundo, ni tampoco cuando deje el mundo. Ha recibido ya la verdad en las imágenes. El mundo se ha hecho eón, porque eón es para él el pleroma. Y esto es de la manera siguiente: se le manifiesta sólo a él; no se ocultó en las tinieblas ni en la noche, sino que se disimuló en un día perfecto y en una luz santa”.

Beremundo: “Dios no dio sus vasos para la perdición y la corrupción: en lo que a tí se refiere, era menester, ya que creíste en mí, que no mancharas a mi virgen; debes reconocerla como a hermana tuya, porque yo soy para vosotros dos un espíritu único”.

Isabelle: “No hay pecado, sino que vosotros hacéis el pecado cuando obráis según la naturaleza del adúltero que se llama pecado. Por eso el bien ha venido en medio de vosotros hasta en lo que constituye toda naturaleza, para restaurarla en su raíz”.

Beremundo: “Por eso os habéis puesto enfermos, y por eso moriréis, puesto que lo que hacéis os extravía. ¡Que lo comprenda quien pueda! La materia da nacimiento a una pasión desordenada, ya que

proviene de una contra-naturaleza. Entonces sobreviene una turbación de todo el cuerpo. Por eso os digo: ¡Portaos bien! Y si sois desordenados, ordenaos en relación con las diferentes especies de la naturaleza”.

Isabelle: “El que busca, que no deje de buscar de buscar hasta que encuentre, y cuando encuentre se verá turbado, se maravillará y reinará sobre el todo”.

Beremundo: “El anciano saciado de dudas no vacilará en preguntar a un niño de siete días sobre el lugar de la vida, y vivirá, porque muchos de los primeros serán últimos y llegarán a ser uno solo”.

Isabelle: “Conoce lo que está delante de ti, y lo que está oculto se te revelará; porque no hay nada oculto que no se manifieste”.

Beremundo: “Si un ciego guía a un ciego, los dos caerán en un hoyo”.

Isabelle: “Dichosos los solitarios y los elegidos. Porque encontraréis el reino, pues habéis salido de él y volveréis de nuevo a él”.

Beremundo: “He echado un fuego sobre el mundo y he aquí que lo miro hasta que el mundo arda”.

Isabelle: “Si os dicen: ‘¿De dónde venís?’, decidles: ‘Hemos venido de la luz, del lugar en donde la luz nació de ella misma; ella se levantó y se reveló en su imagen’. Si os dicen: ‘¿Quiénes sois?’, decid: ‘Somos sus hijos, y somos los elegidos del Padre viviente’. Si os preguntan: ‘¿Cuál es el signo de vuestro Padre que está en vosotros?’, decidles: ‘Es un movimiento y un descanso’”.

Beremundo: “¡Sed transeúntes!”.

Y Beremundo e Isabelle, sin haber leído el Libro, escucharon y pronunciaron -mientras dormían- estas palabras con los oídos de su corazón y con la boca de sus ojos, y cuando despertaron, vamos a decirlo nuevamente, supieron lo que habrían de hacer.

-“Un día perfecto y una luz santa”, dijo Beremundo, apenas levantado, cuando se asomó al balconcico. Y después los dos se fueron por esas calles.

\* \* \*

Hacia 2020, años después de la tristemente célebre plaga de la Sequedad Instantánea, cuando todos los ríos y lagos del país se hubieron restablecido a sus antiguos caudales y volúmenes, vivía a orillas de la antigua represa del Peñol, en Guatapé, en una rústica cabaña a sólo cincuenta metros del soberbio monolito, una singular pareja. Era, en efecto, la misma cabaña en la que años antes habían habitado Sir Héctor y Doña Patricia, nuestros invitados páginas atrás, y que ahora ocupaban definitivamente su adorable casita de Santa Elena. El hombre, alto y barbudo, y la mujer, delgada, fina, los cabellos de ambos empezando a ser besados por el platino de la madurez. Y tres enormes perros, descendientes sin duda de un cruce con leones, tal era la magnitud de su rojiza pelambre y la fortaleza de sus miembros. La represa como tal, para servicios de generación de electricidad, había dejado de cumplir sus funciones desde los casi olvidados tiempos de los Hunos y los Ogros, habiendo aprendido los supervivientes a servirse a las mil maravillas de la energía solar, mediante sencillos procedimientos que todavía no nos es dado divulgar en estas notas. El hombre y la mujer, que como habréis adivinado no son otros que Beremundo e Isabelle, se trasladaban en sus bicicletas algunos días de la semana a la pequeña población, Guatapé, a brindar por la mañana, en la escuelita, la instrucción de poesía y de pintura a una docena de alumnos de entre los siete y quince años. La economía, por aquel entonces, había derivado básicamente en un ágil sistema de trueques, (“el eterno retorno de lo mismo”, decía Beremundo), que permitía no sólo el sustento esencial de los individuos sino también su provisión de ese otro tipo de bienes que podrían considerarse placenteros o de alguna manera “inútiles” en el sentido práctico. Isabelle, que por su condición de pintora y escultora necesitaba más “materiales”, había logrado hacerse a un buen depósito de óleos, acuarelas, pinceles, arcillas y yesos, ceras, y los metales nunca le faltaban, ya que sólo bastaba bajar a la carretera a tomar de aquí y allá, entre restos de automotores, lo que fuera necesitando (los motores de combustión no funcionaban en la Nueva Atmósfera, cosa que tampoco habrá de explicarse aquí). Y en cuanto a Beremundo, para su arte de escritor sólo precisaba de frascos y frascos de tintas, haces de plumas y resmas de papeles, de los que también tenía un gran acopio. Los principios de aquella época neo-artúrica no podían ser mejores. La cúpula de paz que había descendido sobre el mundo, como preludio o preparación para el oleaje del Conocimiento, había traído así mismo esa clase de luz fraterna y suave calidez de los días, tibias frescuras de las noches, en todas las latitudes, donde las viejas y rigurosas estaciones parecieron haberse congraciado en una bienaventurada sucesión de dichas. Y Beremundo e Isabelle, dueños de sus almas y de su mutuo amor, veían pasar los días entre el trabajo de instrucción, afuera, y sus propios oficios en su hogar, escribiendo, pintando, paseando

los perros, la Providencia no los había bendecido con descendencia, y explorando en la noches, con un telescopio, la vastedad del cielo. Si alguna vez se habían amado desenfrenadamente, como corresponde a los amores jóvenes, en esta segunda o tercera época de su relación las pasiones corporales habíanse tornado, sin dejarlas del todo, una amistad sin límites. Y cuando sus cuerpos y corazones así lo pedían, bastaba una sola mirada de uno de los dos para llevarlos a internarse en el bosquecillo, donde, al rumor de las ondas del lago, habían construido una mágica “casita para tomar el té”, siguiendo los clásicos modelos japoneses del siglo 17. Un jardín con su sendero de ricos extravíos, con grandes piedras cubiertas de musgo, flores aquí y allá en exquisito desorden, una fuentequilla cantarina, una escultura en bronce de Isabelle que representaba un antiguo mito de la provincia, la “Madremonte”, llevaba finalmente al pabellón de té: una casita de ensueño, de apenas tres por tres metros, con su pequeña puerta “para enanos”, decía Isabelle, puerta de tan reducidas proporciones para acogerse al antiguo canon que exigía, a quienes entraban a las casitas, agacharse como una muestra de humildad. En el interior, tres esterillas sobre el piso, con buen número de cojines, al lado de las tres paredes laterales, eran el único mobiliario, alrededor de una mesa baja, o, más bien, un grueso tablón que fungía como soporte para el servicio, algunas veces, del té, algunas veces de los vinos y tabacos y hierbas perfumadas. Tres ventanas circulares, una en cada pared, con vidrios de colores, daban la impresión de que era aquella una casita de cuento, como de Hansel y Gretel pero de una bruja buena. El techo de paja, muy inclinado, contribuía al singular efecto. Y allí, era, entonces, donde Beremundo e Isabelle celebraban las ceremonias de su amor, casi siempre al caer de la tarde, mientras el sol echaba sus últimas miradas sobre las aguas y las pícaras estrellas empezaban a asomarse contra el bruñido azul. Y cuando Madame Luna andaba por ahí, las fiestas del amor sí que eran bien completas.

-Según los antiguos, si el amor no era extraordinario y la pasión brutal, entonces no valía la pena... — decía Isabelle una tardecita, después de que ella y Beremundo hubieran gozado mutuamente. Estaban sentados a la orilla del lago, una caña tendida, esperando a la bendita trucha que les serviría como parte de su cena. Beremundo preparaba una pipa de finas hierbas.

-Pues no siendo nuestro amor extraordinario, pues de él no habríamos de presumir siendo regalo de Dios y de sus ángeles, y nuestra pasión por fortuna no brutal mas sí tan llena de tu querida inteligencia y de las confortaciones de tu belleza, oh Isabelle, y de lo poco que pueda yo aportar en el asunto, tan mucho ha valido la pena que basta mirarnos en este momento, tus ojos en los míos y viceversa, para atrapar en esos espejos naturales la contestación mejor a ese decir antiguo. Porque sería mi desgracia mayor que en

cualquier instante ya no estuvieras en esta vida mía, como que la iluminas y dulcificas. Y de mi parte, plázcale al cielo lo que yo puedo con torpeza brindarte, y que con tanta gracia y gentileza me recibes.

-Ay, mi Beremundo –dijo Isabelle –único hombre de entre mis hombres soñados que tornose carne y mundo, pues deberías recordar que tú naciste para mí en un sueño, así como de manera semejante lo fui yo para vos y para mi dicha –Isabelle hablaba mezclando deliciosamente los tratamientos del “tú” y el “vos”-, de tan sabia manera habéis expresado vuestro pensamiento, que es también el mío, que si de tales torpezas y saberes estuviera colmado el mundo hace ya mucho tiempo hubieran venido por nosotros nuestros tutores... -Suspiró ella desde lo más profundo. –Beremundillo, amor, ¿cuánto tiempo más antes de que nos embarquemos hacia el centro del Universo...?

-Parece –dijo Beremundo-, que mientras más deseamos que vengan por nosotros, mucho más se demoran los singulares transportes. Desear el Viaje nos sujeta más a la tierra y sus deberes, mientras que aquellos que viven como brisa, en levedad, sin objetar apenas nada de sus trabajos, son de pronto arrebatados de entre nosotros: un día están, y luego ya no más, y la corriente del olvido los arrastra... Y, esas vidas que a ojos de tantos pudieron parecer pequeñas, ¿no podrían ser acaso modelos puestos allí ante nuestros ojos, para imitarlos? El tesorero de la tipografía trabajó allí 26 años, un día tras otro, y jamás le escuchamos una queja, y siempre estaba allí por las mañanas antes que todos. Vivía solo, nunca se le conoció familia, y un día, al tercer día de salir a sus vacaciones, lo encontraron dormido para siempre en su apartamento. ¿Una vida simple? ¿Un humano más y luego menos? ¿Quién podría juzgarlo? Nos abrimos a la vida como flores, y como flores a la muerte nos cerramos, para despertar en las segundas mansiones, los mundos de estancia, mientras nos asignan el siguiente turno... De este modo, Isabelle, ¿de que podemos impacientarnos aquí abajo? Lo que nos parece duración aquí en la Tierra no es más que un papirotazo, un pestañeo, como decía el francés, “un relámpago entre dos eternidades”. Y ya no te digo más, que a veces me sorprendo hablando como un devocionario de tercera, y veo venir tus bostezos al galope...

-Ciertamente, padre Beremundo, y a fe mía –dijo Isabelle, burlona–, que estáis hablando como predicador contratado en pueblo para la Cuaresma, que ya se acerca de nuevo, pero también, en medio de toda esa trascendencia, que a tantos nos asusta, palabras tales siempre han tenido en mí la virtud de despertarme deliciosos cosquilleos. En los funerales de amigos o familiares, siempre me acuerdo de una frasecilla de Ada, la de Nabokov: “Uno pierde su inmortalidad cuando pierde su memoria. Y si desembarca en

la Terra Coelestis, con la almohada y el orinal, no encuentra la compañía de Shakespeare, ni siquiera de Longfellow, sino la de cretinos y guitarristas”.

-¡Ah, el virtuoso Nabokov! —exclamó Beremundo, que se sabía de memoria no pocas decenas de citas del ruso, a quien el Larousse extrañamente declaraba “norteamericano”. —Para remachar tu querida memoria permíteme el turno con otra de sus frasecitas, que me viene al pelo, Isabelle: “No acierto a comprender por qué hablo en esta página como si tuviera cien años, y en la siguiente como si tuviera quince”. Por otra parte, no habría que aspirar a la compañía de tan altos bardos en la eternidad, Isabeluna — dijo Beremundo. —Tal vez en la época de Nabokov, él, que era tan exigente y aristócrata, no encontrara guitarrista alguno digno de hallar en las salas cortesanas del infinito. Pero ahora, con la floración de que hubimos tanto lujo a fines del 20, ¿no sería maravilloso encontrarse allí con una serenata de Clapton o de MacLaughlin, de Sting o de los Moody, o de un pianista de segunda como Wakeman, o de tantos otros que llenaron de armonía y humo nuestra lejana juventud, es decir, mi juventud, oh pequeñuela? Con el mayor de los gustos me ofrecería para cargarles sus instrumentos, de nebulosa en galaxia...

-Ay, mi Beremundo —dijo Isabelle, —soñemos y soñemos con ese futuro tan lejano, tan lleno de músicas, a ver si algún día nos toca... Los ángeles, en sus libros, dicen que la música que hemos logrado componer en la tierra, la más alta, la más solemne, la más divina, no es ni la sombra de lo que puede escucharse por allá, en esas esferas... Por allá deben de tener a Mozart de aprendiz, afinando pianos...

-¡De seguro! ...Algún día, Isabelle, algún día, nos encontraremos en uno de esos conciertos cósmicos, ya no seremos sino leves sombras radiantes de lo que somos ahora, pero nos vamos a reconocer con estos ojos que para entonces serán tan distintos. Y como somos tan llorones, tú y yo, lloraremos...

-Y quiera el Señor soportar nuestros lloriqueos de alegría, que se escucharán amplificadas en los estadios de las Pléyades...

-Pero, ¿sabes qué, Isabelle?... A veces, y esto me sea disculpado, no quisiera que hubiera ese más allá... El infinito cansancio del ser me posee y sólo quisiera yacer, después de ido, como un pedruzco, un montoncito de tierra, una raíz seca, una hoja que se disuelve bajo la lluvia. Si aquí ya tuvimos ese atisbo de eternidad, ese presentimiento que nos abrumba, ¿para qué querríamos verlo cumplido? ¿No será demasiado para nuestras pequeñas psicologías de monos recién bajados del árbol? Y que nos digan que el aprendizaje

dura miles de siglos... ¡Santa impaciencia y tenaz desaliento! Muchas noches, Isabelle, le digo al Señor en mis penumbrosas meditaciones: “Ya tuve tu chispa dentro de mí, no ardió como tú querías, no fui capaz, te la devuelvo... ¡Una tan poderosa llama, y yo tan débil y flacuchento para portarla!” Gran tentación de la Nada, tan deseable como la perennidad...

-En cuanto a nosotras las mujeres, Beremundo, a casi todas les bastaría la perduración en los hijos. ¡Somos tan poquita cosa, y tan vanidosas! Con lo que me dices, quisiera dormirme junto a ti el día que te toque el turno, volvernó viento, soplar un poco, perdernó. Mira ese petirrojo perdidito, a esta hora, de rama en rama, sin conciencia de sí mismo, tan alegre y saltarán... ¿No habrá manera de volvernó pájaros, si queremos, en vez de almas infinitas? ¿Nunca tendremos los humanos respuestas en qué apoyarnos? Así no habría tanto mal, tanta quejumbre.. Pero los Superiores saben lo que hacen... Hoy parece que no van a picar... ¿Nos vamos a hacer la comida, Beremundo?

Y en ese momento una trucha brilló como un bumerang metálico sobre el agua. Había mordido el anzuelo y ahora tiraba del sedal, desesperada. Esos eran los momentos en que Isabelle y Beremundo se sentían poderosamente poseídos de una compasión total por las criaturas, y, rápidamente, con un simultáneo conjuro, “bendita seas, trucha, desde el cielo, a quien le agradecemos tu presencia”, tiraban del hilo y sacaban el animalito a la orilla. Siempre Isabelle dejaba escapar unas lágrimas mientras cesaba todo movimiento en el pez. El de ahora se trataba de un hermoso ejemplar, que alcanzaría para cena y desayuno. Contemplado por el ojo del animalito, ya quieto para siempre... al momento, Beremundo le dio fuego a la pipa y una nubecita de profundas esencias los envolvió. Dos o tres bocanadas bastaron a cada uno para entrar en perfecta y agradecida sintonía con el Santísimo. Tímidas todavía, las constelaciones y galaxias les sonreían. De una que otra estrella se desprendían secretos que, después de viajar millones de kilómetros-luz en un microsegundo, se estrellaban chisporroteando contra la atmósfera terrestre. Isabelle musitaba sus deseos... Media hora después estaban en la cabaña, preparando la trucha, al calorcillo del hogar y el vino.

---



## APENDICECTOMÍA

Hasta este punto llega la parte “ordenada” del “Libro del Desapego de Beremundo Transz”, y que en el fólder o legajador aparecía sujeta con esa especie de latita que todos conocen. Dentro del mismo fólder, en hojas sueltas, encontramos los siguientes textos, que presentamos a los lectores en el mismo orden en que los encontramos y cuyas páginas hemos numerado con lápiz. Curiosamente, observemos que el autor a veces escribe sus notas como si hubiera sido uno de los editores de esta casa, lo cual, por supuesto, nunca sucedió.

[0]

Beremundo está harto de las veleidades místicas de sus personajillos, harto de su abstinencia sexual y drogo-alcohólica (de la de ellos y la suya propia), y se va de bares y putas, como dicen en España. Experimenta, después de tres meses, una grande y sostenida erección (¡veinte segundos!).

[1]

¿De dónde, de quiénes, si Beremundo Transz e Isabelle Flor de Llama Luzalondra Deseada no fueron nunca bendecidos con descendencia, como se indica poco antes, habían sido generados Beremundo Cejas de Oso e Isabelle Cristal de Risa, recordemos, aquellos jovencitos a quienes abandonamos no hace mucho, en la página .... ? Pero, un momento: se indicó antes, claramente, que “el platino de la madurez había empezado a besar sus cabellos”, lo cual no significa que fueran ya un par de ancianos. En efecto, si bien Beremundo Transz andaba ya por los cuarenta y cuatro, desde años atrás, bromeaba, “por mi exceso de nobleza” las canas habían empezado a visitarlo, primero las patillas, luego un mechón adelante, que Isabelle adoraba, el bigote y la barba. Isabelle, por su parte, a sus veintinueve, era una mujer espléndida, con unos pocos rayitos de luz en sus cabellos, que dejaba a su paso por las calles un rendido reguero de admiradores, para fingida y no tan fingida exasperación de Beremundo. En la flor de su edad, pues, es del todo verosímil que en aquella época, durante el sitio de los Hunos y los Ogros o quizá un poco después de la Aniquilación, hubieran procreado uno o varios hijos, que serían los antecesores de nuestros muchachos.

[2]

Mujeres atravesadas por los vientos de Dios o por las Revelaciones Impropias: Atención a los hermosos nombres: Elena de Constantinopla, Christine de Pizan, Margerie Kempe, María de Francia, Hildegarda de Bingen, Beatriz d'Ornacieux, Azalais de Pourciraques, la Condesa de Die, María de Ventadour, Bieris de Romans, Beatriz de Nazareth, Hadewijch d'Anvers, Mechthild de Magdeburg, Marguerite Porete, Angela de Foligno, Eloísa la de Abelardo, Leonor de Aquitania, Clara de Rimini, Dorotea de Montau, Isotta Nogarola, Juliana de Norwich, Brigitte de Suecia, Constanza Varana, Bianca Maria Visconti, Claudia Ivonne de la Giralda.

Una novela donde la protagonista se llame Bianca Maria Visconti. Y su enamorado, Notker el Tartamudo, como el monje del siglo IX...

El amor: vínculo, luz, carbón, fuego, rocío, manantial, infierno.

[3]

“La naturaleza de donde procede el verdadero Amor tiene doce horas durante las cuales lo vemos partir y luego volver a sí mismo. Y cuando el Amor vuelve de este modo, reintegra en sí lo que ha asimilado en este periplo; el espíritu investigador, el corazón sediento, el alma amante. El Amor los arroja al abismo de su poderosa naturaleza, de donde ha surgido y donde se nutre. De esta suerte, las horas innominadas vuelven a la naturaleza desconocida, el Amor vuelve a sí mismo y goza de su naturaleza por encima de sí mismo, por debajo de sí mismo y alrededor de sí mismo”. (Hadewijch d'Anvers, carta XX)

[4]

De Isabelle, es poco lo que puedo contar. Según entendemos, es la viva imagen de una bella joven que trabajaba en la misma tipografía [de/ o/ en la que Beremundo], en la sección de diseño... Un amor imposible: Según supe, Beremundo nunca “se le declaró”, (hermosa expresión que todavía tiene algún uso)...

[5]

Los Hunos y los Ogros, en efecto, sí alcanzaron a tomarse la Ciudad después de un sitio de años, y luego de apoderarse a sangre y fuego de todas las demás ciudades-estado de la antigua república... Tal como se dijo en alguna parte, la celebración de la victoria no duró mucho. La famosa plaga de la Sequedad Instantánea de que habla el narrador (Beremundo Primero), después se supo, no fue otra cosa que el devastador efecto de las primeras bombas de neutrones arrojadas por el Imperio sobre algún país del

mundo. Las implicaciones de la caída de la república en manos de los bárbaros eran demasiado graves para que el Hexágono se quedara sentado contemplando el espectáculo: el primer Estado-Drogo del mundo, que inundaría de cocaína y heroína a todo el planeta... Las bombas fueron arrojadas sobre el país, en un solo día, a la misma hora, en agosto de [20...]. Cerca de 30 millones de personas fueron aniquiladas. El país fue puesto en cuarentena total durante diez años, sus fronteras y mares custodiados por un formidable ejército... Pero, adentro, había sobrevivientes...

Mientras tanto, Isabelle y Beremundo vivieron en la isla de Pascua, en medio del Pacífico, a siete mil kilómetros de cualquier lugar, a donde se habían marchado después de aquella parte de la novelita que dice, más o menos: "... y entonces supieron lo que tenían que hacer".

[6]

Beremundo, una mitad de él, siempre había querido ser un monje, pero le aterrizaban las madrugadas: eso de levantarse a rezar a las tres de la mañana...

[7]

Beremundo ve en la tele un episodio de "Crusade". Los personajes visitan un extraño planeta donde encuentran la puerta al "Camino de la Tristeza". Galen el Tecno-Hechicero evoca la muerte de su amada, cuyo nombre es... Isabelle!!!

[8]

Apenas cumplidos los 50 años, etcétera, el tipografista Beremundo Transzilvano, vampiro retirado... Y bien: Como habrán podido observar los lectores que hasta aquí han soportado el sopor de estas páginas, la novelita se encuentra en lo que las telenovelas mexicanas denominan "un predicamento". ("Estoy en un terrible predicamento, Esmeralda. Vamos a mi recámara y te explico..."). Beremundo y su adorada Isabelle, versiones 1 y 2 y 3, no podrán aguantarse mucho esas idílicas e idiotas estadías al borde de la represa, en esas cabañas paradisíacas, con todas esas estrellitas. En la espantosa vida real...

[9]

Por azar, cae en manos de B. un ejemplar de “El reposo del guerrero”, de Christiane Rochefort. Las vicisitudes de esa pobre mujer para “salvar” a Renaud de su alcoholismo en nombre del “amor”. B. se ve patéticamente retratado 25 años atrás...

Beremundo lee en El Espectador, que en la película “El lado oscuro del corazón” también los enamorados van por ahí flotando como tontos. Como Beremundo no ha visto la película, argentina y sin subtítulos en español, no piensa hacer nada al respecto.

Ultima noticia sobre el arte de flotar de los enamorados: en “Siete días en Nueva Creta” de Robert Graves, la cosa es muy similar a la de Beremundo: los amantes, sin tener contacto sexual directo, realizan la unión de sus espíritus, que revolotean por la habitación “en oleadas de amor” mientras sus cuerpos reposan allá abajo...

[10]

Beremundo el Viejo escribió otras canciones para su Isabelle, de las cuales conservamos sólo ésta:

*Segunda Cancioncilla:*

Dame tu corazón: lo comeré gozoso

Como tajada de vibrante luna

En mis medianoches desveladas

Dame tu risa: será para mí el piano

A cambio de las canciones delirantes

En la astrosa cantina del ocaso

Dame tus ojos: los usaré como bastones

Por los senderos del cielo y el infierno

En que me hundirás sin compasión

Dame tus senos: fuentes perfumadas

De droga y perdición, feroces alcoholes

De los que nunca querré jamás curarme

Dame tu cintura: a la que voy a atarme  
Como perdida barca al muelle salvador  
Y nunca más sucumbiré a la mar

Dame tus piernas: tibios leopardos  
Para correr los dos, fuga demente  
Por las praderas del deseo y sus incendios

Dame tu pelo: fórmula y hechizo,  
Conjuro de sombra y latigazo, dulce  
Cadena amada de ternura y rayo

Dame tu voz: toma la mía, déjame  
Enmudecer para escuchar el bálsamo  
De tu palabra tierna: “ámame siempre, amado...”

[11]

Contrapunto: Beremundo se acuesta con “Lulú”, la camarera del “Titanic”, ese bar rockofónico pasado de moda. Una inmensa foto de los malparidos Rolling Stones preside el lugar. Ubicadlo, historiadores de la pequeña chismografía local. Hacen el amor como cerdos debajo del mostrador, entre colillas y tapas de gaseosas. Música de fondo: “Between the buttons” and “Beggars Banquet”. Y “Lady Jane”. (Esta es la clase de información que detestan los que no están en la maldita onda. Como cuando algún hijo de puta, en alguna novela, pone a dialogar a sus personajes en latín o alemán de la Alta Sajonia).

[12]

Después de años sin soñarlas, Beremundo vuelve a acostarse en triángulo con Mónica Funke-Sterne y Dianella Monsiváis. ¿Estará Beremundito deshaciendo los pasos antes de ser enviado al Otro Mundo?

[14]

“En su búsqueda insaciable de lujuria y placer”, Beremundo seduce de nuevo (¿en sueños?) a Claudita La Falette, ahora instructora de Tai-chi, quien le practica la fellatio en su auto. El eterno retorno de lo mismo. Una semana después, viene a visitarlo por sorpresa Dánae Klossowski. El círculo se cierra.

[15]

Dedicatoria:

A mis hermanos de Oriente, al pie de la Roca.

A mis hermanos del Sur, bajo las Aguas.

En Occidente: a las tres Hechiceras.

Al norte: a los Niños Videntes.

En el Centro: a mi Venus Negra

[16]

Después de una noche de terror en la prisión de “Ilusiones de fuga”, una pesadilla, Beremundo se ve complacido con un sueño en Barcelona. Allí toca por fin, “con sus propias y asquerosas manos” las paredes de la catedral de La Sagrada Familia, ese delirio inmenso de Gaudí. Ahora, que el mundo se derrumbe.

[17]

En la espantosa vida real... el auténtico Beremundo descubre en la página de salud de la prensa matutina el verdadero diagnóstico de todos sus males reunidos: “Los síntomas varían y pueden incluir sensaciones hormigueantes, entumecimiento, lenguaje cercenado, debilidad muscular, problemas con la coordinación, fatiga extraordinaria, espasticidad o calambre muscular, parálisis”. En suma, vuestro Beremundo padece de esclerosis múltiple, que se está manifestando de “una forma muy rápida y progresiva”, ya sin remedio. Hora, pues, de de los crueles adioses...

[18]

Ante la evidencia enunciada Beremundo regresa, *ten years after*, al Salón de la Ternura Temporal. Allí, como boleto de entrada al Averno, besa con devoción el Culito de la Gran Prostituta.

[19]

[ Sobre la mesita de servicio para el agonizante, con sus patitas, las de la mesa, apoyadas en la cama, una taza vacía. En primer plano, la mano de la enfermera la retira. Pantalla negra y desfile de créditos. ]

### *Finale Triviale:*

“El libro del desapego de Beremundo Transz”, aunque parece no haber sido concebida como una novela “abierta” (¿??), terminó siéndolo. Hasta aquí llegan los originales transcritos (en impresora de ordenador) en poder de los editores. Hay todavía una página, manuscrita, casi ilegible, donde sin embargo se adivina: “La literatura... en papel... es un arte moribundo...”. Y unos versos en inglés: “I’m so frozen like a dead doll/ I’m no more one in your payroll/ When tomorrow come in shadows/ Streets will hear some like a howl” (Lo que podría traducirse: Estoy tan congelado como un muñeco muerto/ Ya no soy más de vuestra nómina/ Cuando el mañana venga entre las sombras/ Las calles oirán algo como un aullido”).

\* \* \*

39[ Sobre la mesita de servicio para el agonizante, con sus patitas, las de la mesa, apoyadas en la cama, una taza vacía. En primer plano, la mano de la enfermera la retira. Pantalla negra y desfile de créditos. ]

## UNE FENÊTRE SUR LE JARDIN DE MES HORREURS CHIRUGIQUES

1

Célébration du Mystère  
ou participation du Sacrement  
dans l’ asile de mon cabinet  
Une tombe singulière

2

Gardienne d’ incontinence  
Porteuse du Clitoris  
Vierge nue  
Ma langue sur ta toison

3

Corps seulement livrés  
aux délires de la contemplation

“Membres assassinés...”

Paroles glorieuses  
comme des ulcères  
couverts de fleurs!

4

Versé en toi

Saintes chaleurs  
de ta terre promise

5

L'odeur de tes aisselles de truie  
me conduit à l'enfer  
de ton sexe saignant

6

Les anges aiment mortellement les jeunes  
Ils errent autour des solitaires  
Veulent lécher leur source de douleurs  
Succomber à leur baiser reprochable

7

Comme un ascète furieusement inscrit  
à la légion maudite

8

Soumets-toi à la pénitence de mes flagellations  
à la douleur de mes plaintes d'hyène folle  
mordant ton Membre

9

Images d'un plaisir insolite  
inconnues en ce siècle

10

Trace le signe de la croix sur mon utérus extirpé!

Implore et gémit  
dans l'aurore pourpre...

11

Tes lèvres bêtes féroces  
Je m'offre à la luxure de tes 24 servants  
Clitoris aimés

12



(Dieu favorise les visions béatifiées  
des corps pénétrés en groupe)

13

Des chacals monastiques  
soupirent à ton oreille  
et sept démons se tordent par terre  
terrassés par la vertu de ta sainteté

14

Sanctifie tes heures avec des pratiques d' extase:  
que les diables affrontent tes rudes assauts  
immobiles et silencieux au bord des battements de ton coeur

15

Ma verge te pénètre toute entière

Etreignant le Calvaire de mes gentils mouvements  
L' Eglise de ton vagin accueille le dragon bandé  
et ta bouche royale communique avec mon sémén pénitentiel

16

Danses et mouvements des passions horribles  
Le désir incendie tes veines dans les domaines de Thais  
Dieu en sa miséricorde te réserve pour le Grand Crime

17

Dans le jardin de la concupiscence  
tu trouveras la grâce extrême  
Et les anges s' inclineront devant toi avec un empressement sans égal

18

Des bêtes sauvages boivent le lait de tes mains  
pendant que tu gis couchée sur ton lit de jacinthes  
Les seins au repos, débordants de parfums  
Tu soupire à la brise, et une grande pitié s' élève  
vers le ciel provenant des abîmes de ton coeur rouillé

19

Elle se glisse par des chemins incertains  
livrée à la beauté des choses...  
Dans son regard la tristesse du Sphinx croissait  
Elle cheminait ainsi, par les jours de l' orange

20

(La beauté exagérée fait perdre la raison  
et tout solitaire possédé par la folie est dangereux)

21

Ton sexe rose balsamique de ma forteresse dressée  
où je respire tes parfums venimeux  
le soleil doré de ton clitoris me consume  
sous le baldaquin maudit où tu as gis avec tant d' autres

22

Dérivant par l' insomnie au gré des océans du monde  
la bête aux blancs yeux tourmentant mon âme  
Le Seigneur de l' Abîme agite sa grande torche  
et le Sphinx se transforme en une femme ouverte

Sans doute la Femme vient du Diable !

ET JAMAIS tu ne trouveras la paix dans la grotte des Nymphes

23

Pendant que le Saint Esprit flotte sur les eaux  
Elle s' abandonne à sa danse amoureuse  
dans mon Jardin Chirurgical

Délirant pour le martyr, les démons aboyant,  
elle balance son corps en mille cadences animales  
et ses yeux comme des dents mordent ma luxure ténébreuse

24

Mon premier sémen chante dans ta bouche  
comme un chaud baptême!

25

Tu t' approches des Enigmes  
comme les enfants de leurs rondes innocentes!  
" La Dame aux Cheveux Blancs  
penchée sur la mer..."

26

Trois heures et trois nuits durent notre supplice  
Et le matin du quatrième jour apporte la libération:  
les voix et la suite du Maître de l' Obscur...

27

"Douce fleur de jacinthe  
Viens à moi avec l' Aurore  
Nourris-moi de tes miels  
mes yeux t' aimeront..."

Fouette-moi avec le battement  
de tes hanches divines

Rivales des dansantes,  
tu humilias la race entière  
des femmes

28

La couronne ceint ta chevelure  
la tunique y cache ton corps charmant  
la sandale ceint tes beaux pieds:  
que toutes me caressent  
et me fassent oublier l' univers...

29

Viens le matin  
et joue de la flûte pour me réjouir

30

(Et je l' aimais de toute la fureur de mon imagination  
jusqu' au jour où elle ne me reconnut  
pas comme son amant...

31

Elle s' abandonnait riche de volupté  
aux rites fêtes sacrées avec des groupes de vierges,  
aux fêtes de la ville élégante et monstrueuse,  
avec des prostituées et comédiens de tout le pays,  
avec des faunes et sorcières amantes des jeunes,  
avidées d' applaudissements et du spectacle fou...

Les poétesses composaient des épigrammes en son honneur  
Les peintres lui dédiaient leurs fêtes  
et leurs toiles dorées  
Les philosophes barbus de l' époque déclamaient  
contre elle dans les bains et gymnases  
Et tous ses crétins de prétendants nous nous brisâmes  
contre son indifférence

Etendue sur son ventre sur le tapis de la nuit  
elle cessa pour toujours d' accéder à mes caresses...  
(Alors je décidai de la sacrifier...)

32

Malade dans ma cellule  
et toi conduite à la cabane de la Santé Primordiale  
après la mort de la vierge qui t' avait sanctifiée  
pénétrée d' une jouissance infinie...

33

la douleur, l' eau, cette rose sans pétales...

34

Inquiet des visions, des couronnes, des tuniques  
les seins d' Alexia venant vers moi  
Tentation innombrable!!!

Mais si les seins de la femme n' ont aucune saveur !!!  
Misère cruelle!!!

(35 y otros fragmentos)

Tes cuisses saignantes

Les draps qui glissent de la Table d' Opérations

Dans ces banquets les démons nous accompagnent

Méditation sur l' extase de la vérité des Objets

Et au milieu de tes convulsions orgasmiques  
tu osais prononcer le nom de Dieu !

L' Oeuvre qui nous glorifie aux yeux de Satan...

Ton cul ondulant est l' océan de mon malheur

Ton pénis durci par l' excréation de la pénitence

La nuit et le mal couvrent la terre comme une mante

Tu frottais contre mon visage ton ventre infécond

Tu étais le cancer qui rongait mon âme...

(Sur le divan du cabaret où tu représentais des scènes religieuses lascives)

Certaines imperfections du corps déterminent une exaltation  
subite des facultés de l' esprit

Les phénomènes morbides excitent la curiosité de mon intelligence:  
j ' aime la Maladie...

Observateur enthousiaste de la machine humaine, j' admire ses  
modifications les plus funestes

La beauté du cancer

Il est propre de génies comme nous de découvrir la splendeur de la pourriture

J' ai livré à la Maladie mes forces et mon intelligence

Sans une sainte animalité la santé n' est pas possible

Ces bêtes sacrées du strip-tease, la prostituée borgne...

Tes seins mutilés, encore tremblants dans mes mains

Pénétrer sans remords dans les secrets de la création,  
l' harmonie des mondes

Quand je revins à moi, le poignard dans la main,  
ma Bienaimée était morte,  
son sexe sauvagement tailladé...

“ Quelques heures plus tard, j' appris par les journaux de la soirée la mort subite du médecin (...), ancien correspondant du “Monde” depuis Paris... Un malheureux suicide...

*Paris-Londres, 1922*